

J. EDUARDO BARRIOS

DEL NATURAL



IQUIQUE

IMPRENTA RAFAEL BINI É HIJOS

Calle Esmeralda N.º 124

1907

Del Natural

J. Eduardo Barrios

DEL NATURAL



IQUIQUE

IMPRESA RAFAEL BINI É HIJOS

Calle Esmeralda, N.º 124

1907



ALGO DE INTERÉS.....

— Convéncete, van á tacharte de obsceno. Aquí, el público está acostumbrado á las intrigas de Ponson du Terrail y á los alardes de pureza de Carlota Braéme. Una obra de trama sencilla, pero de escenas muy vividas, en las que los personajes obren y discurren como en la vida práctica; una obra sincera en que se describa con atrevimiento y fidelidad la existencia amorosa, no es aquí apreciada en su justo valor. ¿Qué le importa á este público que un autor tenga el poder de la observación si no inventa argumentos estrambóticos ni prorrumpe en vivas á las conveniencias hipócritas de la sociedad? Doblégate, acata sus errores y construye sofismas en los que, en vez de la verdad, triunfen las apariencias, y saldrás colmado de honores.

De este modo me hablaba un amigo el día que le dí á leer el original de la

novela corta *Tirana Ley*, que figura en este libro.

Hallé discreto el consejo, aunque un poco hiperbólico, pues no creo que todos estén tan atrasados. Sin embargo, pensando en que, si no todos, muchos se hallarán en tal situación, he decidido dirigir á mis lectores estas líneas, á fin de que no me juzguen de ligero.

¿Qué es la obscenidad y en qué estriba? Esto es lo que deseo explicar, basándome para ello en lo que la experiencia ha hecho ver á los pensadores de otros pueblos más instruidos que el nuestro.

«Nuestro siglo,—dice Zola en su estudio crítico sobre la inmoralidad en la obra de arte,—tiene una larga educación de pudor que le hace tanto más hipócrita cuanto más civilizados son sus vicios. Se hace la cosa, pero no se ríe con ella; ocasiona rubor y se hace á escondidas. Consistiendo la moral en ocultar el sexo, el sexo ha sido declarado infame. Se ha formado así una verdadera actitud pública, conveniencias, toda una *policía social* que ha reemplazado á la *idea de virtud*. Esta evolución ha procedido por el silencio; hay cosas de las cuales resulta inconveniente hablar; he ahí todo; de manera que el hombre distinguido, el hombre honrado, es el que hace las cosas

sin hablar de ellas, mientras que los que de ellas hablan sin hacerlas, como ciertos novelistas que conozco, son tratados de gentes podridas y á diario arrastrados por el arroyo »

«Se toleran las verdades á los sabios, —continúa, por la sencilla razón de que nadie se ocupa de los sabios; pero si un escritor toma las recientes verdades de la ciencia y se atreve á utilizarlas en el análisis y la pintura de sus personajes, rompe el cobarde contrato de silencio ultimado con los miembros de nuestra sociedad, se aparta de la idea *convenida* de la virtud y pasa al estado de enemigo público, contra el cual todo está autorizado.»

Citados estos sabios razonamientos, aplicables á *Tirana Ley* y á algún otro de los cuentos que componen este volumen, creo necesario hablar algo de ellos antes de discutir su moralidad.

No encierra *Tirana Ley* un problema de palpitante actualidad ni un combate enérgico á un vicio. No; mis ocupaciones en este puerto, del todo ajenas á la literatura, no me permiten abarcar tan magna obra. Sólo trata de hacer ver que el amor es invencible; que es ley tirana que lo avasalla todo, que lo gobierna todo; que una vez arraigado en el cora-

zón, no hay fuerza que lo desaloje; que las contrariedades lo acrecientan; que las conveniencias pecuniarias sucumben, tarde ó temprano, bajo su poder; y que ni aun el arte, que tan fuertemente aprisiona á sus discípulos, logra vencerle.

El tema no es inmoral, como puede verse. Tampoco es nuevo. En lo único que podrá encontrarse novedad es en la descripción de sus escenas. (Y eso, será nueva esta forma para los lectores de Iquique, únicamente.) Y ¡ay! aquí de los críticos *clarividentes* y *circumspectos* que me acusarán de licencioso, guiados por la confusión que existe aún en Sud-América en materia de literatura. A ellos en particular van dirigidas estas líneas; y no dudo de que, si se guían por la lógica racional, por la lógica que debe tenerse en la vida práctica, en la cual estriba nuestra conveniencia bien entendida, me encontrarán un escritor, si no bueno, sincero y sin rastreras transigencias.

Echemos una mirada retrospectiva, sin remontarnos á la época en que la comedia hacía uso de todas las licencias y llevaba hasta el fin los encuentros amorosos sin escasear los actos ni las palabras, y sigamos la evolución de la moral en la literatura tan sólo desde el

romanticismo hasta nuestros días, antes de emitir un juicio.

En esa época, el fanatismo religioso, soliviantando la idiosincrasia de los hombres para que lo sacrificasen todo en provecho de sus doctrinas, rechazó y relegó á la realidad de la vida, á lo entonces considerado vulgar y sin valor artístico, multitud de pasiones humanas, tan bellas como ricas en fuentes de inspiración, por el solo hecho de ser terrenales; calificó de buenos á los autores que idealizaban el espíritu con detrimento del cuerpo; y condenó á la hoguera preciosidades literarias.

De este modo, la moral fué transformada en conveniencias sociales y religiosas, y la literatura sólo pudo abogar por sofismas que aun reinan; pero que, como á todo lo falso, les ha llegado la hora de ser desenmascarados.

Vinieron, tras de otros muchos, los Zola, los D'Annunzio, los Bourget y otros, y la moral verdadera comenzó á despejarse el camino. Hubo lucha, y muy encarnizada; pero, como la verdad triunfa siempre, las escuelas naturalista, simbolista y psicológica moderna, reconquistaron la libertad de expresión, tanto en Francia como en España y demás países cristianos; y, continuando infa-

tigable su evolución progresista, han llegado á nuestros días en que esa muralla que ocultaba la belleza de lo humano, de lo real está, por suerte, casi totalmente derruída.

He dicho que está *casi* totalmente derruída y he dicho bien, pues estamos aún en la lucha; aun existe esa *policia social* reemplazando á la virtud; mas la campaña iniciada por los escritores modernos cuenta ya con la victoria segura. ¿Porqué? Porque tiene á la ver-
da por bandera y por fortaleza á la ciencia que no se sostiene sobre cimientos construídos con profesías sobrenaturales y más ó menos antojadizas, como las religiones, que no se aferra á sus creencias sin admitir discusión, como estas, sino que todo lo investiga y todo lo discute sin cesar, abandonando sus propios rumbos, cuando son errados, para seguir en pos de los verdaderos.

Pero, desgraciadamente, toda lucha trae consigo confusión. En las batallas encarnizadas sucede siempre que los hombres se matan entre compatriotas, ofuscados por el laberinto; hay jefes que imponen contribuciones fraudulentas al enemigo para atender á la avaricia personal. En la literatura existen análogos personajes, tanto en cuanto á la índole

de sus escritos como en cuanto á la forma; hay quienes buscan el negocio, no el arte, y llenan libelos de obras que, bajo el disfráz de un desenlace trágico que castigue á los culpables, explotan la picardía del público con la descripción de escenas en las que hay más fantasía que realidad, escenas lúbricas que corrompen; y de ahí que la literatura moderna sufra ataques que pagan justos por pecadores. Empero, podemos distinguir, tamizar y separar la escoria del oro de ley.

Hagamos este análisis. Tomemos varios literatos modernos y veamos cuales pecar, y cuales no, cuales son inmorales describiendo el vicio y combatiéndolo con razonamientos falsos y cuales útiles por su acertado plan de combate.

Comparemos á esos novelistas comerciantes que, dándose de virtuosos, de abogados del bien, nos presentan un adulterio, plagan el desarrollo de su acción de peligros y desdichas más ó menos posibles y lo desenlazan con un castigo terrorífico de la Providencia ó fruto legítimo de la culpa; comparémoslos con los que no comentan ni castigan la infamia sino su causa, con los que atacan esta para suprimir los efectos perniciosos de aquella, con los que presen-

tan á los adúlteros como víctimas y á los causantes del adulterio como criminales. Entonces veremos por culpa de quién se tilda á todos de perniciosos.

El lector culto é inteligente lo distinguirá pronto. Comprenderá que, al leer el público irreflexivo, en unos, la descripción del vicio y su castigo dudoso, exclamará: — «¡Bah! así como fueron descubiertos por el marido burlado, pudieron permanecer impunes, como muchos que conozco.» Entonces la obra es inmoral, verdaderamente perniciosa. No sucederá lo mismo cuando lean á los segundos, á los que, cual sabios cirujanos, van en derechura al punto infecto que provoca el mal, descubren la causa del adulterio, enseñan que el amor no puede ser vencido por leyes sociales, puesto que estas son dictadas por los hombres y el amor es ley de la Naturaleza, del Creador. Demuestran estos que, mientras la mujer sea sacrificada á particulares y ajenas conveniencias, el adulterio existirá con todas sus consecuencias fatales, porque la hembra joven necesita al macho joven y la mujer de un carácter necesita al hombre que la comprenda, avalúe y responda á sus sentimientos, para ser feliz. ¿Qué dirá entonces el público? ¿No dirá:—«Es claro, proce-

diendo así habrá bienestar en el matrimonio y la tentación del crimen no tendrá cabida »?

No obstante, ha habido quienes hicieron guerra sin cuartel á Flaubert, por su novela intitulada *La Señora de Bovary*. Si han atacado la índole de la obra, cábeme pensar que han sido pecadores á quienes ha dolido la acusación de su delito, hombres que procedieron como el borracho á quien molesta el relato de sus acciones cometidas durante la embriaguez, que se avergüenza de ellas; pero que defiende á brazo partido el licor. Si ha sido la forma lo que condenaron, voy á demostrar que su injusticia ha sido igual.

Dijé que toda lucha trae consigo confusión, que hay quien comercia con sus escritos y quien trabaja por el bien. La descripción, en los primeros, como no tiene más objeto que divertir, lleva más fantasía que realidad; la de los segundos es fiel, detallada, poética y vivida, una obra exquisita para quien sabe observar.

Y el efecto de estas descripciones ¿es el de los cuentos innobles de mera picardía canallesca que desagradan á los lectores instruidos y corrompen á los incautos? No, por cierto. A los primeros, les serán, á más de sabrosos y artísticos, factores

poderosos para completarles la ilusión y hacerles vivir con los personajes durante la lectura de la obra; factores que, basados en estudios psicológicos de los caracteres les harán identificarse con ellos y pensar que, en iguales circunstancias, hubieran procedido en la misma forma. A los inexpertos, á los que no hayan vivido escenas análogas, les mostrarán las dulzuras del amor verdadero, contribuyendo á que deseen vivir y amar así á seres que correspondan á su clase, edad y temperamento.

Las señoritas podrán leer estos libros. Tienen que serles de provecho, puesto que les enseñarán el camino de la dicha efectiva. El estilo culto y delicado se encarga, por otra parte, de quitar la crudeza al relato.

En este punto de la forma, pueden engañar los escritores sin conciencia, pues muchos de ellos, gracias al ingenio, revisten sus descripciones de metáforas y perífrasis refinadas que disimulan su inmundicia. Son los más peligrosos; mas suele sucederles, á la larga, lo que á los estafadores de guante blanco: son tomados por caballeros y engañan, á veces, largo tiempo; luego son descubiertos y perecen. Tócale, pues, repito, al lector culto distinguirlos.

Pero, volvamos á la descripción sincera y bella. Leamos á dos literatos españoles contemporáneos : á Perez Galdós, como apóstol enérgico de la virtud bien entendida, y á Eduardo Zamacois, como amante de la descripción latente, pletórica de vida y de verdad.

No nos hablan de escenas heróicas de caballeros que rompen lanzas y se arrojan á valerosas aventuras para despertar el amor por medio de la admiración, porque la época del romanticismo pasó. Nos pintan el amor como en la actualidad se consume, fustigan al que trafica con él y dan el lugar que merece á cada pasión. Sus personajes sufren si yerran ó los hacen errar; gozan, si aciertan; y como artistas de corazón, dan á sus obras la forma verídica, la descripción fiel de las escenas de la vida, ahogando con su verdad la vocinglería del rancio que confunde la castidad con la virtud.

No son castos en sus obras de amor. No. Pero, señores ¿quien os ha dicho que el amor es casto? El cumplimiento del amor es una virtud, y esta virtud es voluptuosa. Recordemos á Zola y no seamos intransigentes: «Consistiendo la moral en ocultar el sexo, el sexo ha sido declarado infame». Proceder de esta

manera es ser hipócrita. ¿Cómo podrá ser sincero un escritor si, al describir la vida de dos amantes que viven juntos, no dice lo que realmente hacen?

La voluptuosidad no es un vicio, sino una propiedad de la juventud; es natural, «*es seria*», como dice Schopenhauer. Lo que debe castigarse es el vicio; más la comunión de los sexos entre dos enamorados está muy lejos de serlo. ¿Podrá describirse, entonces?

Yo, sin embargo, no lo hago en mi libro, como lo han hecho Gautier y otros en Francia. En España algunos se acercan a esta descripción; y entre los Americanos tenemos uno que la ha hecho con éxito: Gomez Carrillo, en su novela: *Del Amor, del Dolor y del Vicio*.

A propósito de este literato que tan justa gloria ha conquistado por la exquisitez de su estilo y la exactitud de sus observaciones psicológicas, citaré un párrafo de su prólogo á la citada novela:«¿Qué es lo que el público llama inmoralidad? ¿La descripción de un acto criminal ó vicioso? No, puesto que todos tienen derecho á describirnos asesinatos, robos ó borracheras».....« Dos personas se sientan ante una mesa, y el novelista puede decir: «*comieron*»; dos enemigos se encuentran en una esquina, y el

novelista puede decir: «*se acuchillaron*»; dos obreros entran en una taberna, y el novelista puede decir: «*se emborracharon*»; pero dos enamorados se acuestan juntos en la misma cama, y el novelista no puede decir lo que hicieron... ¿Porqué? Porque es inmoral. Pero ¿y porqué razón es inmoral? Sin razón ninguna, porque sí... Si fuésemos á razonar, veríamos, al contrario, que lo inmoral es que dos enamorados se acuesten juntos para *estarse quietos*... Más adelante cita á Rodin, el más genial escultor de nuestra época, y dice:... «Ha representado en su Puerta del Infierno las mil formas de la pasión humana, y sus grandes bajo relieves son el Deseo, y la Posesión y el Espasmo; y son, también, la caricia que vive, que dura, que palpita...»

Como se ve, pues, mis descripciones en *Tirana Ley* resultarían muy pálidas al lado de las de esos escritores de mérito reconocido, apreciados en su justo valor por la generación actual que, marchando con la evolución natural del progreso, empieza á ver la injusticia con que se acusa de inmorales á los que, al hablar de dos criaturas que se aman y viven unidas, pintan su existencia con nitidez y fidelidad. Hay que convencerse: dos esposos, hoy día, no hablan tan sólo del

sol, de la luna, de la poesía casta; gozan del amor carnal y espiritualmente; su pasión es sentimental y concupiscente á la vez; y el escritor que no concierte estas dos faces hará algo imperfecto, falto de vida y, por lo tanto, desprovisto de interés.

Si el asunto es tratado con talento, gustará, si no, será estúpido, licencioso y verdaderamente perjudicial, como esos libelos de venta clandestina, de valor exclusivo para los desordenados.

La mejor prueba de que mi libro no pertenece á esta especie, la tendremos en que no gustará á tales personas por el escaso placer que á su gusto depravado y vicioso, proporcionará.

Una observación para terminar: nótese que las obras de Montepin, por ejemplo, contienen la vida de criminales extraordinarios, cuya inteligencia asombrosa despierta admiración. Decidme ahora ¿esto es moral? ¿No habrán muchos de nuestros pillos que, nacidos con malos instintos, hayan sido sugestionados por estos ejemplos? Pues bien, esas obras tienen licencia eclesiástica, simplemente porque no hablan del hecho natural de la comunión de los sexos. Según la Iglesia, fuera de esto no hay nada que traiga funestas consecuencias.

Pero ¿á qué llaman, entonces, bueno y malo? Ser virtuoso y caritativo con sus semejantes ¿consiste en ocultarles la verdad? No. Hacer creer que hemos nacido para sufrir y para morir; que esta vida no es más que una prueba á que Dios nos somete y en la que sólo deben aceptarse los sacrificios; que ~~no~~ debe esperarse otra vida para gozar; esto sí que es desleal y poco caritativo: engañar con algo que se ignora.

¿He logrado hacerme comprender? ¿Veis ahora que no soy obsceno ni pernicioso á la humanidad?

Espero de los razonables este resultado. Los obstinados, los estacionarios empedernidos, aquellos para quienes es más fácil aceptar algo inculcado en sus cerebros desde la niñez que discurrir sobre la verdad de la vida, no me importan; el único remedio para ellos sería el del médico y nigromántico del cuento de Felix Duquesnel: abrirles el cráneo y mudarles la masa encefálica.

J. E. B.





AMISTAD DE SOLTERAS

Á MARTÍN ESCOBAR (Hijo)

ERAN las ocho de la noche. Un húmedo olor de agua y vinagre de tocador refrescaba la atmósfera tibia del cuarto de Laura que, á causa de los preparativos de esta para el teatro, estaba más iluminado que de costumbre. La lámpara, pendiendo del techo y simulando un ramo de orquídeas, despedía por sus cuatro foquitos un torrente de luz que rielaba sobre las nítidas paredes tapizadas de blanco, destacando con firmeza los caprichosos contornos del amueblado moderno y los mil cuadritos y monerías que constituyen el adorno frívolo y coqueto del dormitorio de una soltera.

Sobre la colcha rosa/pálido del lecho, un vestido se esbozaba entre

gasas como un brochazo de azú^l pizarra, al lado del cual, Margarita, sentada en una butaca, esperaba que su amiga terminase su tocado, entreteniéndose en examinar un delicado abanico estilo veneciano del siglo XVIII con esa minuciosidad que casi exige el tiempo /á quien tiene que soportar una larga espera.

—¡Qué precioso abanico!— exclamó de repente entusiasmada— ¡Y qué perfección en las pinturas!

—Dices bien, es una obra de arte, —repuso Laura sin volverse, mientras hundía, para esponjar el peinado, sus dedos largos y finos en su abundosa cabellera de azabache. Luego • agregó:—No te lo ofrezco porque es de mamá; pero.....

Margarita no la dejó terminar:

—¡Qué ocurrencia, niña!—dijo.— Aunque fuese tuyo no permitiría yo que te privases de él.

Cambiaron dos ó tres frases más de pura cortesía y el silencio reinó de nuevo, interrumpido sólo por el sonido seco de los utensilios que Laura manejaba sobre el mármol del tocador á medida que daba

realce á sus encantos: con un poco de carmín insinuó el garabatito de su boca, trocándolo en un confite sangriento y provocativo; luego limpióse los polvos de las pestañas, y los ojos aparecieron en todo su esplendor, marcantes y negrísimos como dos profundas simas que obligaban con su obscuridad á admirar su tez pálida, de esa blancura desfalleciente y mate, originada por los tapices y las cortinas que quitan al sol su potencia vivificadora.

En tarea tan importante se ocupaba la joven cuando llamaron á la puerta.

—¿Quién és?—gritó.

—Yo, señorita. Una carta para Ud.
—respondió la criada desde afuera.

—Margarita, hazme el favor, hija: recíbela tú que yo estoy medio desnuda,—dijo Laura.

Aquella se levantó, entonces, y entre el tintineo de sus pulseras y el *fru-fru* de sus faldas, cimbreando su talle grácil y con andar elegante y rápido, fué á recibir la carta.

—Es del sur—dijo, volviendo con ella.

—Á ver..... La letra es de Constancia Zañartu..... Déjala sobre la cómoda para saborearla con calma cuando esté vestida.

—Constancia Zañartu...—repitió Margarita, como escudriñando su memoria—¡Ah! ¿Es aquella amiga que tenías cuando recién te conocí? ¿Aquella que se paseaba contigo y ese joven alto en la plaza Prat?

—La misma. Una de las amigas que más quiero; una alhaja, y de tanto corazón como hermosura.

—La verdad es que era preciosa, —añadió la otra con sincero entusiasmo.—Si te digo que, cuando las veía juntas con aquel joven, no acertaba á explicarme de cuál estaba él enamorado.

—Como que nosotras mismas no lo sabíamos. A las dos nos cortejaba, figúrate..... ¡Ay! no sé..... Si no reñimos fué por el entrañable cariño que nos profesábamos..... Cuando me acuerdo.....

—¡Cómo! ¿De manera que á las dos..... ¡Qué gracioso! Cuéntame, cuéntame como era eso.....

Sin interrumpir sus operaciones, cedió Laura á las instancias de

Margarita y empezó á hilvanar recuerdos y acoplar detalles dignos de mencionarse.

Comenzó por recordar á Carlos Romero, que así se llamaba el galán. No era posible hallar un tipo más seductor: alto, esbelto, de facciones correctísimas, elegante y distinguido..... tanto que ambas sentíanse igualmente atraídas por sus ojazos negros y dormidos, sombreados por largas pestañas que acariciaban las empingorotadas guías de su bigote, dándole una expresión voluptuosa y avasalladora al mirar. Fino y oportuno en sus atenciones, descubría al hombre avezado en las costumbres sociales. Como decía Laura, tenía un refinamiento natural de expresión, una confianza de sí mismo, un no sé qué de exquisito en sus galanteos, que les ocasionaba un subidísimo é incomparable deleite, haciendo titubear en ellas la educación, el pudor, el recato... y todo. No ignoraban que era algo tunante, desequilibrado y hasta que tenía amigotas poco escrupulosas, y, no obstante, esto contri-

buía á seducirlas con poder de vértigo. Aquella vida amenizada por amoríos ilícitos y fiestas paganas, producía en ellas, como en la mayoría de la muchachas solteras, un encanto misterioso á la vez que mortificante. Cuando, en las noches, se separaban de él y pensaban en los goces que otras más libres que ellas le proporcionarían, quedábanse largo rato tristes y hasta pesarosas de no haberle permitido, á veces, ciertas libertades contrarias al recato que la sociedad impone á las señoritas.

Tras de uno de estos silencios meditabundos, solían buscarse, presas de cierta necesidad de expansión.

—Á mí—decía entonces Laura, en un arranque de intimidad,— me entran unos deseos de ser libre, de acompañarle á todas partes, disputando á esas perdidas su lugar...

Constancia callaba un rato y al fin añadía:

—Se me figura que esas mujeres deben ser muy interesantes, muy zalameras en su trato, en su..... ¿quién sabe en qué? para que tras-

tornen de ese modo á los hombres. Créeme que, á veces, pensando en ellas, me siento muy insignificante, sin atractivos poderosos, demasiado severa en mi conducta y..... ¿porqué negarlo?..... llego á renegar de la estrictez de la vida honrada.

El amor, mejor dicho, los celos, hacían desfallecer aquellos corazoncitos apasionados, como la tormenta á esas debilitadas golondrinas que atraviesan el océano en pos de la primavera.

Cuando Laura, entre apretones al corsé y retoques al peinado, hubo expuesto á Margarita, con cierto dejo nostálgico, lo que antecede, esta arguyó:

—Por lo visto, estaban muy enamoradas y, realmente, se me hace incomprensible que no hayan peleado nunca.

—¡Ah!—dijo la primera—Eso hubiera sido imposible entre nosotras que nos queríamos ya como dos hermanas.

—Pero también las hermanas suelen reñir en tales casos.

—Pues nosotras no lo hacíamos.

Por el contrario, habíamos convenido en que cada una, por su parte, haría cuanto estuviese á su alcance para decidirlo en su favor, siempre que, para soliviantar sus inclinaciones, no usase de medios indignos.

—¡Ah!

—Ya ves, pues, que con este convenio no cabían disgustos. Además, te repito, nuestra amistad era demasiado firme para que un advenedizo la desbaratara.

Y continuó así, recorriendo la gama de elogios para ponderar aquella inquebrantable afinidad. ¿Reñir ellas? No, no se podía pensar en semejante disparate.

—Aunque me lo hubiese ganado, —concluyó,—mi cariño hubiera sido el mismo.

—Y, al fin, ¿en qué pararon los amores?—preguntó intrigada Margarita, mientras pasaba á Laura la falda, recogida como un aro, por encima de la cabeza.

Esta ciñéndosela á la cintura y forcejeando con los broches de la pretina, replicó con sentida conformidad:

—Psh..... en que nadie triunfó. Carlos fué llamado á Valparaíso por su padre, para hacerse cargo de sus negocios, y tuvo que abandonar Iquique sin decidirse por ninguna de las dos.

—¡Qué tontas! Lo más discreto hubiera sido que una de las dos abdicase.

—Qué quieres..... No se pudo. Varias veces pensamos en ello. Una vez llegamos á sortearnos; pero en seguida anulamos el juego, alegando trampas y jugarretas; aunque creo que la verdadera causa era que ninguna podía sufrir indiferente el sacrificio de la otra..... Nos queríamos tanto!.....

Pronto Laura terminó de vestirse y, cogiendo la carta, se acercó á la lámpara á fin de leer mejor. 

Su silueta robusta aparecía radiante bajo la luz, la cual se escurría por el escote, iluminando los blancos senos que se aglobaban, oprimidos por el corsé, turgentes, afelpados y con reflejos marfileños. El vestido, perfectamente entallado, insinuaba sus entonadas caderas de morena fogosa, desde cuyas

morbideces la falda caía en graciosos pliegues que iban á descansar sobre la alfombra.

Con la esquelita entre las manos leía en silencio, descubriendo á ratos, con una sonrisa, la doble línea brillante y nacarina de sus dientes.

A su lado, Margarita, con mirada interrogadora y curiosa, aguardaba impaciente alguna noticia, siguiendo el *zig-zag* que describían los ojos de Laura sobre el papel. Su semblante vivaracho era un espejo de los gestos de su amiga; en él se reflejaban, con el poder del contagio, las muecas y sonrisas de esta.

De pronto, la sonrisa de Laura dejó de ser la oriflama producida por el goce de las noticias agradables; trocóse primero en indecisa, luego en amarga, después en irónica, indefinible, mientras sus pupilas ávidas se dilataban para releer un trozo de la carta. Por último, sus brazos se desplomaron á lo largo de sus costados y quedóse abismada; su respiración se había hecho fatigosa, su pecho se agitaba con ondulaciones de tormenta, cual

si en su interior una tempestad de ira se despertase. La cólera llevó una oleada obscura á sus ojos que chispeaban. Sus labios se entreabieron como para decir algo; pero vaciló, cohibida sin duda por un resto de amor propio.

Mas, al fin, no pudiéndose contener, sus iras estallaron desbordantes, como un turbión incontenible:

—¡Falsa, infame, ruín!—exclamó
—No merecía mi cariño, desleal, mezquina, miserable!

—¿Qué te pasa, qué hay?—preguntó alarmada Margarita.

—¿Qué desengaños causan las amigas, hija! Figúrate que.....

No prosiguió; la razón se sobreponía á la cólera, y limitose sólo á pronunciar con tono desdeñoso y lágrimas en los ojos, estas palabras:

—Nada; falsedades que es mejor olvidar.

Estrujó la carta, la arrojó á un rincón y, dando un pellizco altanero á la falda, salió diciendo:

—Voy á ver si mamá está lista. Margarita, alelada, no podía

explicarse tan repentino cambio. ¿Porqué Laura, después de ponderar tanto las buenas cualidades de su amiga, de *su hermana*, como la había llamado, la insultaba ahora? La curiosidad invencible de las mujeres la indujo á faltar á su buena educación.

Con mano temblorosa, mirando á todos lados, recogió la bolita de papel, la estiró y leyó uno de sus párrafos.

Decía así:

“.....Mucho te extrañará que nada te haya dicho hasta ahora de mis *pololeos*. Pues bien, Laura, se acabaron las tonterías. Estoy de novia. ¿A que no adivinas con quién?..... Con Carlos Romero. Ya estoy pedida y el primero de Septiembre es el día convenido para la boda. Todo ha sido muy rápido...”





TIRANA LEY

I

EN un ancho diván de marroquí, situado entre un dédalo de yelmos, corazas medioevales, túnicas romanas, canastillos y collares de perlas falsas que, en un rincón, semejaban una utilería de teatro, y una mesa con pinceles, paletas y tubitos de pintura, el joven pintor Gastón Labarca y la angelical Luz Avilés, viuda de Francisco Miller, se deleitaban en comentar, con el orgullo de un amor franco y sin reservas, las mutaciones y novedades que se habían efectuado en sus corazones desde que se amaban.

—Yo—decía Luz—llegué á ti loca, con la venda de Cupido apretada, sin pensar en mi situación, ni en mi luto, ni en la sociedad..... Luego,

cuando te traté y conocí tus gustos, cuando ví tus cuadros, cuando comprendí la grandeza de tus afectos y de tu genio, sentí un contento inexplicable; descubrí en todo esto la síntesis de mi ideal: el artista unido al hombre fuerte, amante, cariñoso, que había de endulzar mi existencia, uniendo á los placeres el sublime deleite de la fantasía. Tus cuadros tienen para mí un indescriptible hechizo; esa manifestación espontánea y radiante de la alegría, de la más grande felicidad que vive en ellos, despierta en mí un recuerdo muy feliz y muy lejano: el de mi tranquila adolescencia, muerta con mi matrimonio. Cada vez que entro á este cuarto y tú no has llegado aún, contemplo uno por uno tus bocetos, tus estudios, y todos parece que responden á mis sentimientos; figúrome que yo, antes, he vivido todas esas escenas á las que, con vibrante realidad y nitidez, tu talento ha sabido dar forma..... Las que han sufrido mucho, Gastón, han soñado mucho también..... Admiro, pues, tu alma en tus producciones y gozo con la

mía lo indecible. En este estado me encuentras tú al llegar y, con tus caricias y tus ternezas, concluyes de embriagarme entre tus brazos fuertes. Entonces, el espíritu y la materia unidos, caigo en la más exelsa de las comuniones y bendigo la hora en que nos encontramos.

Gastón, entretanto, arrullado por estas palabras que le llegaban al oído como deliciosas cadencias musicales, se había ido acercando, poco á poco, cogiéndola primero una mano, después la cintura; y, ya muy junto, sintiendo su aliento sobre la piel del rostro y las ondulaciones de su pecho sobre el suyo, contestole muy quedo, pausadamente, con voz que la emoción apagaba:

—Nena, Nena mía.....Yo también, yo también te adoro, gozo mucho contigo..... Y no sé en qué momentos mi felicidad es mayor, si al sentir la suprema conjunción de nuestros seres ó cuando, después, tú duermes sobre mi brazo y yo velo, acariciándote, besando tus ricitos aun húmedos por el mador del espasmo. En aquellos momentos

siento un bienestar anodino, beatífico, celestial, que va invadiéndome como un escalofrío lento y despierta en mí una veneración, una admiración por tus hechizos, como la que deben haber sentido los santos por Dios en sus mirajes divinos. En tales momentos, Nena, como en ti se unen el espíritu y la materia, mis dos grandes pasiones, tu amor y mi arte, también se confunden en una sola, y te contemplo, grabo en mis retinas tus formas armoniosas, gozo con el corazón, con el alma y con el cerebro, enriquezco mis estudios y acopio goces y consuelos para cuando estoy solo. Mira... mira...

Extendiendo el brazo, tomó de una repisa una carpeta con papeles.

—¿Qué es eso?— preguntó Luz.

—Mira..... Fragmentos tuyos, líneas perfectas de tu cuerpo, actitudes tuyas y, como tú, genuinamente artísticas, tesoros que me proporcionas para mi arte.....

Y empezó á mostrarle diseños de sus brazos en diversas posiciones, de sus senos impecables y duros, de

su nariz de ventanillas palpitantes de voluptuosa ingénuas, de sus curvas venusíacas, de sus hombros, de su vientre ligeramente bombeado de hembra fecunda. Allí estaban, trazados al lápiz, todos sus miembros, todas sus líneas elegantes, todo ese conjunto de contornos y dintornos en admirable armonía que constituyen la perfección de la forma, mostrando al pintor nuevos y vastos horizontes que conquistar.

—Mira aquí, mira—repetía Gastón.— Esta es tu boca cuando duermes, cuando, con las comisuras labiales laxas y abandonadas, exteriorizas tu alma feliz y tierna..... La retuve una noche que exhalabas besos é inhalabas todo el amor que debordábase de mi pecho y yo quería enviarte hasta allá, adentro, hasta el fondo de tu alma. Mírala ¿No te sientes tú misma enamorada?

Luz lloraba silenciosamente. El gozo, en dosis tan abundante, entornece como el dolor. Y, presa de ese rubor pueril que obliga á los seres sencillos á ocultar la gran-

deza del llanto, le echó los brazos el cuello, besándolo mucho, con los labios húmedos y salados por las lágrimas que hasta ellos rodaron.

Poco después, ya serena, le preguntó:

—¿Y en la noche haces esos dibujos?

—No, Nena; esto lo hago cuando no te tengo delante, cuando la inspiración que tú me das y de la cual espero una obra maestra, me permite reconstruir las escenas pasadas, recordarlo todo, vivirlo todo por segunda vez, descubrir lo que pasó inadvertido por la emoción; y, á medida que recuerdo y dibujo, oigo lo que tu callas, lo que no me dices.

—Yo no te callo nada, Gastón; tú lo sabes; para ti no tengo secretos.

—Lo sé, Nena, lo sé. Me refiero á lo que no puedes decirme, á aquello que no me comunicas porque lo crees opuesto al buen amor y que, sin embargo, es lo más natural, puesto que el amor es la pasión humana que tiene más sentimientos contrarios, más antagonismos, tan involuntarios como caprichosos, y

que son los que le dan ese agrídulce que subyuga y trata de que no nos empalague como un manjar demasiado dulce.

Ella calló entonces, clavando en su amante una mirada que quería decir que lo adoraba y lo reconocía un ser superior. Luego, feliz, quizás más enamorada aún, se sentó en sus rodillas, le rodeó el cuello con uno de sus brazos y, soboncita, con engreimientos de gata mimada, renovó las ternuras y los besos.

La conversación fué languideciendo, haciéndose más escasa. Besos, risas y cuchicheos en voz baja se oían, tan sólo, en el silencio de la callada hora de la siesta.

Al rededor del estudio, anegado por la luz del sol que, penetrando por una gran ventana, calentaba la estancia con somnolente calor, había infinidad de lienzos, tablas, bocetos, apuntes, manchas de color y cuantas labores exige la formación de un artista. Todos verdaderas joyas, en las que se distinguían en un ambiente de luz, calor y vida, rostros dichosos y escenas felices, su especialidad; todos de prodi-

giosa belleza, llenos de detalles delicados, de filigranas dignas del pincel de un maestro. En el caballete, y ya colocado en un hermoso marco, su último lienzo, el primero que entraría en concurso, esperaba su mano que lo embalase en el cajón ya listo al pié.

Era su mejor obra, inspirada por Luz Avilés, por la encarnación de su musa, como él decía. En un baño oriental de mármol, una madre joven, augusta, esbelta, con un rollizo nene de meses, tierno y delicado como un niño Jesús, aparecía sumergida en el agua hasta la altura del vientre. Con los brazos levantados sostenía al chico después de una zabullida. Amante y gozosa, reía. La expresión era admirable. El amoroso júbilo de la ternura maternal que brotaba de su rostro, valía por sí solo para cimentar la fama de cualquier artista. En el niño no había menos perfección: con los ojos congestionados que parecían saltársele de sus órbitas, la boquita abierta en risa nerviosa, babeando, mostrando sus dos encías despobladas como dos

diminutas barras de coral y el pelo asentado por el agua que se escurría por rostro y espalda, era la imagen más latente de la impresión compresora que produce el agua fría.

En cuanto al vigor y la pureza de las líneas se mostraba el autor de portentosas facultades. Hábil y originalísimo, rompía las escrupulosas vallas académicas para mantenerse exacto, natural y espontáneo. La corrección y naturalidad del cuerpo de la madre eran verdaderamente mágicas, asombrosas: los pechos, hinchados por el líquido de la vida, aparecían suspendidos por la posición de los brazos; bajo de ellos partía la curva armoniosa y soberbia de su vientre ubérrimo, y seguía, suave, hasta perderse en el agua; en la axila visible en el lienzo, un manchón sepia de Vello mojado era una de las filigranas de la obra; y, sobre todo, como última y refinada manifestación del genio del artista, la piel humana, húmeda y engranujada por el frío, estaba tan justamente reproducida que quien la miraba creía

verla despedir un tibio vapor de agua.

En conjunto, era una obra, si no perfecta, de indiscutible mérito y aliento para Gastón Labarca, que se mostraba favorecido por el *quid divinum* del arte pictórico.

Aquella misma tarde, su amigo Jorge Peña que partía para Santiago, la llevaría al Salón del año, encargándose de obtener un lugar adecuado para su exhibición.

La feliz pareja hablaba ahora más animosa, aunque siempre en ese tono de misterio que por instinto emplean los enamorados. Ella, de pié, doblando ligeramente las rodillas para llegar al nivel de un pequeño espejo colgado en la pared, se prendía el sombrero, sujetándolo con una mano, mientras con la otra hundía el alfiler. Se hacía necesario partir, pues los mozos llegarían pronto para llevarse el cuadro. Él le estiraba las arrugas del vestido, intermitiendo en la tarea besos en su nuca blanca, eucarística que, bajo los destellos de su mata de pelo castaño, se velaba por una sombra áurea, y murmurando

palabras que la hacían sonreír y contestar coqueta y taimadamente:

—Cuidado... Que me haces cosquillas... Quieto...

Sostenían uno de esos diálogos casquivanos de mimos y futilidades, que hubiera hecho exclamar un “¡Qué tontos!” á un testigo y que, no obstante, son el aliño de la intimidad amorosa.

—Bien; ahora, el último adiós,—dijo Luz mirando la obra; y agregó como hablándole:

—Buena suerte y que vuelvas con una medalla.

—Siendo tú la modelo....—dijo Gastón.

—En todo caso será por tu talento, hijito, porque ese, fijándose bien, no es mi cuerpo delgaducho sino el de una mujer robusta.

—Es que así lo requería el cuadro; pero...

Es que tu talento,—le interrumpió Luz,—ha sabido ver en él lo adecuado y no lo real, y eso lo puede sólo el génio.

—¡Hum!... ¡Bah, bah, bah! Hablamos de otra cosa.

Habían llegado á la puerta y Luz preguntaba:

—¿A qué hora te espero esta noche?

—Como siempre, salvo que por la despedida de Jorge regrese tarde.

—Trata de no demorar,—díjole Luz, suplicante y mimosa.

—No temas; está en mi conveniencia; de manera que me escaparé tan pronto como pueda.

Después de besarse mucho rato, con esa ansia de las despedidas amorosas, la viudita de Miller pasó al patio para salir por la puerta falsa.

Gastón quedó de pié en el umbral, viéndola alejarse con paso menudo y rítmico titubeo de caderas.

Bajo la presión de la falda, los glúteos se moldeaban redondos y duros, provocadores.

—¡Un poco más suelta la falda!—gritó Gastón en tono dulce, á la par que reprobativo.

Ella se volvió sonriendo y corrigió la mala costumbre.

—¿Está bien ahora, señor?—preguntó burlona.

Un beso volado, muy entusiasta,

fué la contestación del pintor que continuaba siguiéndola con la vista y recreándose en la contemplación de aquel talle grácil y cimbreante de andrógina, que se alejaba.

Al llegar á la calle, la viuda se volvió nuevamente y, trás otro beso, salió.

El sol declinaba y sus rayos oblicuos herían los lienzos, tachonándolos de reverberos dorados. La voz del mar que se alzaba allá lejos, era traída á la estancia, por una suave brisa intermitente, como la respiración de un gran mónstruo que durmiese.

El pintor volvió á recostarse sobre el sofá, en donde se respiraban aún efluvios de su Nena. Multitud de pensamientos híbridos de arte y amor hervían en su cerebro, aturdiéndolo y obligándolo á reposar, vagando la imaginación por ensueños de dicha y ambiciones artísticas que le adormecían.



II

Luz Avilés tenía veintiseis años. Casó á los veinte con un rico comerciante inglés que rayaba en el medio siglo. Alto, muy gordo y sanguíneo, Mr. Miller mostraba siempre propensiones apopléticas, y su rostro colorado no era indudablemente inspirador de una gran pasión. Menos aún, tratándose de una joven toda alma, toda ilusiones, como Luz, que había educado su espíritu, con cierta libertad moderna, en la lectura de autores apasionados por la belleza y el amor, de artistas que iluminaban sus páginas con sutiles delicadezas de acuarelas y armonías dignas de una partitura de Puccini, las que llegaron á su corazón contándole los más refinados y voluptuosos ideales acerca del amor, muy diferentes por cierto al que su marido le brindaba.

La historia de su matrimonio es vulgarísima: una muchacha inexperta, entusiasmada de pronto por el fausto y la riqueza; una madre

viuda y pobre que la incita, en vista del "*buen partido*" que ha de sacarles de la mediocridad; un año de lujo, bailes y paseos; luego la muerte de la madre; y, por último, la muchacha que se convierte tarde en mujer, que se vé, ya sin los consejos maternos, obligada á discurrir por sí misma, y que empieza, durante la existencia retraída y monótona del luto, á darse cuenta de su equivocación. He ahí todo: el eterno error que tenemos de la felicidad: el bienestar material antes que las necesidades del corazón.

No era extraño, pues, que Luz no tardase en comprender su infortunio. Las palabras de su marido llegaban á ella con el dejo helado de los que han mentido mucho y tienen ya frases hechas para ponderar su amor, hipérboles aprendidas en la mocedad y que no estaban concordes con sus carnes flácidas, su vientre obeso y su cogote rolludo y amoratado. Aquel pobre cuerpo que empezaba á rendirse, aquellos miembros entorpecidos por la gordura, estaban muy lejos de hacer hervir la sangre en sus venas,

estremeciéndola con la caricia del deseo. Le quería con amor filial, con reconocimiento y gratitud; mas aquel pseudo-amante de mimos fríos y prosaicos que tenían mucho de sistemáticos, como la teneduría de libros de su escritorio, le producía una irremediable repugnancia. Aunque por su buena educación y cultura sabía ser ameno en sus conversaciones, su voz era senil, inexpressiva, desprovista de todo encanto é incapaz de despertar los deseos delirantes de la pasión verdadera, soñada y comprendida por ella en sus lecturas.

Esta contradicción de las leyes de la Naturaleza dió por cociente fatal que Luz Avilés empezara á entristecerse y aburrirse, sobre todo cuando la voz imperiosa de la carne, comenzó á murmurar en su interior palabras misteriosas, excitantes, somatenes del fuego de la juventud. Entonces Mr. Miller, que amaba entrañablemente á su esposa y que por verla feliz hubiera dado su fortuna entera, decidió llevarla á Europa.

Viajaron por Inglaterra, Francia,

España é Italia, donde se completó la obra empezada por el error de su desproporcionado matrimonio. En aquella excursión fastuosa y regalada conoció á un poeta italiano, cuyos versos afrodisíacos y enervantes la sedujeron en Nápoles. Y una tarde, entre el murmullo del golfo, el perfume de las rosas de una *villa* y el cielo napolitano eternamente azul, cayó. Y el primer paso fué dado, advirtiendo así las embriagueces y deleites del santuario de Afrodita.

A su vuelta, en Iquique, tuvo otros deslices que dieron lugar á ciertas murmuraciones; mas ni el poeta napolitano de voz melíflua y figura antiestética, que la rindió sólo por su talento, ni los sagaces seductores de Iquique, lograron germinar en ella una pasión verdadera, espiritual y concupiscente, como la que brotó después para la felicidad de Gastón Labarca, quien la conoció ya viuda, cuando un ataque de apoplejía había puesto fin á la existencia de Miller.

Llevaba un año y medio de viudez, cuando conoció al pintor. Fué

una noche en el Teatro Nacional. Gastón ocupaba un sillón de orquesta y, siguiendo la costumbre ó, tal vez, buscando impresiones de arte, paseaba, durante un entreacto, la vista por la sala, cuyo óvalo acribillado de manchas de colores, fijurábasele una paleta de pintor. De pronto advirtió muy cerca de él una mujer de extraordinaria belleza. Diríase que su musa, su ideal, había tomado forma para enloquecerle.

¡Qué bella era! Tenía los ojos verdes de ágata crisoprasa; las pestañas negras, largas, tendidas y levemente encrespadas en las puntas; las cejas espesas y en arco. Aquellas pupilas sombreadas hipnotizaban, embebían, como el mar en el crepúsculo. Su nariz tenía el perfil clásico y puro de los rostros latinos, su boca breve y elástica reunía la frescura de la fresa y el ardor de una sensualidad inconsciente; y todo este conjunto impecable seducía bajo la sombra de una cabellera castaña con irisaciones cobrizas, peinada con cierta negligencia artística, y sobre un

cutis perlado, felpudito, de la blanca exangüe de un crisantemo blanco.

Pasado un rato, Gastón salió de aquel examen extático, cataléptico, y notó que ella le miraba también, cual si estuviese atraída por el arrobamiento que debía retratarse en sus ojos. Esto enardeció su éxtasis, el corazón le palpitó violento, muy cerca de la garganta, y todo él experimentó tal trastorno que bajó la vista con la cortedad de un colegial y se volvió maquinalmente al escenario, donde empezaba ya la representación del tercer acto de "Cyrano de Bergerac."

Mas aquel rostro divino, aquella belleza de ensueño, habíale producido en las retinas esa ceguera deslumbrante, ofuscadora, que nos causa el sol cuando lo miramos de frente; y, en virtud del mismo fenómeno, veía proyectarse su imagen por doquier: en el decorado, sobre la silueta de la actriz, anulándolo todo..... La mirada dulce de sus grandes ojos castaños anegados de ensueño, vagaba por el vacío, y á sus oídos llegaban las palabras de Cyrano como un su-

surro misterioso de amor que exaltaba su extraño arrobamiento. De rato en rato, volvía la vista hacia atrás y encontrábase con las acariciadoras pupilas de Luz, quien lo miraba breves instantes para entablar luego, nerviosa, coqueto diálogo con su vecina.

Como en la mujer influyen de un modo asombroso las circunstancias y el medio ambiente en el resultado de sus impresiones, los apasionados versos de Rostand, aliados á las ardientes miradas del pintor, ejercieron aquella noche un poder mágico en el corazón de Luz que, henchido por un soplo singular, mezcla de besos y suspiros, de vehemencias y melancolías, no tardó en rendirse á ese amor tanto tiempo soñado. Olvidó así, de repente, la existencia sibarita é inútil de sus últimos años y, como presa de una alucinación retrospectiva, sintió renacer en ella las ilusiones de su celibato que, unidas á los recuerdos de su madre que venían con ellas, contribuían poderosamente á idealizar aquella perspectiva de regeneración y dicha infinita.

Así pasaron las horas hasta que concluyó la representación y el público evacuó la sala.

Ya fuera, tomaron un tranvía. El joven se acomodó en la plataforma trasera casi totalmente ocupada, entre los pasajeros que se estrecharon de mala gana para dejarle un lugar; y, poco después, los caballos se pusieron en marcha agitando sus sonoras gorgueras de cascabeles.

Las conversaciones se hicieron entonces más escasas, y las palabras de las elegantes llegaban á la plataforma dispersadas por el viento y entre rachas perfumadas de heliotropo y transpiración femenina que, dilatando las narices de los pasajeros jóvenes, hacíanlos estremecerse de lujuria. En las banquetas algunos hombres dormitaban, cansados, sin más aspiración que la de llegar pronto á sus casas y acostarse; otros miraban distraídos los grupos de gente que iban quedando atrás en las aceras. Luz ocupaba uno de los asientos del centro, bajo la lámpara que titilaba con los estremecimientos del carro, espar-

ciendo su luz triste y fría. A cada cuadra se detenía el vehículo para dejar viajeros y despertaba con el sacudón á los soñolientos de la trasera, como invitándolos á ocupar los sitios que iban quedando vacantes en su interior.

En una de estas paradas, hecha en la esquina de las calles de Tacna y Bolívar, la viuda de Miller bajó con sus acompañantes (una cuñada y el esposo de esta). Otra vez las miradas de los enamorados se cruzaron en un "*hasta la vista*" mudo y significativo y el carro partió de nuevo con Gastón, quien no apartó la vista del grupo hasta verlo entrar en la casa que deseaba distinguir. En la plaza Prat, frente á una casa situada en la esquina poniente de la calle Tompson, donde había instalado su estudio y habitación, se apeó el pintor; y, antes de que la estela tibia que dejara el carro se difundiese en la humedad de la atmósfera, ya él estaba en cama, sumiéndose en un mar de ilusiones acerca de esa mujer divina de ojos verdes de ágata crisoprasa, de pestañas ne-

gras y tendidas, de cejas espesas y arqueadas, de mirar hipnotizador como el mar en el crepúsculo, de cabellos cobrizos y de cutis perlado y felpudito de la blancura exangüe de un crisantemo blanco.

Más de dos meses transcurrieron sin que ningún acontecimiento de importancia ocurriese en aquellos amores que no por eso dejaron de prosperar, pues si Gastón, á causa de su pobreza, manteníase alejado de la alta sociedad, pasaba en cambio todas las mañanas por la casa de su amada y aprovechaba los momentos propicios para cambiar con ella algunas palabras.

Una mañana, decidido á insistir en la cita que desde tantos días le venía pidiendo, se acercó resuelto á su ventana. Ella estaba radiante, sonrosada, parecía nerviosa.

—¿Alguien está contigo? ¿Qué hay?—preguntó él con precaución.

—Nada. Buenas noticias..... Espera,—repuso ella, y se ocultó precipitadamente para reaparecer luego, más encendida aún, y entregarle un billetito.

—Toma,—le dijo—Hasta luego...

Después hablaremos.... Son buenas noticias.

—Pero, oye.....

—Después; ahora no puedo.....
Verás.....Buenas noticias.....

Y desapareció en seguida, como un chiquillo que hace una gracia y se oculta después, ruboroso, sin atreverse á presenciar el efecto que ha hecho.

Buenas noticias. ¿Será la cita? pensó Gastón, alejándose presuroso como si alguien le siguiese, mientras estrujaba entre sus dedos febriles el billetito suavemente perfumado y hacía esfuerzos para dominar un acceso de alegría que le apretaba la garganta como un sollozo contenido.

Torció en la primera esquina y, entonces, ya fuera del radio de vista del lugar, lo leyó con ánsia.

Decía:

“Anda hoy á las cinco á mi nueva habitación de la calle Izaza N.º 84; pero no entres por la puerta principal sino por el *conventillo* de al lado. En el fondo de este, hacia la izquierda, hay una puertecita que encontrarás abierta. Entra sin

temor hasta las habitaciones que estaré sola.—Luz”.

No era un delirio de su imaginación. Bien lo decían esas líneas de fina letra inglesa, trazadas con mano firme. Las leyó dos, cuatro, diez veces en el trayecto de la calle de Tacna á su *restaurant*.

Durante el almuerzo estuvo decididor y alegre. Rió á cada chiste de sus compañeros, con esa risa bulliciosa y franca anunciadora de la felicidad. Su imaginación estaba excitada, obedeciendo á los latidos de su corazón lleno de alegría y dicha infinitas que, suavizando las asperezas de su vida pobre, le hacían verlo todo color de rosa y aceptar como buenos los mal condimentados platos de la pensión.

Aquella carta era la puerta abierta del paraíso anhelado, el soplo que esponjaba su corazón con la realización de algo por mucho tiempo apetecido, un bálsamo nigromántico que hacía germinar en él los afectos más tiernos y las ilusiones más lisonjeras para el porvenir. Al fin la estrecharía entre sus brazos, se embriagaría con el perfume de

sus cabellos, mordiéndolos, respirando sus efluvios. Al fin palparía sus encantos todos, gozándolos con refinamiento pagano, apreciándolos como amante y como artista.

Toda aquella tarde la pasó agitado. No pudo trabajar; fumó mucho; quiso leer, mas su vista pasaba por las líneas sin posesionarse del contenido. No hizo más que festonear las páginas del libro con perfiles de su dueño..... ¡Cuánto se parecía á su ideal, á aquella mujer que antes presentárasele indistinta y que hasta la fecha no había podido transportar al lienzo con exactitud!..... Pero ahora lo haría, sí; ella le inspiraría algo de mérito inconcuso, algo que pudiese ser presentado en el Salón y le diera gloria y fama. Las clases de dibujo y los retratos con que se ganaba la vida le cargaban. Daría rienda suelta á su musa y se conquistaría una reputación envidiable. En fin, mil ensueños por el estilo giraron por su mente en confusa fantasmagoría hasta que el reloj de la plaza dió las cinco y salió.

Un ligero temblor sacudía su cuerpo y una vaga sensación de miedo le inundaba. Ella le esperaba. ¿Cómo le iba á recibir? Estaría acostumbrada á estos pasos y fingiría el mismo estado de vergüenza y arrepentimiento que notara en las heroínas de sus anteriores aventuras, ó le trataría apasionadamente, sin farsas, confesando con sinceridad que ella también había ansiado ese momento? No lo adivinaba..... ¿Y porqué le preocupaban tanto estos detalles que en otros casos no había considerado dignos de distraer su atención?

Embebido en estas meditaciones, llegó al lugar indicado en la carta.

La casa designada por Luz ocupaba la última esquina, muy cerca del mar. Su arquitectura era caprichosa y sin estilo fijo, como la de la mayoría de los edificios de Iquique: un gran pabellón al centro con dos más pequeños á los costados y un jardín cultivado con esmero que los circundaba. Casi podía compararse á un *chalet* suizo. Al lado de los tres ó cuatro escalones que

daban acceso al corredor, veíanse algunos tarros de pintura y varios tablones que sirvieran, probablemente, para los andamios de los pintores, y, desparramados por todas partes, rodaban con el viento retazos de papeles pintados y virutas, denotando, en conjunto, la reciente construcción del edificio.

Le antecedió el *conventillo*. Era uno de los menos miserables del barrio. Gastón lo atravesó obsorto, sin preocuparse de sus habitantes que interrumpían sus ocupaciones para mirar al *futre* con la extrañeza que les causara tan rara visita. Una vez que hubo llegado á la puerta indicada en la carta, entró, cerrándola tras sí.

Sus nervios se agitaron entonces más vivamente y las palmas de sus manos se humedecieron. Secándose-las con el pañuelo, atravesó el patio.

Al subir la pequeña escalinata que conducía á las habitaciones, descubrió, en una puerta de la derecha, disfuminado en la obscuridad del interior, un esbozo hierático.

Era su reina.

—Puntual,—díjole esta, á tiempo que se hacía á un lado para dejarle libre el paso y se acomodaba, confusa, por encima de una oreja, una madejita de pelo que jugueteaba con el viento.

—¿Como no serlo, bien mío.....

—Ante orden tan terminante ¿verdad?

—Y tan seductora, — agregó, atento, el pintor.

Ella, á prisa, trémula, afectando no haber oído las últimas palabras de Gastón, prosiguió:

—Fasemos al salón que por aquí no tendremos donde sentarnos..... Está todo revuelto.....

Y siguió murmurando frases frívolas, entrecortadas por opresores latidos de corazón, mientras le conducía á través de las habitaciones á medio ocupar, llenas de baúles, colchones, catres envueltos, alfombras enrolladas y algunos muebles cubiertos de polvo con huellas frescas de dedos que acusaban el reciente contacto de la mano del cargador.

Detrás iba él. El piso estaba aún

sin tapizar y la capa de polvo que lo cubría obligaba á Luz á levantarse algo la falda. Gastón la veía caminar titubeando las frágiles caderas, embelesado en la contemplación de su piececito aristocrático calzado con exquisita elegancia, de su nuca blanca poblada de ricitos excitantes. Y en aquella travesía silenciosa, en la que no se oía más que el sonoro traqueteo de los pasos en la vacuidad de las habitaciones, una sensación de cortedad iba apoderándose de él.

Llegaron al salón. Luz estaba sofocada, las mejillas le ardían, los ojos le brillaban bajo el abaniquero de las pestañas. Parecía la imagen del deseo; no obstante, era el rubor lo que así la tenía.

—Toma asiento,— dijo,— mostrando á Gastón un sofacito forrado en damasco verde-nilo.

Por primera vez se miraron con entera libertad; pero ninguno pudo sostener la vista.

Poseida de esa agitación irremediable que produce deseos de huir y de quedarse al mismo tiempo, en estos momentos, fué la viuda á

cerrar los postigos de madera de las ventanas, cual si en la obscuridad esta confusión disminuyese.

Mientras tanto, el pintor, que temblaba de emoción, esforzábese por comprender porqué él, tan acostumbrado á las aventuras de esta especie, sentíase esta vez tan poco dueño de sus actos. Pensó en la manera de entrar en materia, cosa que no había necesitado nunca antes; pero su cerebro estaba como atrofiado y nada le dictaba. Tenía las manos frías..... Es raro, pensó.

Hasta los grandes seductores sienten desconcierto ante la mujer cuya mirada les hiere en el alma; no era, pues, extraño que á Gastón le ocurriese esto.

—Siéntate,— repitió ella, volviendo.

Obedeció él, y Luz tomó asiento á su lado, tan cerca que uno de sus muslos se oprimía contra el pintor.

Este sonreía, afectando serenidad; más en su interior seguía aturdido, sin explicarse su turbación. Hubiera deseado salir para entrar de nuevo con otro aire, qui-

zás con un par de copas de coñac en el cuerpo..... ¡Qué angustia!

—Como ves,—dijo Luz, una vez sentada, —este es el salón que recién están arreglando. La casa tiene todavía olor á pintura, por eso no he querido venirme; pero pronto lo haré, porque me gusta vivir independiente. Y no digo esto porque mi cuñada sea mala, no; por el contrario, es muy buena, lo mismo su marido; pero.....

Explicó la reticencia con una mirada, entre ruborosa y picaresca, á Gastón, quien repetía inconsiente:

—Es una monada... Muy bonita es la casa, en tanto que miraba, como cohibido, los cuadros arrimados á la pared, las cortinas á medio ensartar en los bastidores, el piano enfundado y los maceteros con plantas exóticas que, en su completo desorden, contrastaban notablemente con la pulcritud del atavío de Luz.

Esta seguía hablando, coqueta y con verbosidad nerviosa. Recordó el día en que se conocieron; se admiró del camino recorrido en tan

corto tiempo; se acusó de loca; explicó que por borrar un recuerdo fúnebre había hecho reconstruir el caserón vetusto donde muriera Mr. Miller, convirtiéndolo en el *chalecito* en que se hallaban; en fin, disertó sobre mil temas baladíes. Mas luego estos se agotaron y hubo un silencio casi enojoso, hasta que Gastón, que veía alargarse demasiado aquel exordio, hizo un esfuerzo supremo y optando por la confesión sincera de su estado, habló:

—Francamente, Nena, estoy como un barbilindo tímido á quien fueran á seducir. No sé que poder tienes.... Me has trastornado de un modo.... Estoy helado, tócame..... Ante tu mirada siento anularse las mañas que me dió la experiencia y me considero vencido. Perdóname, pues, si te resulto cándido y pesado... La emoción.....

—Calla, tontito; así te quiero, sin farsas mundanas, sin esas galante-rías que salen de los labios. El corazón habla con latidos, y es á él á quien quiero escuchar. quiero oír que me diga, tembloroso y franco, que yo lo ocupo por entero.

—Eso sí, te lo juro,— repuso el pintor con pasión.—Puesto que me haces tan feliz amándome, viviré sólo para tí. Los artistas, estos seres estrafalarios, como dicen algunos, tenemos por lo general, pocas ambiciones materiales. Con un amor muy grande que responda á las delicadezas de nuestro espíritu y los medios de apoderarnos de esa gran huraña que llaman Gloria, nuestra vida es un edén. Más aún cuando el amor lo inspira una mujer como tú. Ámame mucho, Nena, mucho.

Y se acercó con tiento, velando la voz; y, ya en posesión de su calma, la estrechó entre sus brazos, tal como lo había hecho tantas veces en sus ensueños, primero suave, luego fuertemente.

Poco después, ambos juntaron sus bocas ansiosas, respiraron sus alientos confundidos; y, tras un prelude corto, febril y pujante, se unieron.

Fué aquella una posesión rápida, brusca, con ímpetus bestiales á causa de la incomodidad del sofá, quizás inferior en placeres á las que

sobrevinieron más tarde; pero sublimizada por la ilusión, por los ensueños que durante tanto tiempo avivaron el fuego de sus sexos.

Á partir de aquel día, la vida de los amantes fué un verdadero idilio. Tan pronto como la viuda de Miller estuvo instalada en su nueva casa, las noches les pertenecieron por completo, deslizándose como sueños fantásticos y profanos, animados hasta el delirio por la pujanza y la robustez de la juventud. Todas las noches se renovaba allí el mismo cuadro tierno é ingénuo, voluptuoso y potente, siempre igual y variado, sin la monotonía de lo recatado y sistemático que es como un eterno bostezo de la vida, sino con la augusta y vertiginosa del torrente que marea con su natural desorden, aturdiendo á la pareja entre olas de caricias y espumas de besos que se atropellaban y les producían el sublime vértigo del amor completo. Tras los estertores postreros, tras el galimatías delirante del espasmo, en los momentos lánguidos de reposo, Luz tenía para Gastón

caricias sedantes como el opio ó la morfina, besos tranquilos, cuyos chasquidos se confundían con el olímpico eco de las olas adormidas que el viento traía por las ventanas, goces anodinos que sumergían al pintor en dulcísimo y supremo letargo. Luego venían los diálogos tiernos, epilogados por los proyectos para el porvenir, por los ensueños de arte; y, abrazados tranquilamente, con la vista vagando por el rayo de luna que se filtraba por entre las cortinas, soñaban, con el mentismo propio de los artistas él y con el de las sensitivas soñadoras ella, con cuadros que inmortalizasen su dicha.

Una de estas noches concibió Gastón su obra *En el baño*, que ya conocemos y para la cual sirvió Luz de modelo.

Descrita á grandes rasgos, es esta la vida de esos dos amantes, tan humanos y sencillos en medio de la grandeza de sus almas, hasta el momento en que empieza nuestro relato.

III

GASTÓN fué el último en dejar el buque. Entre recomendaciones sobre el cuidado del cuadro y advertencias en cuanto á su colocación, le habían dado las nueve de la noche á bordo.

Volvía solo, en un bote fletero que avanzaba rápido sobre la llanura serena del mar acribillada de puntitos luminosos como luciérnagas que las estrellas proyectaban. Un pequeño segmento de luna asomaba sobre las crestas de las montañas yermas del oriente y una claridad lechosa empezaba á invadir la bóveda obscura del firmamento, atenuando el fulgor de los astros. Abajo, en la sombra, veleros alzando sus complicadas arboladuras, vapores despidiendo por sus chimeneas humos débiles que el viento desmenuzaba y manchones negros de lanchas y chalupas alineadas en los fondeaderos, rompían, aquí y allá, la monótona superficie de las aguas. Vivos resplandores rojos salían del entrepuente de una go-

leta, sobre cuyas paredes se proyectaban, titilantes y cual gigantescos fantasmas, las sombras de los marineros; y oíase una voz ronca é inarmoniosa que entonaba un cantar exótico muy triste, de notas lánguidas que se arrastraban preñadas de nostalgia. Desde lo alto, el graznido quejumbroso de una gaviota extraviada repercutía en el silencio, acentuando la melancolía de la canción. Y el bote se deslizaba mudo y blanco como un cisne, entre el chapuceo cristalino de los remos.

El pintor, con el sombrero en la mano, se alisaba los cabellos, despejando su frente que ardía. Estaba pálido, con una palidez que la luz nocturna hacía cadavérica. Fuertes martillazos golpeaban sus sienes. No podía alejar de su memoria la figura de Rotalde, de aquel que, según las apariencias, había poseído antes á Luz. De nada le había servido huír de él en fiestas y paseos, temeroso de una posible broma que hiriese su sensibilidad de enamorado. Habíale hallado á bordo, despidiendo á Jorge, y aun

vibraban en sus oídos las frases ponzoñosas que tal vez los celos le dictaran.

—¿Como te va con tu viudita?—
habíale dicho primero. En seguida,
envolviendo la frase con el cobarde
disfraz del consejo, había añadido:

—No te apasionen. Mira que es
traidora como una gata.

Y como Gastón se mostrase
adusto, había agregado con cierta
sorna:

—Hum..... no creas que eres tú
el primer Arlequín de esa Colom-
bina.....

Pensar que un ser tan ruín se
complacía en denigrar á su ado-
rada, y que, lo que es peor, tal vez
sus murmuraciones no carecían de
fundamento..... que tal vez se hu-
biera quemado como él con sus
carnes marmóreas y recreado su
orgullo en la contemplación de sus
formas paganas..... ¡Ah! ¡Cuánto
puede el temor al ridículo!..... Si
le hubiese abofeteado, como deseó
en aquel instante, las burlas de sus
compañeros hubieran sido la comi-
dilla del día durante un mes por lo
menos. Porque *es altamente ridí-*

cùlo y pueril que un hombre demuestre tanto celo por la heroína de una aventurilla tan común en la vida. Ya los oía: ¿Todos no habían tenido enre los análogos? ¿No los habían contado en el café á la hora de las confidencias íntimas, para prestigio de sus personalidades galantes? ¿Acaso un hombre que sabe vivir es tan tonto para defender el honor despostillado de una mujer á quien no daría su nombre?

¡Ah! Egoísmo, hipocresía y vanidad. Hé ahí á lo que se llama saber vivir. No confesar nunca que se está enamorado, porque *enamorarse es una tontería: Los hombres de carácter no se enamoran.*

Y ¿si fuese mentira? ¿Si Rotalde no hubiese sido amante de Luz? ¿Si, aprovechando falsas apariencias, se vanagloriase de lo que jamás alcanzó? Nunca había tratado de averiguar esto con ella. Su delicadeza impidióle siempre mover punto tan escabroso. Pero esta noche se lo preguntaría. Necesitaba verse libre de aquella obsesión que le ~~asfixiaba~~ asfixiaba, como si un huracán lo

envolviese en su nube de tierra. Sí, se lo preguntaría.

La llegada al muelle interrumpió estas meditaciones del pintor quien, vehemente por oír de su Nena el mentís á tantas iniquidades, saltó á tierra.

Mas, en cuanto llegó al *chalet* de Luz y se halló en el jardín donde las madre selvas embalsamaban el aire con su perfume paradisiaco y los floripondios pendían majestuosos y serenos formando un dosel blanco y puro á los rosales, sus nervios se calmaron y las visiones martirizantes palidieron. Todo le traía allí tan dulces recuerdos de horas pasadas sobre sillones de mimbre, tras de las cortinas de azules campánulas, que su amor triunfó sobre los sentimientos mezquinos de los hombres.

“Sin embargo, pensaba, con diplomacia y tino, trataré de saber la verdad”.

Y penetró en las habitaciones.

Desde que la casa estaba habitada tenía un aspecto muy diferente al del día de la primera entrevista. No había rincón que la mano

de Luz no hubiera convertido en lugar digno de la belleza de su dueña. El salón era un verdadero estuche de objetos de arte, donde la orfebrería, las porcelanas de Sevres, los bronce y las pinturas completaban la elegancia de los cortinajes de Persia y del rico amueblado.

Pero donde el exquisito gusto de la viuda notábase más, era en el dormitorio. Todo allí era hechicero, todo parecía emanar un encanto voluptuoso de ensueño, desde los muros que, ocultos tras infinidad de cuadros hechos exprofeso por Gastón y cortinas de seda de lívidos matices, hasta la mullida alfombra turca que apagaba los pasos; desde la seda suavísima de los muebles hasta el lecho que aparecía como uno de los monumentos de la talla moderna.

Figuraba este una gran concha, en cuyos bordes varios amercillos se asomaban sonriendo y asae-teando á un grupo de sirenas que, por la parte correspondiente á los piés, la empujaban hacia una giuta que constituía la cabecera y en

donde otros amorcillos sostenían, de roca á roca, guirnaldas tejidas con algas marinas. En el trozo de mar que formaba la base de la cuja, se agitaban, entre las aguas arremolinadas, multitud de peces y mariscos; y, como estos, otros muchos detalles acusaban la maestría de un grande artista. Era una concepción tan perfecta que hacía soñar con los cuentos de hadas en que se roban princesas en conchas de otra, mientras las sirenas arrullan á los amantes con sus voces aterciopeladas de flauta.

En este lecho visionario se hallaba Luz cuando Gastón llegó.

Leía.

El pintor se detuvo en la puerta, inmóvil, embelesado.

Recostada negligentemente sobre los finos encajes de las almohadas y bañada por la luz rubia de la lámpara del velador, se destacaba deslumbrante, faseinadora, con la cabellera desmelenada cayendo sobre el almohadón cual luciente catarata de cobre viejo y los ebúrneos brazos desnudos, sosteniendo el uno el libro y abandonado el otro

sobre el raso verde tierno de la colcha. Una vaporosa camisa de seda color de avellana con peto transparente de punto de Malinas permitía entrever sus pequeños senos redondos y asomar una de sus rosadas puntas. Un gestito infantil que contraía sus facciones, demostraba la atención con que leía.

Estaba egregia, con un aire tal de grandeza, tan majestuosamente bella y provocativa que Gastón olvidó cuanto había sufrido, se avalanzó sobre ella en una crisis de ternura y, suspendiéndola en brazos, la besó vorazmente en los labios, en los ojos, en los cabellos, tras de las orejas, mordiéndole con blandura los lóbulos de estas, mientras ella reía como una locuela y le devolvía los besos con idéntico arrebató.

Pasado esto, se desnudó sobre el sofá, donde el corsé de Luz conservaba aún la transpiración de las axilas y la camisa la tibieza de su carne. Por último, saltó á la cama, repitiéndole conmovido esta pregunta, nunca bastantes veces hecha para los enamorados:

—¿Me quieres mucho, Nena?.....
¿Mucho?.....

—Mucho, contestóle ella con fruición—como creo que no amara ^{e-ó} nadie en el mundo, con cariño loco y persuadido, como quiere quien tiene conciencia de que el ser amado es perfecto en cuerpo y alma.

No,— pensó Gastón después de esto,— no puedo molestarla con indiscretas averiguaciones. El presente es por sí solo suficiente para borrar cualquier punto obscuro del pasado. ¿No será aquella una liviandad que la avergüence y que el saber que yo la conozco nuble su dicha? Me ama, sí; me ama como no ha amado nunca, como yo á ella, y el amor en este grado todo lo purifica y redime. No le interrogaré nada, No pensaré más en eso. Quizás ella lo haya borrado ya de su memoria. ¿No he olvidado yo mis amoríos anteriores?

Y así fué. Olvidó todo entre la queda melopea de los besos y los torpes movimientos del deseo, borracho con el vaho de su carne tierna.

Aquella noche ambos gozaron mucho..... y hablaron mucho tam-

bién..... del efecto que haría el cuadro en el Salón, del renombre que el pintor adquiriría si triunfaba, con esa mezcla extraña de grandezas y puerilidades que acerca á los ingénuos á los profundos secretos de la dicha; hablaron hasta que la quietud infinita de la noche, en que sólo se oye el canto de los gallos, los aullidos melancólicos de los perros y el ronquido lejano del mar, fué animándose con el ruido de las primeras carretas, con los clarines de los soldados y con el distante chirrido de las grúas de los buques. Entonces, cuando la calma de los placeres satisfechos cierra los párpados con mano helada y anestésica, se durmieron, estrechamente abrazados, en apacible y absoluto abandono, rendidos por el divino agotamiento de los goces y dejando de amarse despiertos para seguir amándose en sueños.

IV

PASARON así los pocos días que del verano quedaban, y las tardes grises con sus crepúsculos pobres y empañados empezaron á cubrir la ciudad de tintas oscuras y melancólicas. Desde las ventanas del estudio de Gastón se veía la plaza Prat como una aguafuerte rembranesca. Ennegrecidas por la humedad, las casas, con las ventanas herméticamente cerradas, tras de las cuales se presentían hogares abrigados por espesas cortinas, destacábanse severas sobre el fondo plumizo del cielo; los escaños del paseo, en meses anteriores tan disputados, adquirirían el aspecto muerto de lo preterido; el jardín, cuyas hojas amarillas comenzaban á caer, dejó de ser el manto de esmeralda constelado por la grana de las cucardas y el azul de las campanillas; y hasta los transeúntes habían cambiado de aspecto: con las manos en los bolsillos del gabán y á toda prisa pasaban los hombres y, no menos rápidas en el andar,

las mujeres se lucían enguantadas, sustituidas las policromas gasas por la elegancia austera de las pieles y los trajes "sastre".

Una de estas tardes, Gastón, obligado por una molesta garúa á quedarse en casa, paseábase de un extremo á otro del estudio, deteniéndose á ratos ante los cristales de las ventanas para mirar á la calle, donde las vidrieras de tiendas y cantinas sucedíanse en su iluminación. La caída del sol pasaba inadvertida, tras la espesa cortina de la llovizna, y los últimos rayos solares, cansados de luchar con la capa de agua que les interceptaba el paso, llegaban á la ventana trasera del estudio degenerados en ténue claridad macilenta.

El pintor pensaba ya en ir á reunirse con sus amigos, cuando tocaron la puerta. Suponiendo que sería alguno de ellos que vendría á buscarle, apresuróse á abrir. Era un mensajero que traía un telegrama.

—¿De Santiago?

—Sí, señor.

Es de Jorge, sin duda, pensó

Gastón, y después de arrancar, ávido, el sobre, leyó:

“Cuadro primera medalla. Triunfo colosal. Gestiono recompensa Fisco. No escribo porque parto lunes. Felicitaciones.—Jorge.”

Las grandes noticias, llegadas de improviso anonadan, paralizan todo pensamiento, y ante un intenso placer como ante un grave dolor, permanecemos unos instantes estupefactos. Por eso, Gastón necesitó serenarse algo y releer varias veces lo anterior para convencerse de que aquellos renglones azules no eran un sueño sino un positivo superávit de sus más optimistas esperanzas.

Pasado el anonadamiento, la reacción fué tal que se hace imposible describirla. Baste con decir que, cogiendo el sombrero y haciendo caso omiso de la lluvia, se lanzó á la calle, sin abrigo y como loco, con el papel en la mano, los ojos preñados de lágrimas y el pecho henchido por la alegría que no cabía en él. Miraba expansivo á todos los que hallaba á su paso y hubiera deseado gritarles: “Ved, leed,

me ha correspondido á mí la más alta recompensa en la Exposición”.

Con rapidez extraordinaria atravesó la plaza, y al entrar en el bar del Hotel América y distinguir á sus compañeros reunidos al rededor de sendos *whiskysours* su gozo estalló: empezó á repartir abrazos á diestra y siniestra, tumbando copas y flameando el telegrama á guisa de bandera.

—¡Ahí está, ahí está!—gritaba ufano.—Y luego vituperaban ustedes mi conducta por haber descuidado la lucrativa labor de las lecciones por el arte creador y sublime. Miren, niños... Miren... Lean...

Y arrojó sobre la mesa el húmedo papel que pasó de mano en mano entre exclamaciones admirativas y gritos que decían: ¡Esto merece trago!... ¡Venga Champagne!... ¡Yo pago!... ¡Pero qué barbaridad, hombre, dame otro abrazo!...

Inútil es seguir manifestando los arranques de entusiasmo de los jóvenes y ennumerar las copas que se bebieron en celebración del triunfo. La comida fué una serie interminable de parabienes. Gastón no

comió, habló sin cesar, ora agradeciendo la congratulación de sus amigos, ora disertando sobre los alicios que da el éxito, é interrumpiéndose sólo para apurar las copas que las botellas rellenaban en su constante evolución.

Más tarde, Luz hubo de disculparle la "chispa" ante la grata noticia. Aquella noche el amor quedó en segunda línea. Los besos sólo fueron manifestaciones de júbilo; los abrazos voluptuosos, blandos y convulsos fueron reemplazados por los frenéticos y efusivos; las pupilas de Gastón, en vez de brillar encandiladas por el deseo, se dilataban, miraban fijamente, imprimiendo energía á las frases. ¡Qué delirio! No se habló de otra cosa en toda la noche.

A la mañana siguiente, todos los diarios le dedicaban un párrafo, y era de ver el contento imposible de disimular que, á pesar de la ausencia del alcohol, expresaba su voz temblorosa cuando, en mangas de camisa, leía á Luz los encomiásticos artículos.

—¿No ves, Nena, no ves?—decíale,

lloroso, al terminar cada encomio. —¿Qué me dices ahora? ¿No tenía razón en decirte que tu hermosura había de inspirarme algo de indiscutible mérito? Y tú que no querías ser mi modelo.....

—Sí, Gastón,—respondía ella,— Me siento tan dichosa como tú. Si me resistía era por la vergüenza que da desnudarse así.....

A su regocijo añadía esta cierto halago de su vanidad de mujer, pues veía que su amante no era el talento dudoso que su exaltada pasión pudiera haberle hecho considerar indiscutible, sino un genio cierto que, sin empeños cortesanos, habíase impuesto al jurado; y sentíase ya no sólo feliz sino orgullosa de ser suya. Además, ella tocaba gran parte de la victoria, pues su venustidad, como decía Gastón, había contribuído poderosamente á ella.

—Hoy es viernes—decía el pintor sacando cuentas;—el lunes se embarca Jorge, de manera que el sábado le tendremos aquí con detalles completos.

— Los periódicos de Santiago

habrán hecho la crítica,—agregaba Luz.

Y Gastón terminaba:

—Todo lo traerá Jorge. Ya veremos.

En tanto que en casa de Luz se regocijaban del acontecimiento bajo el punto de vista artístico, en el café se daba mayor importancia á la recompensa del gobierno.

—Puede ser una prima en dinero, —solían decirle unos.

—Lo más probable es una pensión en Europa,— opinaban otros.

Mas este último parecer, á pesar de la halagadora sensación que producía al pintor, le tornaba pensativo. Luz no podría ir con él. Habíale oído decir que, á causa de no estar aún en posesión efectiva de la herencia de su esposo, no le era posible entrar en gastos considerables, que la instalación de la casa habíale costado una suma exorbitante de dinero, y que esto lo adeudaba aún; de modo que, si el pensionado en Paris le seducía con sus visitas á los museos y con el encanto misterioso que sentimos

los americanos por la gran metrópoli, la idea de separarse de su adorada le sumía en pena tan honda que concluía por apartarla de su mente como á una nube que oscureciese su gloria.

Al tratar de esta posibilidad con sus compañeros, desviaba el rumbo de la conversación, pues, conociendo su carácter débil y su pasión por la pintura, temía que le convencieran de que, en tal caso, debería abandonar á su querida, acción que él deseaba evitar á toda costa. La razón con que, generalmente, contaban estos le hacía temblar. Siempre lograban convencerle, porque, en su docilidad inconsciente, tenía un modo de resistir cediendo que facilitaba su derrota, y, ya porque reconociera en ellos cerebros más *prácticos*, ya porque sus preocupaciones de arte le impidiesen dedicar mucho tiempo á pensar en lo que los artistas jóvenes y fanáticos llaman vil prosa de la vida, concluía por someterse y obedecerles. Gracias á ellos había aceptado las clases á domicilio y otras labores que, si le distraían de su estudio,

en cambio le proporcionaban una regular renta.

Como era uno de esos temperamentos apasionados por un ideal, cuyo fin nubla las necesidades de la vida, posponiéndolas á un lugar secundario, no era extraño que sus aspiraciones se redujesen, según su propia expresión, á un amor que respondiese á las delicadezas de su alma y á los medios de conquistar la Gloria. Pero jamás había pensado en que estos dos elementos pudiesen presentarse en contraposición.

Si llega este caso ¿qué haré? solía preguntarse ahora. Más su falta de firmeza, en vez de obligarlo á discurrir, le aconsejaba alejar de sí tan cruel dilema, imitando al creyente que rechaza los racionios en los puntos absurdos de la religión; y la concluyente y cómoda frase: "Es un misterio divino" de los místicos, era reemplazada en él por esta: "Sería una desgracia terrible".

Con estas preocupaciones empezó para el pintor una era de intranquilidades, sufriendo en el día las martirizantes conversaciones de sus

amigos, que en vano trataba de desviar, y olvidándolas en la noche entre los brazos de su Nena, ante su belleza que se sobreponía á todo.

Empero, á veces, solía quedarse pensativo al lado de ésta.

—¿Qué tienes?—preguntábale ella entonces.—Una sombra de tristeza vaga en tu mirada desde hace algunos días. No lo entiendo. Ahora debías estar más contento que nunca.

—Nada tengo, Nenita,—respondía él.— Al contrario, soy muy feliz, más de lo que merezco. Tal vez por esto tenga ratos de nerviosidad. Créeme, son crisis nerviosas producidas por el exceso de impresiones.

Y al verla tan tierna, tan soboncita, con los ojos tan verdes y tan dulces, la atraía hacia sí, olvidando los temores con el cosquilleo que sus largas pestañas produciánle sobre la piel del rostro y el vaho tibio que salía de su escote delicado, al cual ni las venas azules faltaban para semejarse á los albos mármoles helenos.

V

CÓNQUE estabas desesperado por que llegase?

—Es natural. No era para menos. Pero todos te esperábamos recién hoy.

—Sí, así debía de haber sido. Por suerte el vapor se adelantó y he podido dormir anoche en mi cama. ¿Quieres pasarme esos calzoncillos que están sobre mi maleta?

De este modo hablaban Jorge y Gastón una mañana en casa del primero. Y allí estaban, el uno en cama, disponiéndose á vestirse y el otro ansioso, apurando la fraseología de bienvenida para llegar al tema que le interesaba.

—Gracias,—dijo Jorge, al recibir los calzoncillos.

Y siguió, mientras se los ponía:

—Me volví á quedar dormido después de mandarte llamar y se me ha hecho tarde. ¿Qué hora es?

—Las nueve y cuarto. ¿Quieres que suba el transparente?

— Mejor es. Así..... Basta. Parece

que no tendremos un día de sol, ¿verdad?

En efecto, muy débiles eran los rayos que habían entrado por el balcón. El cielo estaba cubierto de bruma y el sol apenas podía adivinarse tras un nimbo nacarado.

—¿Y.....,—dijo de pronto Jorge,—ya estás disponiendo tu viaje?

Fué esta pregunta, para Labarca, la ratificación fatal de la desgracia temida.

—Mi viaje,—repitió como un eco, con el desaliento que tales confirmaciones producen.

—Sí, tu viaje. Debes partir, á la brevedad posible, para reunirte en Santiago con los otros dos que merecieron pensión en Paris. Pero ¿qué es esto? Te entristeces. ¿No piensas acaso ir?

—No,—repuso el pintor, firme en la resolución que había tomado de no abandonar á Luz.—No puedo. El deber me impide ser ingrato y..... En fin, que no puedo..... ni quiero.

—¡Con lo que sales ahora!—exclamó Jorge ayudando á mostrar su asombro con la mímica de sus

manos.—Bah; te conozco. Sin duda, alguna nueva idea estrafalaria de tu imaginación que todo lo idealiza.

—Tal vez; pero es así. Estoy resuelto.

—Pero ¿y tu porvenir?..... ¿Y tu arte, por el que has delirado siempre? ¿No te quejabas tanto de la obscuridad perpétua á que están condenados los artistas pobres de provincias que carecen de los buenos modelos de los museos, de esas fuentes de observación que ofrecen las obras maestras? ¿Cómo es que ahora que un porvenir brillante te abre sus puertas, no quieres entrar? ¿No estás harto aún de ese quietismo que al fin dará al traste con tus facultades?

—En primer lugar, no te exaltes, Jorge. Es verdad que mucho he deseado lo que hoy se me ofrece..... Con harto dolor renuncio á ello; pero..... en muchos casos, nos vemos obligados por el deber á renunciar á lo que más anhelamos.

Aquí, Jorge, que había comprendido la resistencia que haría el pintor y el modo como debía aprove-

chase de su debilidad de carácter, es decir, abrumándolo con incessantes rebatimientos, como otras veces, le arrebató la palabra, hallando en el deber una coyuntura para emprender la tarea de anular sus argumentos.

—El deber,—dijo,—¿Qué deber es ese? Para mí esta palabra no tiene más definición que la que le dió Goethe: “el deber consiste en amar aquello que uno se ordena á sí mismo”. Luego el tuyo lo debes marcar tú, y..... ¡caramba! me parece que el deber de un artista joven, de talento, que ha tenido tan buen principio y que todavía ignora mucho de su arte, consiste en dedicarse al estudio, en sacrificarse para subir algún día al pináculo de la gloria y, por último, en conquistarse una posición por lo menos desahogada, porque el dinero, al fin y al cabo, es hoy día indispensable para todo.

—Poco apego le he tenido siempre, como tú sabes,—le interrumpió Gastón; é iba á continuar; pero Jorge, dispuesto á no permitirle discurrir, siguió:

—Pero es que debes tenerle apego, Ya no estamos en los tiempos en que los artistas eran bohemios que comían ilusiones y se mantenían de lo que buenamente cayera, como los Marcelos y los Rodolfos de Mürger. Ni siquiera hay ya ascetas que se resignen á vivir de la limosna para dedicarse en cuerpo y alma á sus exaltaciones religiosas, pues no encuentran bobos que los socorran. Vivimos en un siglo en que las leyes económicas son la base de toda empresa, y tendrá que fracasar quien se empeñe en desatenderlas. Recuerda la historia: los grandes maestros necesitaron, casi todos, de la ayuda de los poderosos para trasladarse á otros lugares más adelantados donde pudiesen hallar quien les enseñara. Es más, todos pintaron las obras que han merecido la inmortalidad cuando disfrutaron del tiempo suficiente para dedicarles muchos meses. Ahora bien, sólo el que tiene el estómago satisfecho disfruta de calma para trabajar y presentar obras acabadas; no así el que tiene prisa por vender, el que trabaja para con-

cluír pronto y, por consiguiente, de un modo imperfecto. En una palabra: primero está el hombre y después el artista, y éste depende de aquél. Convéncete.

—El que se va á convencer vas á ser tú. Cojo tus propias palabras para probarte que tus ideas se extravían. Se es hombre antes que artista ¿no es cierto? Pues yo, precisamente, me resisto á dejar Iquique por esta razón. Voy á serte franco. Tú sabes que Luz y yo.....

No necesitaba Jorge esta explicación; pero se había hecho el desentendido por convenir á su táctica. De manera que exclamó con aparente sorpresa:

—¡Acabáramos! Bueno. Ya tenemos una causa despejada. Por ahí debías haber empezado, hombre.

—Pero si no me dejabas hablar.

—Corriente. Ya lo hiciste. Ahora se me ocurre á mí preguntar: ¿Vas á casarte con esa mujer? ¡Ah! Nada repondes. Luego comprendes que...

Gastón le cortó la frase, molesto:

—Vamos por un camino escabroso, Jorge. Tú sabes que la quiero

y que no permitiré que te expreses mal de ella.

—Ni he pensado en eso, tonto. Lo que te iba á decir, en vista de tu silencio, es que temes que llegue el día en que cambies de opinión, en que te pese el no haber seguido mis consejos. ¿No callabas por eso?..... No respondes, lo cual afirma mi creencia.

El pintor quedó desconcertado: ¿Cómo decirle que la causa de no responder á esa pregunta no era ésta sino la primera, el temor de que si se casaba fuese objeto de bur-las por haberse unido á una mujer cuya vida no había sido muy pura? En realidad, no era otro el motivo de su silencio, á pesar de tener la firme convicción de que si Luz había dado lugar á murmuraciones acerca de su honor, había sido más por sus infortunios y su falta de experiencia que por malos instintos. Bien comprendía él que la culpa de todo era de los que le habían presentado el amor como una pasión secundaria á la cual debía sobreponerse siempre el dinero, de los que no entendían que es ley

invencible, ley que según dice sabiamente Lacordaire, es el principio de todo, la razón de todo y el fin de todo. Mas veía también que, justa ó injustamente, el mundo escarnece á quien no *honra* su nombre.

Iba ya á filosofar sobre esta palabra *honra* tan discutible y tan obscura en su significado actual; pero Jorge, que entretanto había estado lavándose, renovó la conversación, mientras se enjugaba la cara.

—Lástima es,— decía entre resoplidos y refregones á las orejas,— porque, como oí decir á Urzúa, uno de los miembros del jurado, en ti hay arte propio, hay originalidad, en medio del realismo más absoluto. La alegría que rebosan tus cuadros es viva, latente y, sobre todo, la humedad de la piel que tan divinamente reproduces es algo que nadie ha hecho con tanta perfección. Verás. Pásame ese maletín. Voy á enseñarte los diarios que hablan de ti y las ilustraciones que reproducen tu obra.

Gastón varió algo con esto. Al pasar el maletín sintió un germen de entusiasmo que acallaba sus

penas; y escuchó ya con cara risueña á Jorge que, mientras abría la maleta, continuaba:

—No te figuras lo que me han buscado los periodistas para pedirme datos biográficos tuyos. No me dejaban ni á sol ni á sombra.

—¡Qué barbaridad!— exclamó Gastón, al ver el enorme volúmen del legajo de periódicos.—¿Y todos esos hablan de mi obra?

—Todos. Lee. Lo que á ti se refiere lo he marcado con lápiz rojo,—repuso Jorge; y pasó al espejo á ponerse la corbata, mientras el pintor devoraba los elogios que de su pincel hacían los críticos.

Momentos después, éste estaba tan emocionado que no podía contener las lágrimas que brotaban de sus ojos, irresistibles y silenciosas, obligándolo por momentos á interrumpir la lectura.

Todos le aplaudían unánimes. Hablaban de claroscuros de Rembrandt, de coloridos de Rubens, de elegancia de líneas de Vinci, de energía rafaelesca, en fin, de todo lo que se acostumbra en tales casos. Los menos entusiastas, tal vez los más

sinceros, no le comparaban á nadie; pero estaban conformes en que era el pintor chileno de más esperanzas.

Concluída la lectura, la conversación versó largo rato sobre sus laureles sin recaer sobre la casi olvidada discusión.

Puede decirse que el pintor estaba ébrio de gloria. A medida que fué leyendo los elogios de la prensa, el amor al arte fué multiplicándose en él, la confianza en sus facultades aumentó y sus aspiraciones hicieron mayores, pues los aplausos son para el artista lo que para el amante los besos de la querida ardiente: como incitan á éste las caricias, mientras más se prodigan, hasta hacerle presa, muchas veces, de una fiebre erótica capaz de despreciar la vida, así las alabanzas obligan al artista á seguir siempre adelante, á luchar con los obstáculos más penosos, á no ver nada comparable á la celebridad y á dejarse arrastrar por una fuerza infinitamente más vertiginosa que el erotismo de los primeros.

En tal estado se hallaba el ánimo de Labarca cuando la conversación,

siguiendo una lógica asociación de ideas, recayó sobre la disputa primitiva.

— Tendrás quinientos francos mensuales,—decíale Jorge,—sin más obligación que la de manifestar tu aprovechamiento con obras que lo acrediten. Dos jóvenes más irán contigo, un escultor y un paisajista. Ambos estaban listos para partir el día que salí de Santiago. Tú sabes que los pobres tienen poco ó nada que liquidar; así es que, á la fecha, es probable que tengan ya las credenciales en su poder. Si quieres, pues, ir, es tiempo de pensar en embarcarse.

El pintor nada respondía. Un tropel confuso de glorias espléndidas y amores tristes le ofuscaba la razón. Las ideas subían y bajaban en su cerebro como en una balanza agitada.

Al verlo así, Jorge prosiguió, convencido de que su docilidad se sometería bajo el turbión de consejos:

—Razonemos, Gastón. Eres un niño. Te obstinas en llevar adelante un heroísmo propio de la

época del romanticismo..... ¿Que la quieres mucho?..... ¿Que la adoras?..... Bueno. Yo alabo ese amor que, conociendo tu lealdad, aprecio con el respeto que merece todo afecto sincero por absurdo que sea. Muy digno de encomio eres, pues; pero..... hay un pero, y muy merecedor de que se le tome en cuenta: el porvenir, que jamás debemos descuidar. En los tiempos actuales son lícitos los arrebatos amorosos siempre que el porvenir descanse en una posición firme y desahogada, ya sea rica ó pobre la mujer querida; y no aventuro nada si te afirmo que, en el primero de estos casos, en el tuyo, este requisito es de imperiosa necesidad, es decir, siempre que se tenga pundonor y se quiera evitar humillaciones.

—Tú no sabes nada, Jorge, de mi vida con Luz.

—Bien. Tienes razón. Esa es cuestión privada en la que yo no debo inmiscuirme. Pasemos, pues, á plantear la cuestión en el terreno artístico, único merecedor de tus raciocinios.

—Pero.....

—Espera; déjame hablar, después lo harás tú. Todos los críticos están conformes en que posees el *quid divinum* del arte y en que es realmente imperdonable el dejarte en este ambiente de obscuridad, sin museos, sin una base sólida de instrucción, en un lugar donde ni siquiera la naturaleza puede servirte como tal, pues con su terrible aridez y el prosáico modo de ser de sus habitantes, sólo te presenta cuadros monótonos de poesía ficticia, de brillo falso de oropel que jamás podrán darte apreciaciones exactas de colorido y belleza. Figúrate las fuentes de inspiración que hallarás en las galerías del Louvre, descubriendo las sutilezas de los que alcanzaron fama, aquilatando los detalles minuciosos que tanto influyen en la vida de un cuadro. Medítalo bien.....Nada de eso conoces tú. Las imperfectas reproducciones que por aquí nos traen las revistas sólo una pálida idea nos dan del conjunto. ¡Qué vuelos daría á tu genio el conocimiento preciso de todos esos estudios y el roce con los modernos titanes del arte!

Ya vestido, con las manos en los bolsillos, Jorge paseaba de un extremo á otro de la habitación, mientras hablaba.

Labarca seguía mudo. ¿Cómo contradecir á Jorge si sus argumentos eran los mismos que él le había comunicado antes en sus ratos de intimidad? ¡Ah! Y cuánta razón tenía. Cuán cierto era que sin aquella instrucción nada adelantaría en su carrera. Bien convencido estaba de que cuanto pueden dar la imaginación y el temperamento artístico ya lo poseía y de que no es esto solo lo que concurre á la formación del artista completo y digno de la celebridad.

—¿Y bien? ¿Nada dices?—preguntó Jorge deteniéndose frente á Gastón y cruzándose de brazos.

Como viera á éste pensativo, continuó:

—Considera ahora que el otro pintor que está por embarcarse, al cual superas tú hoy en todo, envíe el próximo año un cuadro que por su maestría sobrepuje á lo que tú puedas hacer aquí. Piensa en que los periódicos que hoy te ensalzan,

te relegarían entonces á la mediocridad, diciendo que permanecías estacionario, que tu cuadro no superaba al anterior y que, en vista de esto, las esperanzas que prometías se defraudaban. Figúrate, en cambio, un nuevo triunfo, con mayores méritos, tal vez en el mismo Paris. ¿No lo crees posible, después de un concienzudo aprendizaje y de una consagración absoluta á cultivar tus aptitudes? Y eso ¿qué significaría? ¿No sería ya cierta fama que, unida al trabajo, terminaría por agregar tu nombre á la lista de los que pasan á la posteridad?

—Creo que exageras, Jorge,—arguyó Gastón que ya no resistía á instancias del amor sino, más bien, por seguir oyendo estas halagadoras perspectivas.—Según tus teorías, la gloria es muy fácil de conquistar y estás equivocado.

—Al contrario. Considero difícilísimo alcanzarla, y sólo creo capaces de ello á los que tienen talento, más aún, genio. Ahora bien, tú tienes lo primero, y lo segundo se te presenta como caído del cielo. Piensa,

hombre..... No obstinándote en tus rancios remordimientos de ingratitude y de..... de tontería quijotesca, triunfarás, estoy seguro.

Cuantos resortes halló la sagacidad de Jorge fueron puestos en juego; de manera que Gastón, dada su ductilidad y su desmedida afición á la gloria, sentía ya defallecer sus propósitos. Mas, siempre débil, un nuevo inconveniente surgía para él: en caso de abandonar á Luz ¿cómo lo haría? ¿De qué pretexto valerse? y tornaba á decirse: "Imposible, imposible".

Jorge seguía batallando con gran eficacia y el pintor defendiéndose; mas en las defensas de éste notábase ya el zumo yerto de la derrota: sus frases eran los disparos escasos del vencido, mermados, instante por instante, por el recio fuego del vencedor, y su resistencia era ya sólo relativa.

Ya el astuto Jorge hablábale como un hecho del viaje, refiriéndole anécdotas de la vida parisiense y mezclando oportunas alusiones á las críticas que, á menudo, sacaba del bolsillo de su amigo para releer-

le sus partes más sugestionadoras.

De repente, habló Gastón, como exteriorizando sus secretas luchas.

—Imposible. ¿Cómo diría yo esto á Luz? ¿Cómo romper con ella? No, no; no podría. Al verla llorar, todas mis energías quedarían anuladas, dejándome más dominado por su amor que antes.

—¡Oh!—repuso Jorge.—Todo depende de que tengas voluntad. Ya hallaremos el modo. En último caso, te embarcas y le dejas una explicación por escrito.

—No, de ninguna manera. Eso sería indecoroso, falso.

—Dile entonces con franqueza lo que pasa. Me parece lo más correcto,—opinó Jorge con el brillo de la victoria en los ojos.

—Hay que pensarlo mucho,—repuso el pintor confundido.—Hay que pensarlo..... Es muy difícil.....

Y como Jorge viera todo su trabajo perdido si le dejaba pensar, renovó su ataque buscando un ardid astuto que diese el golpe de gracia al desfalleciente Gastón.

—Bah,—díjole de súbito.—Los malos tragos, cuanto antes mejor.

Mi último consejo, inspirado por mi amistad sincera, es este : puesto que mañana pasa el vapor "California" y tú no tienes más asuntos que arreglar que el depósito de tus cuadros, lo mejor es que hagas todas las diligencias hoy, que esta noche lleves á cabo la última entrevista con Luz y que te marches mañana,

—No, no puede ser; ni hay tiempo siquiera.

—¡Cómo no ha de haber tiempo, hombre! Yo me encargo de ayudarte en el equipaje. Tus útiles los dejas en la misma casa, que yo tomaré para vivir. Todos tus lienzos permanecerán cuidados porque yo haré mi salita en tu estudio y mi dormitorio en la otra pieza. Más tarde, si quieres, remitiré todo adonde tú indiques.

—En ese caso sería mejor que..... Pero no, no te precipites, Jorge.

—No es cuestión de precipitarse sino de aprovechar el tiempo. ¿Aceptas? Sí, tienes que aceptar.

Gastón titubeaba. Luego dijo:

—La verdad es que hay amores que son nuestra perdición.

—¡Es claro! Los hay funestísimos, y es preciso ser enérgico alguna vez en la vida. Fíjate que tu porvenir de artista está por medio.

—Pero.....

—No hay peros que valgan. Vamos á almorzar, é inmediatamente después pondremos mano á la obra y buscaremos las excusas apropiadas para Luz. Anda, camina.

Y salieron, Gastón dejándose conducir é infundiéndose valor con el recuerdo de su éxito, y Jorge dando rienda suelta á su verbosidad incansable, rematando su tarea.

X

VI

CAMINABA indeciso, deteniéndose, con la lentitud del cobarde que acorta los pasos á medida que se acerca al lugar del combate. Repasaba el bien urdido plan de la separación, mejor dicho, de la ruptura, pues veía bien claro que, tras una ausencia indefinida, casi ninguna probabilidad habría de recomponer aquel idilio. La noche era fría, la atmósfera pesada y

neblinosa, á través de la cual las pocas luces de la calle de Izaza defallecían con la tétrica tristeza de los cirios funerarios; diríase que eran lágrimas de fuego vertidas en sentida condolencia por la muerte del verano fecundante y robustecedor de energías y pasiones; que eran la huella melancólica que las fugitivas alegrías y las ilusiones muertas marcaron en el rostro de los viejos; que eran el brillo opaco de los ojos de los agonizantes. Espesas y fúnebres nubes ocultaban la luna cual enormes masas de negros desencantos que á la ilusión sepultasen; sólo eran ya un recuerdo provocador de la nostalgia, las constelaciones de záfiro y topacio que abrillantaban la bóveda azul en las plácidas noches del estío; y como única manifestación de vida en aquella calleja apartada y solitaria, el pregón quejumbroso de un tortillero se alzaba también muy frío.

En el jardín de Luz vagaba el desahucio de lo condenado á fallecer: los arbustos, deprovistos de hojas, no conversaban ya anima-

dos por la brisa cálida; las últimas flores de otoño inclinaban sus cabezitas mustias hacia la tierra, como buscando el reposo de una tumba; el viento sólo silbaba helado para ahuyentar á los transeúntes ateridos; y allá, en la playa, las olas sollozaban.

Por todas partes sombra, por todas partes abandono, por todas partes despedidas. Èste era el escenario por donde Gastón caminaba, templando su espíritu para la suprema batalla.

Luz, en su afán de ser feliz en todo tiempo, habíase refugiado en el salón y tocaba un vals de Moscowzky. Sus dedos afilados recorrían las teclas del piano, interpretando la exquisita originalidad de las melodías polacas con esa profunda asimilación de los temperamentos sensitivos que hacen suyas las inspiraciones del artista. Vestía bata de paño blanco con aplicaciones verde manzana muy breves, cuyos pliegues descansaban, hundiéndose, en el pelaje de una piel extendida ante el piano.

Cuando las notas se mecían en

un *decrecendo* lánguido como una embriaguez de amor, Gastón apareció entre las cortinas de la puerta.

Verla, tan blanca, tan rubia, y sentir bambolearse el edificio de razones y frases eufemistas que traía prolijamente armado, fué uno. Pero apartó la vista y cerró la puerta con estrépito, apurando el lance con esa valentía incierta de los que, obrando en contra de sus sentimientos, se disponen á apurar, cuanto antes y de un solo trago, un cáliz amargo.

Al sentir el ruido, Luz abandonó el vals y le salió al encuentro, contenta.

—Ah, eres tú,—dijo.

—Sí, yo.

Y estas palabras, dichas con amargura y sequedad, extrañas en Gastón, fueron para ella el reto breve al duelo.

Nadie como la mujer para presentir las desgracias. Con la rapidez propia del pensamiento, recordó haber visto á Gastón con Rotalde aquel día, y junto con esto, reaparecieron en ella las únicas preocupaciones que le habían martirizado

durante aquella embriaguez perenne de amor. "Se ha enterado de mis faltas", pensó. Mas si las mujeres presienten con facilidad, disimulan mejor; de modo que se acercó solícita, preguntándole:

—¿Qué tienes, Gastón?.....¿Estás enfermo?

Èl se había dejado caer sobre el sofá y permanecía mudo, los codos sobre las rodillas y la frente entre las manos, huyendo de la hermosura de su amada y del aniquilante mirar de sus pupilas glaucas.

—Responde..... ¿Qué tienes?..... Habla, Gastón, que me inquietas...
—repetía Luz, suplicante.— ¿Estás enfermo?

—No, Nena..... digo, sí..... peor, peor que enfermo.....

Y seguía con la vista fija en los dibujos de la alfombra, desconcertado, buscando en vano una frase que planteara decorosamente la cuestión. Todo su plan se confundía en lamentable laberinto. En su mente acostumbrada á la sinceridad, la ingrata nueva desnudábase de la fraseología atenuante y de las falsas promesas. Tan sencillo y

fácil como antojárasele su discurso cuando lo construyó con Jorge, se le presentaba ahora de incongruente é inadecuado.

Luz estaba lívida. Su blancura exangüe de crisantemo blanco era ahora la transparente de la cera. Cada vez más temerosa, repetía:

—Dime, dime qué pasa, Gastón.

Hasta que éste, creando valor de su propia debilidad, lacónico y cruel inconscientemente, como todo débil, respondió:

—Que..... que tenemos que separarnos.

—¡Qué!!...

La vista de Luz se nubló. No esperaba tanto. Sintió un vacío repentino en la cabeza; los latidos del corazón le retumbaron en los oídos. Ya no había duda: Gastón debía saberlo todo.

Después de una pausa que sirvióle para serenarse, viendo que era inútil fingir, habló, con el desaliento del que se ve perdido:

—Desde que te ví esta tarde con ese hombre, algo funesto presentí. Noté que no me mirabas como antes..... Tuve la fatalidad de ena-

morarme de un miserable y he aquí el resultado.

—¡Enamorarte de ese hombre!— rugió Gastón estremeciéndose y dándose cuenta de la interpretación que había tenido su dolor para Luz.

—¡De Rotalde!—agregó horrorizado.—¡Y fuiste suya!... ¡Te enamoraste de él!

Luz bajó la vista, trémula. Quería llorar y no podía.

Gastón dejó caer de nuevo la cabeza entre las manos. “Era cierto. Ese fátuo publicaba sus intimidades con razón. Había gozado antes que él de las caricias de Luz, de su Luz, de la mujer superior á todas.” Los celos germinaron en él, celos repentinos y extraños, cuya intensidad era sólo explicable por la magnitud de su pasión.

—Ya calcularás, pues,—exclamó, levantándose fuera de sí,—que con esto no se puede pensar en el matrimonio. No quiero ser objeto del encarnio de un grupo de imbéciles que, con la verdad de sus murmuraciones, amarguen mi existencia.

Ella habíase puesto también de

pié. No podía articular palabra. Ni aun el llanto acudía en su auxilio. Permanecía muda, los ojos secos, la boca entreabierta y temblorosa, la piel ardiente, cual si el calor de todo su ser saliese á la superficie de su cuerpo y dejase yertas sus entrañas. Sólo escuchaba las protestas de Gastón como algo pavoroso que la empujara hacia un abismo obscuro y frío.

Èl habíase detenido ante una mesita de laca y examinaba, maquinalmente, sin verla, una figulina de Sajonia. Volvíale la calma y con ella el discernimiento. Ya comprendía cuán injusto era al tratarla de ese modo; más, recordando también el fin de aquella entrevista, que se facilitaba, siguió hablando.

—No me queda más recurso que partir, — dijo, — irme muy lejos, donde mi arte y mis recuerdos constituyan mi familia, á rodar como un cadáver insepulto, con la amargura del desengaño por compañera, sin más placer que el de pintar mi pretérita dicha, placer de loco, de loco triste, el placer de Pierrot que canta á la luna las

serenatas que fueron para Colombina.

Notó pronto que en sus palabras vagaba el son inexpresivo de la mentira, y, callándose, fuese á la ventana que daba al jardín. No quería que Luz leyese en su rostro la lucha que su cerebro y su corazón sostenían, aconsejándole el uno partir y el otro confesar que aquellas culpas estaban ya perdonadas. Sufría mucho, como el agonizante que, lleno aún de ilusiones, ve escapársele la vida. “¡Partir, se decía, partir ahora que la amo más!”

La pobre Luz continuaba en el mismo sitio, oscilando sobre sus piés, confundida. Su imaginación, paralizada, sólo podía hacerse estas preguntas: “¿Qué fin tendrá esto? ¿Me perdonará?”

Gastón, de espaldas, la observaba en el reflejo del vidrio de la ventana. “No se disculpa, pensaba, no trata de consolarme. Si me suplicase, olvidaría todo. Esto es superior á mis fuerzas.”

Con el objeto de obligarla á que apurase sus excusas, se dirigió al sofá y cogió su sombrero.

Entonces, violentamente, dando un paso hacia él, gritó Luz angustiada:

—¡Gastón!

Y en seguida, en tono dulce y doliente, le preguntó:

—¿Te vas?

—Sí,—respondió él con sequedad.

—No hay más remedio.

—¡Oh! Espera.....

Luego, obedeciendo á ese orgullo del primer disgusto de una existencia amorosa, en el cual nadie se resigna á rogar, se contuvo.

Vino un largo silencio. El *isócrono tic-tac* del reloj no más se oía, como el choque continuado de los aceros entre los combatientes de un duelo que esperan, egoístas, un desenlace. Ambos, frente á frente, sin mirarse, esperaban un ruego, una invitación de paz.

Gastón era el más vehemente; pero también el más egoísta, porque era el que menos razón tenía. Quiso apremiar á Luz y repitió, fingiendo triste resignación:

—Creo, Nena, que no hay más remedio. Nuestra dicha no sería completa. ¿No lo crees así?

—Pero.....

—Pero ¿qué? ¿Podría ser de otro modo?

La respuesta de Luz iba á ser el golpe final de aquel duelo rápido. Gastón temblaba ante este dilema: ó triunfaba el amor y Luz le suplícaba, ó á la angustia sucedía en ella un arranque de orgullo, en cuyo caso tendría él que partir, pues también tenía amor propio.

Sucedió lo último. Ella, despechada y colérica, respondió.

—Bien. Véte..... Tienes razón.

Y él, como un autómeta, el juicio perdido y la vista extraviada, salió, ahogando un sollozo.....

VII

EL paso estaba dado, y de un modo más ventajoso para Gastón que el supuesto: sin necesidad de excusas ni de mentirosas promesas. En la forma que la casualidad quiso darle, la ruptura habíase presentado como un efecto lógico, cuya causa provenía, exclu-

sivamente, de Luz. ¿Podría ella, pues, atribuirlo á falsedad? No. Más bien á celos; pero como por celos todo arrebató y toda obcecación son disculpables, ningún cargo afectaría la lealtad del pintor, quien podía ya entregarse á ese descanso que sigue á la realización de un trance difícil.

No obstante, ocurría lo contrario. Si Gastón había temido antes la contienda, ahora la deploraba, y á pesar de ser el vencedor, sentíase la víctima y huía lacerado, invadido por el frío del desconsuelo. Una fuerza nerviosa le impulsaba á caminar de prisa, fuerza que, si al principio fué inconsciente y lo empujó como á un autómeta, pronto convirtiése en producto de su voluntad, en recurso llamado á evitar un fatal retroceso. Considerando menester hallarse pronto entre sus amigos para rematar su empresa, no segura aún, alargaba los pasos, trataba de alimentar su energía con la evocación de las bellas promesas del porvenir é intentaba acallar los ímpetus de volver á ella y pedirle perdón que le acometían,

con la repetición, en voz alta, de las alabanzas de los periódicos y de las ideas que Jorge le infundiera.

Mas ¡ay! ¿Late acaso el corazón conforme al sentido de la palabra que articulamos por fuerza ó ésta brota de los labios en armonía con los latidos de aquél? En los momentos en que hablamos con nosotros mismos, es la segunda ley la que rige. De aquí que fuesen inútiles los esfuerzos del pobre muchacho, de aquí que los cuadros de futuras bienandanzas y de triunfos enloquecedores que evocara, se disfuminasen en su mente, apenas nacidos, anulados por otros menos alegres, pero más precisos, los de arrepentimiento y súplica. Igual cosa sucedía con sus frases alentadoras: confundíanse, en extraño galimatías, con otras de contrición amorosa, dictadas por sus sentimientos predominantes.

Por fin, llegó al Hotel América, donde sus compañeros le esperaban comentando el suceso y haciendo variadas suposiciones. Alguien consideraba inútil esperarlo, cuando él entró.

—¿Ya?—preguntáronle varios á la vez, curiosos y desconfiados.

—¡Ya!—repuso él, dejándose caer exánime en una silla.

Vino luego una conversación discreta, llena de filosofía y de consejos que, por la sagacidad con que fueron dirigidos, hicieron el efecto deseado, logrando así, sus camaradas, verlo al fin conforme y por momentos contagiado de la alegría que disfrutaban ellos.

Pronto, las copas despertaron en él deseos de diversión. Sintióse muy libre, Podía hacer lo que se le antojase. Nadie le tomaría cuenta de sus locuras.

Jorge, que dirigía el movimiento, propuso ir á cenar. Todos aceptaron, y después de añadir cada cual al programa los festejos que creyó convenientes, salieron en busca de un coche.

En la calle de Izaza los acontecimientos fueron del todo opuestos.

En cuanto Gastón hubo salido, Luz, bajo el peso de aquella descarga de durísimos golpes, permaneció un rato anonadada, sin poder coordinar las ideas, viendo sólo

algo terrible en lontananza, que la sumía en completa inacción; mas al cabo de un rato, deseos imperiosos de hablarle, de implorar su perdón le acometieron, y corrió hasta la calle.

—¡Gastón! ¡Gastón! — gritó allí, con voz enronquecida por la angustia.

No tuvo respuesta. La calle seguía desierta y con su aspecto fúnebre. Gritó otra vez y también fué en vano: su Gastón estaba ya muy lejos. Era inútil llamar.

Estalló entonces en copioso llanto, en sollozos desgarradores, gracias á lo cual no cayó inerte en medio del arroyo y pudo llegar á su cuarto para caer desplomada en el lecho.

Allí, los amorcillos seguían sonriendo y asaeteando á las sirenas, cual si, acostumbrados á presenciar estos dolores, aquella escena no los conmoviese. También los cuadros de Gastón parecía que se burlaban de la desgracia de Luz con su alegría hiriente.

En las treguas que le concedía el llanto, miraba Luz todo esto, lo

mismo que sus preparativos inútiles. Allí estaban, sobre la cama, la camisa de su amante con las arrugas de la última noche de ventura; al pié del sofá, sus zapatillas bordadas; sobre el tocador, sus peines y sus cepillos. El ridículo triste de lo depreciado lo revestía todo con su velo humillante.

¡Pobre Luz! ¡Qué pena tan profunda revelaba el crispamiento de sus cejas! ¡Con qué opacidad de aguas muertas se cubrían sus pupilas glaucas al contemplarlo todo! Como ella, esos objetos no volverían á sentir la caricia de su mano. “¿No volverían á sentirla? ¿Nunca? No. Imposible,”—decíase.—“Volverá. Sí; este arretrato tendrá que pasarle. Ha de recapacitar y comprender su injusticia y mi desgracia; ha de perdonar los errores de mi inexperiencia..... Y si no vuelve le buscaré, le convenceré de que el amor lo redime todo, le diré que no aspiro á ser su esposa, que querida ó mujer legítima le querré lo mismo, que con menos aún, con ser su esclava me conformaré..... Y él se compadecerá, sí, porque él tam-

bién debe sufrir.....¿Sufrirá mucho? ¡Ah! ¡Ojalá! ¡Ojalá no pueda resistir y regrese pronto, muy pronto, antes de que yo muera de dolor!..... Si viniese esta misma noche.....”

Al llegar á este punto de sus meditaciones, corrió á la ventana para ver si volvía y salirle al encuentro.

Con la frente pegada á los cristales, sondeaba los tinieblas. Á ratos, pestañeaba, creía ver que alguien se dirigía á la casa..... No, eran sombras, fantasmas creados por su imaginación, nadie.....

Así le sorprendió la mañana. Ya el jardinero emprendía su diaria labor. Un frío penetrante la entumecía. Se dirigió al ropero á fin de ponerse un abrigo, y al hacerlo, le vino la idea de ir á casa de Gastón en el primer coche que pasara.

Con este objeto salió; mas, al llegar á la reja, obscureciósele la vista, creyó caer: sus músculos, agotados por la agitación, cedían, aflojándole las piernas.

—¡Señorita! ¿Qué le pasa? Está usted pálida.....—díjole el viejo jardinero, acudiendo en su auxilio.

—Pronto, Gaspar.... Á mi pieza... No puedo más,—respondió ella sin aliento y apoyándose en el viejo.

Con gran trabajo llegó á su dormitorio. Luego vino Clorinda, la doncella, quien la desnudó y la metió en la cama, mientras Gaspar iba en busca del médico.

Luz ya no sollozaba. Tenía fiebre, mucha fiebre, un delirio cruel la había hecho su presa. Pronto sus mejillas se arrebolaron, inyectáronsele los ojos y la respiración hízosele fatigosa y sibilante.

—¿Sufre usted mucho, señorita?—preguntábale la criada.

Ella no respondía. Agitaba sin cesar la cabeza de un lado á otro. En sus sienes, las venas, hinchadas, latían con fuerza. Palabras inarticuladas salían de su garganta. De vez en cuando, sus brazos se extendían como para sujetar algo que huyese y caían luego, lacios, á lo largo de sus costados. Y en su rostro se reflejaba siempre la angustia, siempre el dolor voraz que la consumía.

VIII

No era aquella luz rubia y risotera de otros tiempos la que alumbraba el dormitorio de la viuda. No era aquella que, á través de la vaporosa pantalla de raso amarillo, cabrilleaba sobre sus cabellos bronceados cuando esperaba á Gastón acostada y leyendo. No. De esto habían pasado ya nueve meses. El nido que, cobijara á los amantes apasionados primero y á la abandonada después, estaba esta vez ténuemente iluminado por una luz beatífica y tranquila, luz de santuario que, partiendo de una lamparilla de aceite y azulándose á su paso por una pantalla chinesca de cristal pintado en forma de biombo, dibujaba apenas, como á los rayos de la luna, los perfiles de los muebles, suavizaba y confundía los tapices defallecientes, prestaba á los espejos un brillo religioso de plata vieja y realzaba la blancura de la colcha del lecho y de los rizos de encaje de una coqueta cuna al pié de éste colocada.

Sobre uno de estos dos brochazos claros, entre los pliegues de las sábanas, azuladas también por los resplandores de aquella luminaria, estaba Luz, hierática, sublime, la cabellera partida en dos bandas, dejando al descubierto un triángulo de frente pura, y las verdes pupilas, brillando bajo el arco de sus cejas, como el mar á la sombra de las ojivas de los muelles antiguos en las noches de plenilunio. Jamás había estado tan bella. El parto había acentuado sus facciones y dado mayor lucimiento á la corrección de su dibujo, obsequiándola con una belleza sagrada, de diosa esculpida en mármol y alumbrada débilmente por las estrellas en una noche clara. La camisa voluptuosa con peto de punto flamenco de antaño, había sido sustituida por otra más honesta y sencilla que moldeaba sus senos hinchados con más recato y dejaba descubiertos sólo los antebrazos y las manos, en las cuales los dedos se afilaban más por los efectos de la sombra.

Era otra, en fin, la estancia aquella noche, debido á ese olor-

cillo *sui generis*, mezcla de alhucema y de leche, y á la respiración inexperta de la recién nacida.

Días atrás, había hecho allí su entrada triunfal á la vida, en medio de frenéticos vagidos, una preciosa niña.

¿En qué pensaba ahora Luz, con la vista fija en el paisaje azul del biombo de cristal? ¿Qué preguntas hacía á ese cuadro nocturno, con su mar plagado de reverberos lunares, como regueros de mercurio, y su navío apareciendo en el horizonte? ¿Era que, sin querer y á pesar de su profundo resentimiento para con el ingrato ausente, creía verlo llegar en aquel barco? No. Hacía mucho tiempo que esta esperanza había muerto. Empero, aquella noche, incitada por la soledad, analizaba su pasado.

Mentira parecía que un amor tan grande pudiese haber desaparecido así, de un día á otro, sin resistencia, como una vida cortada por repentina muerte y sin dejar más rastro que un nido trunco, un idilio roto..... “¡Ah!—pensaba.—La única ley capaz de hacer guerra al

amor es la mutación. Como que la vida misma no es otra cosa que una serie continúa de mutaciones. Todo, todo está sujeto á cambios en ella. La prueba la tenía en ella misma, que había logrado ser feliz sin Gastón. Sí, había sufrido mucho, pero ahora estaba contenta. ¡Cuántos cambios!” Y recordaba, punto por punto, la última etapa de su vida: la noche borrascosa ante los cristales de la ventana, luego la fiebre, el delirio, los dolores al vientre y el diagnóstico del médico anunciándole la posibilidad de un aborto, primera manifestación de un embarazo que ella ignoraba; días después, el desengaño definitivo al enterarse por los periódicos del viaje de Gastón ¡Cuántas sensaciones diferentes en aquella época! Dolor de tener un hijo sin padre reconocido; vergüenza por la sociedad, por aquella legión de cristianos incomprensibles que nos acompañan mientras somos felices y nos escupen cuando caemos en desgracia; y mezclándose con esto y con la melancolía del abandono, una ternura incipiente que iba

abriendo, las puertas á una nueva era de dicha, la ternura maternal. Qué de ensueños nuevos entonces, pensando en la hermosura que heredaría el fruto de sus entrañas, en los trajecitos que le pondría, en los cuidados de su crecimiento, en su educación más tarde. En cuanto al apellido era cosa resuelta que llevaría el de ella, pues en vista de la conducta de Gastón consideraba humillante mendigarle un nombre. Después se irían muy lejos de Iquique, adonde, con su dinero, su hijo pudiese brillar sin necesidad de su padre. No merecía éste disfrutar de los goces de la paternidad. ¿Había escrito algo acaso en los nueve meses transcurridos? Ni por curiosidad de saber de su hijo, lo había hecho. Y de que no lo ignoraba, no cabía duda, pues aquella noche que se encontró ella con Jorge, su embarazo era ya bastante pronunciado para que éste lo notase y se lo comunicara á Gastón. Si no había escrito, pues, era porque todo aquel cariño había sido mentido.

Un germen de cólera contrajo las

entrañas de Luz, al hacer estos raciocinios. Asco le daba el mentiroso que tan vilmente la había engañado. “¡Ah!—decíase;—los artistas no aman más que á su arte. Á él todo lo sacrifican. Si gozan con nosotras es por los ideales que en su imaginación engendra nuestra belleza. Gastón ha concebido conmigo sublimidades de estética que, en su delirio artístico, en sus alucinaciones, me describía entusiasmado, ornamentando mi dicha con decoraciones maravillosas, al amparo de las cuales sus caricias me sabían á gloria y el fuego de su verbo y de sus ojos me fundía alma y cuerpo y me alzaba en éxtasis desconocidos..... Y todo mentira, todo reducido á la nada porque su pincel se negaba á transportarlo al lienzo, porque sabía poco y necesitaba aprender, porque valía más que vivir aquellos cuadros exelsos, el goce vano de ser admirado como creador imaginativo de ellos.”

Una sonrisa irónica contrajo el rostro de Luz, y siguió pensando: “Son estos, los artistas, los que ensalzan la generosidad de alma.

Ellos, que son todo egoísmo, que nos engañan y se engañan á sí mismos para acumular observaciones. ¡Ah! Cuánto más vale para una mujer un ser sencillo que uno de esos ilusos que viven sublimando con la fantasía el goce de lo real, cuyas dulzuras encuentran pálidas después del ensueño; seres que se lo viven todo en horas, que con sus facultades se proporcionan una vida ficticia y que sacrifican y hasta tachan de vulgar, de tediosa, de indigna de ellos la verdadera vida, fuente de sus ideales. Desgraciados al fin, pues terminan por hacerse intolerable la existencia, con la cual acabarían si no ambicionasen una recompensa más vana aún: la Gloria.”

Con estas lucubraciones, si bien injustas, naturales por la herida que escocía aún en su pecho, afianzaba Luz la nueva norma de conducta que se había impuesto.

“No desearé más su vuelta,—concluyó. — Ninguna esperanza debo abrigar fuera de mi hija. Para ella viviré. Ella no me engañará.”

Tomando en cuenta que, de las

averiguaciones hechas, sólo había sacado en limpio que Gastón escribía de tarde en tarde cuatro letras à Jorge, muy lacónicas y sin una pregunta, sin una prueba de recuerdo para aquella enamorada loca que tan deliciosas horas le había proporcionado, tomando en cuenta esta imperdonable volubilidad, había que convenir en que su resolución y su profundo resentimiento eran muy justos.

Pero he aquí que sus propósitos experimentaron una violenta conmoción cuando, de repente, entró la doncella con una carta, mejor dicho con un paquete, pues tal era de voluminoso el sobre que traía.

En la letra de la dirección reconoció Luz, al punto, su procedencia. Venía de París. Era de Gastón.

Atónita, miró unos instantes el sobre. Luego dijo emocionada:

—A ver... Prende la lámpara, Clorinda.

Dentro venía una carta y un legajo atado con una cinta.

Tomó primero la carta y leyó:

“París, Enero 12 de 1906”.

“Nena: Cada día me convenzo más de que el mejor guía para el hombre es el corazón. Si siguiéramos siempre sus impulsos en vez de obedecer al cálculo, siempre convencional, siempre haciéndonos ver las cosas del color del cristal por el que las miramos, seríamos menos desgraciados. No es otro el error que ha causado mi desdicha. Por él fuí un triste, y digo fuí porque hoy soy algo peor: un desesperado que no vive, que agoniza, en medio del más cruel martirio.”

“Sí, esto soy, Nena. Ya la alegría no es mi alma, como me dijeron algunos críticos de Santiago. Ahora la alegría de mis cuadros puede compararse á esas flores de los jardines con que se pretende rejuvenecer los edificios vetustos y ruinosos y que no logran más que revestir á estos de cierto traje alegre que les sienta mal y opacar su propia frescura con el polvillo de las ruinas que el viento les polverea. Hé aquí la comparación más apropiada de mi actual existencia, con su con-

tento postizo y su pena inocultable, existencia morbosa y terrible que, á no ser por la esperanza de que tú la reanimes con tu perdón, concluiría con la de los morfínicos y los eteromanos que arrastran su decadencia por los cafés de Montmartre en este París clemente que tiene anestésicos, si no consuelos, para todos los dolores.”

“Hace unas cuantas horas, Nena mía.—¡Ah! Perdona. Olvidaba que no tengo ya derecho á llamarte mía.—Hace unas cuantas horas, mi martirio ha subido de punto hasta enloquecerme, hasta absorber todos mis pensamientos, como verás en las últimas páginas del manuscrito que te envío adjunto.”

“Éste consta de unas cuantas hojas de mis memorias, arrancadas al azar. Considerando que tantas repeticiones de la misma angustia te cansarían, no he querido mandártelas completas. Pero no importa, bastarán estas pocas, puesto que en ellas he vertido casi todos los sentimientos que, desbordándose de mi pecho y no hallando un confidente humano, se han confiado al

papel, á mí mismo, con la sinceridad de quien habla con su conciencia."

"Por el tono libre en que algunas están redactadas comprenderás que nunca tuve intención de remitírtelas: tenía vergüenza de descubrirte mi ambición disparatada y errónea y mi mezquindad de carácter. Enantes intente escribirte en otra forma; mas al ver que no podía, que mi pluma se paralizaba, ofuscada ante el tropel confuso de mis ideas, tuve que optar por enviarte esos ecos de mi existencia en la misma forma en que repercutían en mis soledades."

"Dicen que Zenón de Elea ha demostrado que la flecha que vuela permanece inmóvil. ¿No podré yo probar que, á pesar de haberte dejado, mi corazón ha permanecido igual? Sí; lo conseguiré, porque la verdad de mis palabras podrá más ó, por lo menos, tanto como la elocuencia del filósofo griego. Tú me leerás y te persuadirás de la sinceridad de mis pobres memorias, como de la locura en que estoy desde que escribí la última. Acoje mis confe-

siones, Nena; léelas con atención; son las flores de mi jardín; sacúdelas el polvo de ruinas que las cubre, no dejes que se marchiten para que puedan engalanar pronto nuestro nido como en otros tiempos.”

“Sólo quédame ya pedirte un favor, y es que, si has sido siempre mía, si el hijo que llevas en tus entrañas es de tu Gastón y me perdonas, me avises por cablegrama. Te lo suplico porque muero de angustia. Si no, si has sido de otro y.....¡Ah! No sé, no sé si será mejor que me lo digas también ó que me dejes seguir dudando. No sé si la incertidumbre sea preferible en este caso, No sé si atribuyendo á encono tu desprecio sería menos infeliz. No sé, no sé nada, Dios mío; sólo sé que perderé el juicio sí así continúo.”

“He releído estas líneas antes de firmarlas y, aparte de la palidez que encuentro en la descripción de mi estado, me parecen poco corteses, egoístas: sólo hablo de mí, nada de tus pesares. Pero ¿qué consuelo puede dar quien tanto lo necesita? ¿Y qué mayor consuelo que el saber que se ha sido amada

sin mutación ni decaimiento? Además, no me considero con derecho á acariciarte con palabras.— Y esto es para mí más cruel, tal vez, que para tí.—Sin embargo, he de confesarte que, en los mirajes en que te me apareces á cada rato, te colmo de ternezas, y que, ahora, sólo espero tu determinación para hacerlo muy pronto en la realidad.”

„¿Alcanzaré esto? ¿No me habrá condenado mi torpeza á morir apurando este cáliz de hielo, á congelarme el corazón?”

“Contesta pronto, Nena, sea lo que sea, á este loco de amor.”

“GASTÓN”.

En seguida, desató Luz las memorias. Componíanse de unas cuantas hojas arrancadas de un cuaderno, sin folios ni fechas y festoneadas con reproducciones de aquellos apuntes del cuerpo y del rostro de la viuda que meses atrás contemplaran ambos sobre el sofá de marroquí del estudio del pintor.

Empezó Luz á leerlas en el orden que venían, aunque, según las apa-

riencias, no debía ser el correspondiente.

Hélas aquí:

.....

.....

“¡Vana esperanza! El bullicio no me embriaga. Tampoco el licor. Lo único que consiguen es excitar más mis nervios.”

“Entre el torrente cosmopolita que corre por el bulevar, cual enorme río en su cauce, con su murmullo en todos los idiomas, con su abejero mareante de trajes multiformes y policromos y sus nebulosas de gasa, sobre las cuales los rayos de los focos eléctricos cabrillean con refulgencias minerales de ópalos y perlas; entre ese torrente elegante que se precipita vertiginoso hacia el placer, invadiendo y desalojando los cafés y las tiendas como el agua las pequeñas ensenadas de la orilla, y recibiendo afluentes en todas las bocacalles, me siento muy mal, como sentiríase un nenúfar en un río, y harto de tropezar con los traseúntes y detener-

me á cada paso, me refugio en el café que frecuentan mis compañeros.”

“Y allí ¿encuentro la tranquilidad, el olvido? Tampoco. Ni las *chansonnettes* de las Yvettes Guilbert, llenas de retruécanos encantadores de fina y sutil malicia, ni las *lascivas* danzas egipcias introducidas por Ruth St.-Denis, repercuten en mi alma enferma, dolorida, como una flor arrancada de su planta. Me impacientan las carcajadas de mis amigos, las bromas con que piensan alegrarme me crispan, y las cabelleras rubias que centellean bajo las lámparas, me enervan, recrudecen mi nostalgia, al recordarme la de *ella*.....”

“Por eso, á los pocos minutos, huyo desalentado y me confundo de nuevo en el río humano; pero no ya para aturdirme dentro de él, sino para escapar por la primera esquina, dejándolo que siga rompiendo sus olas entusiastas contra las vidrieras de las joyerías, recreando la vista de los curiosos y mostrando presas á las cortesananas que, cual espigadas *sagitarias*, balancean, perezosas ó ávidas, sus

cabezas ensombreadas en las terrazas de los cafés."

"Yo soy, ya lo he dicho, como el nenúfar: las aguas correntosas me arrojan; mi vida está en las aguas apacibles y serenas, espejos de los paisajes tiernos de dulce poesía. Sólo aquí, ante mi mesa y mi ramo de rosas, puedo saborear mi dolor y gozar mis recuerdos, confiándoselos al papel con todas mis melancolías y mis angustias, con todos mis abatimientos y mis convulsiones."

"No sé si en virtud de que la última impresión es la que permanece más clara en nuestro cerebro, ó por que los recuerdos menos perecederos son los más vagos, es que no puedo apartar de mi mente la noche de mi ruptura con Luz, Será imborrable su memoria, no obstante lo confusamente que la recuerdo. Apenas guardo de ella la borrosa remembranza de una pesadilla incongruente, llena de contradicciones horribles que, adquiriendo alternativamente faces distintas, me condenan, ya como un infame, ya como un cobarde imbécil."

“Hoy quise ordenar y reconstruir aquella escena á fin de apreciarla y juzgarla en debida forma. No me ha sido posible. Es la pesadilla, la tortura misteriosa, indistinta, inanalizable. Sólo me quedan, un turbión de impresiones crueles en el alma, los estragos de una tormenta en el corazón, un trastorno completo en el cerebro; en fin, todo un cúmulo de sensaciones híbridas de dolor y de vergüenza que rememoran únicamente pasajes torvos y aislados.”

“Cuando Luz me confesó aquello, me enfurecí. Fué tan violento é inesperado el golpe que perdí los sentidos. Estaba convencido de la veracidad de su falta, pero..... no sé..... oírlo de sus labios me pareció horrendo, sacrílego. Simultáneamente, sentí cólera, desilusión, celos. Luego la herí y la humillé con la más tosca villanía.”

“Y mi mayor remordimiento consiste en que, cuando continué esto, no estaba ya obcecado por la crisis psicológica que en mí se operara. Ya había recapacitado. Proseguí porque descubrí en ello un camino

para salir del conflicto en que me atollaba mi cobardía, porque ví que los argumentos necesarios para la ruptura eran demasiado pesados y acababan por doblarme. Mis ofensas fueron, pues, falsas. Mentía, traicionaba á mis sentimientos. La confesión de Luz era asunto ya muy discutido en mí conciencia. Su falta había sido absuelta desde que leí en un libro de Anatole France, si mal no recuerdo, que mantener á una niña en la ignorancia del mal y sus diversas formas equivale á ponerle esas anteojerías de los arneses de un caballo. Cuanto bien me hicieron estas palabras y cuán sabias son. Es indudable que, así, la mujer será apta para salvar los obstáculos que se le presenten en el camino recto, mas no para evitar los choques que por los flancos le sobrevengan. *Para eso estamos nosotros*, dicen los padres, *para conducirlos mientras están á nuestro lado, y para eso está el marido después.* ¡Ah! En la práctica es muy diferente. Ya hemos visto lo que sirvió á Luz este auriga.”

“¡Pobrecita! Víctima de un com-

bate desigual, sólo vió el mundo tal cual és, cuando las heridas recibidas en la contienda hubieron dejado cicatrices imborrables, cuando en la catástrofe cayeron las anteojeras.”

“Así la recibí yo, y á sabiendas de esto la amé, pues gracias á este antecedente pude creer en lo discursivo y bien cimentado de su amor, cuya virginidad aparecía ventajosamente reemplazada por la firmeza de la experiencia y por la poesía de las almas sensitivas y amorosas que no envejecen nunca. Así la adoré, con todas sus faltas como con toda su voluptuosidad innata y su ansia infinita de placer; así la adoro aún y así la adoraré eternamente.”

“La reproché, pues, sin justicia, y hoy pago mi culpa con su pérdida.”

“¡Qué locura! Quise cambiar de dicha, como si un carácter pudiese tener dos formas de dicha. Con un heroísmo estúpido convertí todo en una nube, sin pensar en que estas no pueden permanecer perpétuamente en el espacio. Para comprenderlo he necesitado que vaya

cayendo sobre mí en forma de constante lluvia, calándome poco á poco y reblandeciéndolo día á día mi existencia, haciéndola cada vez menos sólida. Estuve ciego. El exceso de luz quita la vista como la obscuridad. Amor y Gloria en grado sumo fué demasiado para mí. Me ofusqué. Tarde lo comprendo. Ya la pequeña distancia que hay del amor al odio la habrá salvado mi falsía.”

“Otro de los imperecederos recuerdos que conservo de aquella hora nefanda es esta frase que me lanzó Luz, colérica: “—Bien, véte.....” ¡Cuánto más duro nos es dejar á una mujer cuando ella nos despide! Confieso que, entonces, mi amor y mi orgullo lucharon unidos; perdí la cabeza y toda noción de amor propio; pensé en humillarme y reconquistar ese corazón que me despreciaba. Pero luché demasiado..... tanto que concluí por idiotizarme, obedecer al movimiento mecánico ya comenzado y salir como un muñeco de cuerda.”

“De lo demás casi nada recuerdo. Copas, prostitutas, borrachera.....

La miseria humana mezclándose con lo solemne de la vida. Siempre lo ridículo unido á lo trágico.”

“Me da vergüenza. No, no deseo recordarlo.....”

.....

.....

.....

“Ansioso de ver una puesta de sol, habíame asomado á la ventana de mi buhardilla. Mas en París, como en toda ciudad grande, apenas un pobre remedo de este grandioso espectáculo puede verse. Cuatro pinceladas de púrpura en el cielo y uno que otro reflejo opacado por el humo de las chimeneas sobre la accidentada planicie de los tejados, eran, pues, las únicas galanuras con que se despedía á mi vista el augusto astro.”

“Ya la noche invadía la bóveda celeste con su manto de hollín, y los focos eléctricos reemplazaban á la luz del día en la calle, cuando entró mi amigo y compatriota Ricardo Ruiz, diciéndome con su habitual chanza:”

—“¿Qué haces, hombre? ¿Pintas también sobre los vidrios?”

“En efecto, embebido en mis tenaces recuerdos y maquinalmente, cubría de vaho uno de los cristales para escribir sobre él, con el dedo, el nombre de Luz..... ¿Se acordará mi Nena de las tardes de lluvia en que, asomados al balcón, veíamos caer la garúa como polvo de plata sobre el fondo azul de la casa del frente, y nos entreteníamos en echar vaho sobre los vidrios para dibujar en ellos nuestras iniciales enlazadas?... Yo sí me acuerdo... De todo: de la tibieza de la habitación, del perfume de su aliento, de sus besos largos, del mármol caliente de sus senos, del erotismo sin par que despertaba en ambos el contacto de mis manos con el raso tibio de su piel, de nuestras posesiones sin hora reglamentada, del bienestar extenuado y gozoso en que nos sorprendía el crepúsculo..... Nada olvido..... Y todo lo veo, con pena muy profunda, desvanecerse como el vaho de los cristales.....”

“Ricardo Ruiz habíame invitado á comer en su *restaurant* y á oír,

después, á una célebre pianista vienesa que actuaba en el *Olimpia*.”

“Cumplimos nuestro propósito.”

“Durante la comida, nada hubo de particular. Puedo decir que fué muy agradable. Tiene tan buen humor ese muchacho que me hizo reír muchas veces, contagiándome de esa alegría de vivir tan adorable de que disfruta. Empero, la risa se helaba pronto en mis labios, y mi rostro, que podía observar en un espejo colgado frente á la mesa, adquiriría el mismo aire que el de esas estatuas alegres que, en los paseos públicos, sonríen discordantemente bajo los copos de escarcha durante los días lúgubres de invierno.”

“Á pesar de todo, confieso que esta noche ha sido menos mala que las anteriores. La vienesa, con sus melodías, produjo en mi alma espejismos tan deliciosos que por fuerza he de estarle agradecido.”

“Entre otras, la pieza que más me conmovió, erizándome el cabello y provocándome lágrimas, fué *La invitación al vals*, de Weber..... ¡Qué bien la tocaba Luz!..... Esa

composición que había pulsado siempre en mí las cuerdas de la animación y del contento, retrotrajo á mi memoria, con toda su vida y su fragancia, pretéritas horas de ventura, cuya reaparición endulzaba, piadosa, el efecto tan distinto que la música me hacía esta vez.”

“Es indudable que éste depende del estado en que nuestro ánimo se encuentra. Antes, al escuchar *La invitación al vals*, sucedíanse ante mi vista las diversas imágenes animadas y entusiastas que el autor nos describe en su obra. En el saloncito de Luz, arrellanado en una poltrona, con los párpados entornados, veía á los rayos rubios de la lámpara formar líneas de oro que iban á chocar en la cabellera de mi Nena. Poco á poco, á medida que la emoción de la música me embriagaba, la ilusión hacía-se más completa, y los áureos hilos se confundían formando un plano, sobre el cual veía jóvenes apuestos que, con miradas abrasadoras y palabras ardientes, invitaban á valsar á sus amadas; luego las parejas se ale-

jaban en ya suave, ya rápido voltijeo, describiendo caprichosas curvas sobre aquel reluciente *parquet*; y, por último, las veía rendidas, jadeantes, pero siempre gozosas, pasear del brazo, riendo de la ocurrencia feliz ó burlándose con coquetería de las protestas de amor.” x

“¡Cuánto he cambiado! ¿Qué he visto hoy, en lugar de ese jardín de corolas vaporosas que irradiaban frescos olores? Invitaciones de hombres muy corteses, muy galantes, pero hechas por cumplir con el tirano buen tono, sin amor ni vital fragancia. En los compases del desafortado revolotear de las parejas, éstas se perdían en una masa confusa de fracs negros y hombros fríos, y mi imaginación deteníase en la mirada senil de los padres que gozan presenciando el regocijo de los jóvenes, mirada de triste contento, mirada que, al mismo tiempo de exteriorizar una satisfacción, parece que pronuncia el nostálgico “*Cuando yo era muchacho.....*” de los viejos, para quienes esas alegrías con sus ilusiones han pasado ya á formar capítulos de historia.”

“Esto ví; y en vez de olores frescos, respiré un aroma acre de flores tristes, marchitas por el gusano del tiempo que, anidado en sus cálices, roía implacable sus pétalos, bebía su savia y agotaba su polen.”

“Y entoné, como los viejos, el duro “*Cuando yo era.....*”

.....

.....

“Hoy me levanté muy temprano con el objeto de acompañar á mi colega Rigaud á escoger un paisaje de alborada para su próximo cuadro.”

“La expectativa de hallarme solo un rato, entregándome libremente à saborear mi dolor, me sedujo más que la de respirar á plenos pulmones el aire perfumado del campo. Los que sufrimos así por el amor nos asemejamos al mar, que arroja de su seno cuanto le impide ganar la profundidad: todo lo tendiente á distraer nuestras penas lo rechazamos, y acogemos gustosos las horas, los lugares y hasta los amigos que nos prestan su concurso para

ensimismarnos en nuestro martirio.”

“Como á las seis de la mañana habíamos llegado á las alturas de Val Fleury, desde donde oteábamos París envuelto en una ligera bruma blanca. Atados los caballos, Rigaud empezó su trabajo, buscando un punto de vista, mientras yo, embesado por la hermosura del lugar, me tendía sobre el húmedo césped.”

“No puede imaginarse nada más poético que aquel parque de lilas al amanecer. De entre el tierno pelaje del pasto, abillantado por el rocío, nacen, crecen y se elevan los troncos pálidos de las lilas hasta perderse en sus copas violadas, las cuales parece que siguieran elevándose infinitamente para confundirse con un cielo de raso, matizado de turquesa, oro, rosa y nácar. Bajo este exquisito dosel que con sus reflejos incendia las gotas de rocío, las galas de la naturaleza se multiplican. Muy cerca de mí, corría un arroyuelo, saludando al nuevo día con carcajadas argentinas y risas de espuma; corría desordenado, como todo lo natural, encabritán-

15
dese sobre escollos, durmiéndose en los remansos y pereciendo, al fin, en una laguna, en el elemento más hermoso del paisaje. Extiende ésta su límpido cristal, reflector de los celajes y salpicado de nenúfares, entre el más caprichoso concierto de elementos: por un lado se inclinan las lilas hasta besar sus imágenes reflejadas en las aguas; por otro, un montículo rocalloso, afelpado por el musgo y engalanado de lirios negros, se adelanta sobre las aguas; allá, al frente, un castillo ruinoso, el de Meudon, esconde su vejez tras un biombo de álamos y tilos que recortan sus siluetas oscuras sobre los fulgores más vivos, más espolvoreados de oro, del naciente; y todo este conjunto ideal se suaviza por la luz áurea del amanecer, rechazando los contrastes duros é invitando á los pintores á reproducirlo sobre raso."

"Tendido á la orilla del lago, permanecí mucho rato, acariciando distraídamente las espigas de las sagitarias, siguiendo con la vista el patinar de los insectos sobre el

espejo de las aguas ó el vuelo de las libélulas de espiga en espiga, soñando, romántico hasta más no poder.....”

“Fácil es suponer el objeto de mis ensueños: Luz. La veía sentada á mi lado, bajo aquella sombrilla de amatistas, humillando al verde césped con las gemas de sus ojos, con un lirio negro prendido en el seno sobre su chaquetilla castaña de amazona y el semblante fresco, lleno de infantil admiración. Colmábame de preguntas que yo respondía con amor, mientras le acomodaba las mechitas de cabello que el viento había alborotado en el camino. Luego descansaba mi cabeza en su regazo, la besaba sobre el vestido; y al poco rato, el aroma de su cuerpo me enardecía, afebraba mis besos y me pasaba de aquel letargo divino á un vigor extraño tonificado por la frescura del ambiente, que obscurecía mi vista, cerraba mis oídos al canto del arroyo y me obligaba á repetir el himno germinal de las raíces en la tierra fecunda, con caricias robustas, fuertes, solemnes.....”

“Con el sol ya alto, regresamos á París.”

“El día lo dediqué por completo al trabajo. Antes de almorzar hice mi visita acostumbrada al Louvre. La tarde la pasé en el estudio de mi maestro.”

“Este insiste en que comience una obra de aliento..... Si supiera cuánto anhelo hacerlo y cuántos dolores me ocasiona la impotencia en que me encuentro... Ésta es otra de mis torturas. Sufro de celos, de la peor especie de celos, de los celos artísticos. No puedo ver trabajar á mis compañeros sin sentir una envidia desesperada. Todos los días esbozo algo, y termino por arrojarlo en un rincón, vencido, desesperado de ver que la inspiración no me favorece. Es entonces cuando estos celos atroces me desgarran el pecho; me reconozco mayores facultades que mis colegas, á algunos hasta los ayudo con ciertos toques cuyos efectos ignoran ellos, siento mi cerebro pletórico de conocimientos, y no puedo pintar nada... Sufro un suplicio análogo al de Tántalo: veo las ramas cargadas

de frutos, quiero cogerlas, y ellas se empinan, se alejan..... Esa alegría que es mi especialidad, ha huído de mis rostros, á los que comunico involuntariamente algo de mi tristeza, algo que es como un zumo amargo que mata en ellos la expresión y los convierte en meras reproducciones gráficas, como los cromos de los anuncios.”

“Al emprender un trabajo formal, mis líneas serían perfectas, pero sin movimiento, sin acción. No arrancarían el aplauso del público. La luz sobre todo, esa luz que no se copia, que brota de nosotros mismos, de nuestra inspiración, la que destaca los personajes y los hace vivir á nuestro lado, la que nos ilusiona hasta el punto de hacernos imaginar la circulación de la sangre bajo la piel desnuda, la que humedece ésta como en mi lienzo *En el baño*, esa luz que es el alma, el soplo vital de un cuadro ¿puedo acaso precisarla?”

“Aisladamente, todo esto lo puedo hacer. Estoy seguro de poseer sus secretos, como también de estar muy adelantado en mi arte; pero

concertarlo todo en un conjunto vivo, en un ritmo armonioso, me es imposible. Lo he intentado muchas veces, jironeando mi cerebro inútilmente. Mis nervios vibran enfermos. Todo lo veo borroso, lejano. Mi lucidez es incompleta. Disfruto apenas de la comprensibilidad: puedo aprender, mas no producir... Mi musa quedó allá... Es ella la que me falta."

"Empero, es preciso que algo haga, pues de lo contrario perderé mi pensión.... Tal vez sea esto lo más conveniente. Acaso, viéndome de nuevo en Iquique, perdería esta vergüenza de pedirle perdón y recobraría mi vida."

"No haré nada: no se puede pedir alegrías á quien no tiene más que penas. Mañana empezaré el parque de las lilas sobre raso; y si vuelvo á Iquique, mandaré hacer de él un abanico para ella."

.....
.....

"Pasaré la mañana en casa. Los recuerdos de la horrible noche de

ayer me tienen en estado de vértigo. Me figuro que á un náufrago, después de su salvamento, le debe quedar la misma huella terrorífica y caótica, la misma dificultad de discernimiento en el cerebro que siento yo ahora.”

“El tiempo ha amanecido lluvioso. Una claridad lívida penetra por la ventana é ilumina medio cuarto, dejando el otro medio nimbado por la rojiza luz que sale de la chimenea. En la madrugada debe de haber llovido, porque veo gotear los barrotes tras de los cristales y obscuras las placas de herrumbre que los carcomen.”

“Ante esta luz perezosa, vuelven á mí, por natural remembranza, esos días enfermizos del invierno de Iquique, en los que el cielo ceniciento influía en nuestro sentir, lo suavizaba y le prestaba sutileza para gozar lo tierno, lo tibio, lo débil.”

“Imborrables días aquellos en que la conversación en voz baja de Luz, acompañada por el eco sordo de las olas, tomaba cadencias de melopea, de salmo misterioso.”

“Aun me parece ver, por la venta-

na que da al jardín, á los canarios en la pajarera, friolentos y esponjados, abrigándose el uno al otro sobre los algodones del nido, mientras que yo, al principio envidioso y luego satisfecho, refugiaba el rostro entre los senos de Luz y el chal de seda con que se defendía del frío, sintiéndome más feliz entre aquellas suavidades que el canario entre las plumas de su hembra.”

“¿Y hoy?... ¡Qué triste es ser uno solo á vivir! ¡Qué existencia tan vacía la de un corazón sin otro corazón!...”

“Y lo peor es que ni tengo valor para confesarle mi falta, pintarle mi castigo y mi arrepentimiento é implorar su perdón, ni me es posible olvidarla entre los brazos de otra mujer. Fórjome, á veces, una vida tranquila y provechosa con otra; me la imagino; pero tan pronto como vuelve á flote, por decirlo así, el recuerdo de ella con sus dulzuras, más valiosas para mí que la Gloria, todo se desbarata. No puedo reemplazarla. Ella forma ya parte de mi ser.”

“Si le escribiese... No; al saber la

causa egoísta de mi abandono, el desengaño habrá sido tan intenso, su ilusión habrá caído desde tan alto, que el golpe debe haber sido mortal. Es también altiva y algo orgullosa: lo demostró aquella noche con su contestación "*Bien, vete,*" que me retumba aún en los oídos como un tétrico *de profundis*".

"La pérdida de mi pensión es segura. Mejor; ese será el fin de mis vacilaciones: aquí no puedo seguir, puesto que ni pinto ni logro borrar su imagen de mi corazón con un amor nuevo, como me aconsejan los amigos y como yo tuve la locura de esperar. Los sucesos de anoche así lo afirman."

"Después de comer habíame venido á mi casa y me entretenía en una puerilidad cuyo goce sólo los enamorados comprendemos; pasaba revista á las reliquias que de ella conservo. El contacto con sus rizos de pelo, el perfume del corsé usado en nuestra primera cita, que me obsequió más tarde como trofeo de mi triunfo, sus cintas, todo ese montón de objetos que han retenido

algo viviente de su ser, afluyó tantas imágenes á mi cerebro, que una obsesión aflictiva y afrodisiaca atezó mis nervios de un modo alarmante y me obligó á huír."

"Largo rato vagué por los bulevares, entre la multitud elegante que habla de caballos, de actrices y de juego, hasta que al fin, cansado, casi adormecido, fuí á parar al café, donde mis compañeros."

"Un guitarrista español *hacía el número* cuando me senté. Al principio, sus alegres *boirdoneos* flamencos refrescaron mi espíritu. Luego, cuando ejecutó una canción indiana, los acordes plañideros de la guitarra reprodujéronme un cuadro de la patria amada: sentíme en el sur de Chile, en una de esas noches de Julio que no permiten salir á los paseos, durante las cuales, las familias pobres pasan la velada en sus hogares, junto al fuego, arrancando á la vihuela ayes y notas melancólicas como tañidos de distantes campanas, mientras, afuera, la lluvia azota monótona los vidrios, enturbia la luz de los faroles y asola las calles. Transportado á

una de esas habitaciones pobres en las que el alma se impregna de melancolías dulces y de amores tranquilos de familia, la música me causó un goce extraño, no el que antes me entusiasmaba hasta hacerme pedir á la tocadora una zamacueca, sino un goce sin el menor resquicio de alegría, algo nostálgico, pero más que todo anodino, como el humo frío de una pipa de opio”.

“De pronto, hube de cerrar este paréntesis hecho á mi amargura, para abrir otro: Cloé de Monceau, la bailarina de los Funámbulos, se sentó á nuestra mesa. Según dijo, vino con el objeto de pedir á Muriel, uno de mis compañeros, muy entendido en gemas, su juicio sobre un aderezo de ópalos que recientemente había adquirido. Esto dió lugar á que la conversación versase sobre la joyería artística. Cloé era siempre de mi opinión. Es la muchacha más ladina é ingeniosa que he conocido. Con verdadero arte supo interesarme y lograr lo que, según mis compañeros, largo tiempo deseaba. Me llevó á su casa.”

“Mis sentidos, despiertos desde

la escena de mi cuarto ante las reliquias de Luz ¿influyeron en que diese aquel paso que lamento por la postración en que me han dejado sus consecuencias? No: fué por ver si olvidaba á Luz, por curiosidad de una aventura parisiense y por esa debilidad invencible que siente un hombre cuando una mujer bonita le demuestra deseos de ser su amante. Hallándome en este caso y sin tener un impedimento poderoso, no era difícil que me rindiese. Fuí, pues, con gusto.”

“Al principio no me pesó. Tiene esa mujer, como buena parisiense, una amenidad que atrae, una sonrisa tan provocativa y una boca tan libertina que me encantó; y cuando llegamos á su alcoba, asistí con verdadero arrobamiento á la coqueta operación de desnudarse. La Willy en aquellas veladas de la *Olimpia*, ejecutando su *coucher de la mariée* de que tanto he oído hablar aquí, creo que no hubiera estado tan seductora. Todos sus movimientos eran rítmicos; sus brazos se estiraban y encogían como cuellos de cisne, soltando cintas y

broches con una impudicia tan natural que podía confundirse con el pudor. Una por una, ví caer todas sus ropas: primero el sombrero, que tiró con abandono sobre una marquesita azul; luego resbaló el vestido á su rededor, hecho un anillo espumoso; la enagua de gros lo coronó después como una nube gris perla. En seguida, saliendo de aquel círculo de tela, luciendo un precioso corselito de raso color de violeta con lazos del mismo color, y calzones muy espesos á causa de la profusión de blondas que se sobreponían desde las caderas hasta las rodillas, vino á ofrecerme un cigarrillo turco y á pedirme que le desatase el cordón del corsé que se le había enredado. Lo hice, cayó entonces esta prenda, seguida de los calzones, y la camisa flotó en el aire moldeada por sus débiles turgencias."

—“¿No te acuestas?—me dijo entonces con un mohín que ponía en juego sus facciones menudas y enseñaba su doble hilera de diente-cillos de porcelana. Y como yo le respondiera que iba á hacerlo en seguida,

se volvió de espaldas para quitarse y dejar sus joyas sobre la mesa de noche.”

“Vista por detrás era más delicada y grácil! el cuello largo y delgado recordaba el de una gatita tierna, y su tez amarillosa adquiría un no sé qué raro y pecador bajo las luces de los ópalos que aguzaba mi tendencia analítica de pintor y me inducía á fijar en mis retinas aquella naturaleza netamente parisiense, débil, pero no triste, desarrollada no á los rayos potentes del sol sino al calor suave y provocador de ensueños de las estufas; naturaleza de rica civilizada, floja y sibarita, enemiga de las impresiones intensas y dichosa entre las luces y los calores artificiales que se pueden graduar al antojo”.

“Concluída esta operación, colóse en el lecho, haciendo coquetos alardes del frío de las sábanas. Luego, viéndome inmóvil abobado en mi sillón, me repitió con asombro:”

—“¡Cómo! ¿No piensas acostarte, querido?”

“Esta pregunta, me sacó de mi distracción, y comprendí que mi deleite no había sido el refinado del macho que saborea con la vista la hembra que se le va á entregar, sino el del artista enamorado de la forma que se detiene en apreciaciones de estética. Descubrí que mi alma impresionable y trabajadora había estado atenta á sus encantos y graciosas actitudes como á una lección de arte, que mis deseos permanecían impacibles y que iba á ser inútil mi permanencia allí.”

“¿A qué acostarme, entonces?—me dije. Y con la misma rapidez con que se despejó mi cabeza, inventé un ardid salvador.”

—“Estoy pensando,—respondí,—en que no nos vendrían mal unas copas de un licor original de mi país que recibí esta mañana. Aquí es desconocido; pero estoy seguro de que te gustará.”

—“¿Un licor chileno?”

—“Sí, la chicha. No lo conoces, ¿verdad?”

“Y agregué, poniéndome el sombrero, antes que rechazase mi ofrecimiento:”

—“Vivo cerca. Antes de diez minutos tendré aquí una botella. Verás qué bueno es, verás...”

“El gusto que tienen las parisien-
ses por todo lo exótico me ayudó,
y salí.”

“No regresé, por supuesto. No hubiera podido. Todas esas sensaciones de arte que me produjo la aventura militaban en contra de mis apetitos. Mi obsesión habíame trocado, inadvertidamente, á la querida en modelo; y al despertar de mi sueño admirativo, al mirarla como á mujer, las comparaciones habían sido ineludibles, dando por resultado que reconociera una vez más que Luz condensa para mí en uno solo todos los amores, y que después de haber gustado conjunto tan ideal, era lógico que uno de esos amores, aislado, resultara pobre y defectuoso. Es por esto por lo que Cloé, aunque hubiera exitado mi lujuria, me habría proporcionado apenas un pseudo-goce con el asco y la repulsión por epílogo. Por fortuna, las comparaciones vinieron á tiempo, antes de que Cloé despertase mi erotismo; y mi Luz

triunfó, como triunfará siempre. Sí, siempre, porque sólo á ella puedo amar con amor entero y apasionado, porque sólo las almohadas de su lecho me llaman al placer, como sólo los orlados de encaje de sus ropas me acarician el rostro con cosquilleo voluptuoso. Ella, únicamente ella completa mi vida. No me será posible olvidarla. Con ella mis nervios vibraban con intensidad, todas mis sensaciones eran completas: me rendían, pero no me hastiaban nunca. Otra no conseguirá esto. Mi Luz se ha arraigado para siempre en mi corazón. ¿Qué, sino ésto, significa que cuando volví á mi casa y me hallé delante de sus reliquias dispersas sobre la cama, mis deseos se reincendiasen como por encanto? La ví entonces en toda la apoteosis en su belleza, enloquecedora, mórbida, blanca, casi diáfana como el alabastro, con los codos y las rodillas sonrosadas y lustrosas por la sufusión de su sangre ardiente y los labios palpitantes, pidiéndome besos. En mi delirio mis manos recorrieron, como en otrós tiempos, los primores de

su cuerpo, alisaron la seda de sus cabellos y se quemaron en su nuca cálida..... ¡Cuánto sufrí después, recostado sobre mi cama fría ahogando mis sollozos entre las almohadas!”

“Gracias á este llanto bienhechor, pude aletargarme en esa especie de somnolencia indeterminada en que caí no sé á qué hora y que, haciendo las veces de sueño, fué la crisis de aquella cruel alucinación.”

“No es raro, pues, que hoy me encuentre enfermo, postrado, como si volviese de un penoso viaje. No saldré en todo el día. Aquí, delante de su retrato y entre mis ramos de rosas y de crisantemos blancos, que me recuerdan la fragancia de su divino cuerpo y el matiz de su rostro, me encuentro más cerca de ella. Mi sensibilidad ha quedado tan quebrantada, tan falta de energía que no puedo temer nuevas alucinaciones. Lloraré, tal vez mucho, bajo la influencia neurasténica de este día pálido y ante el triste desfile de mis goces muertos. No importa. A veces se goza llorando....”

..... ✓
.....

“Dos horas ya de mortal agitación, corriendo de acá para allá, fuera de quicio. Y no es para menos, pues la noticia no puede ser más trastornadora. ¡Luz en cinta!..... ¿Cómo no ha pensado Jorge en el cruel dilema en que su laconismo haría titubear mi razón? No comprendo como él, tan discreto, no ha previsto la inquietud desquiciante que la escasés de pormenores, en asunto de tanto interés para mí, había de producirme. Me anuncia que el embarazo es avanzado, que cree próximo el parto; pero no me dice lo principal: si es mío el niño... ¿No lo sabrá, ó por haber sido él quien me obligó á dar este paso, tendrá vergüenza? ¿Será que aún considera conveniente que siga en París y titubea en darme un consejo? Es probable. “Este es punto delicado, habrá dicho, en el cual no debo intervenir. Que haga lo que más le convenga”..... No sé qué pensar. Cupido, el despiadado cazador que ha un año me hirió con

sus saetas, me lanza ahora, al ver que he huído de su dominio, sus feroces podencos: los celos, los sentimientos de una probable paternidad y la pesadumbre de haber causado amarguras á Luz, los cuales acosan mi cerebro, cual la jauría á la presa de caza, y le gruñen, le ladran y le muerden, logrando solamente hacerlo sangrar, rasgarse en jirones y prorrumpir en lamentos, en vez de facilitar su discurso.”

“Quiero creerme el padre de esa criatura, y para ello me aferro á la posibilidad que acusa el tiempo de la preñez de Luz; pero no obstante, esa reserva de Jorge me infunde un terror pánico de que otro me haya sustituido, uniéndose á ella por el fortísimo lazo de la fecundación.... ¡Ah, Dios mío! Esto no puede ser. No; esos miembros duros y esas facciones alucinantes, que me pertenecieron y que yo he considerado míos hasta hoy, no pueden haberse crispado de deseo entre los brazos de otro hombre; nuestras naturalezas gemelas, ambas igualmente sensibles á las sensaciones refinadas y á los amores sentidos con todo el

ser, no se habrán desligado con tanta facilidad y presteza. No; ella me juró muchas veces que mi puesto sería insustituible; y su corazón leal y su alma noble, no habrán sido capaces de olvidar tan pronto á quien tanto amaron. Es el desvarío el que me hace temer que ella, herida de muerte en sus ilusiones por mi aparente falsía, haya sepultado mi cariño entre sus desengaños y escuchado á otro; es mi fiebre imaginativa que en vano trato de dominar, son los continuos dolores padecidos desde que la dejé, los que me tornan fatalista”...

.....

“Acaba de llegarme la contestación al cablegrama que dirigí á Jorge exigiéndole averiguar el autor de ese niño. “Supongo,—dice,—seas tú. Imposible obtener certeza. Reserva exstrictísima en casa de Luz. Niegan embarazo.”

“Él lo supone también. Sí, puedo ser yo; más ¿porqué niegan? Acaso mis temores sean ciertos. ¡Ah! me

siento ya medio loco. ¿Qué nuevas penas me reservará el destino? ¿Qué debo hacer? No sé qué partido tomar. Mi cabeza vacila"....

"Tú, pobre diario que, sufrido y paciente, has recogido mis quejas, permitiéndome fijar los raciocinios que titilan en mi mente, me darás la clarividencia que necesito. Porque no me basta el comprender que me es forzoso volver á Iquique; menester es que lo haga de un modo digno y empleando medios eficaces para que Luz vuelva á ser la amante cariñosa, llena de emociones dulces y sin desconfianzas que antes fué para mí. Ésta es mi intención; más para ponerla en práctica, he de saber primero si me recibirá, si escuchará mis súplicas y, sobre todo, si ese niño es mío, pues de lo contrario el regreso sería peor. Escribiéndole tal vez... ¡Ah, cuánto cuesta vencer la vergüenza del hijo pródigo! ¡Tanto más cuanto tardía es la vuelta!... ¿Porqué cuando salí aquella noche de su casa y sentí esos accesos de arrepentimiento precoz, cual si por singular presciencia adivinase las futuras penas,

no volví y evité tantos males? ¿Porqué cerré los ojos y seguí mi destino?"

"Las lamentaciones son inútiles, me dice la razón; es indispensable escribir" Sí, le escribiré. Hay que vencer esta falta de entereza que tanto me ha perjudicado en la vida. Con toda sinceridad verteré mi alma al papel, tal cual está, para que vea que aún es buena y suya, más que todo, suya; y puestó que el que dice la verdad cuenta con el factor más poderoso que para convencer existe, ha de oírme."

"Por otra parte, veo que un esfuerzo, un llamado á la energía, imperiosamente impuesto por mi apremiante situación, me ha bastado para obtener el dominio de mi voluntad. La lección será de provecho. Juro gobernarme mejor en adelante. No quiero seguir formando en las filas de los débiles, de los desheredados, cuya vida se extingue con el fuego aniquilante de los dolores morales. La experiencia de esta expiación me ha de servir; las vicisitudes de la vida templarán, á partir de este momento, mi espíri-

tu, refinarán mi facultad de apreciación y me harán un hombre más completo para no llegar á la vejez como un mueble inútil, como un pingajo, como un preterido de esos á quienes la humanidad insulta mercedamente con su lástima, su desdén y su olvido."

"Voy á escribir."

*
* *

Humedecidos, los ojos de Luz tomaron la apariencia de las aguas agitadas por alegre brisa cuando, después de haber releído algunos párrafos y gozado, ya con cierta crueldad disculpable de la expiación de Labarca, ya de la felicidad mejor cimentada que le ofrecía el porvenir por esta causa, apagó la luz eléctrica y dejó la estancia de nuevo en esa semiclaridad celeste que la lamparilla de aceite difundía á través de la pantalla de cristal azul.

¿Cuál era el estado de espíritu de Luz, después de esta confesión? ¿Cuál la verdadera evolución de sus afectos durante la ausencia de

su amante? Sabemos que era una sensitiva y que, por lo tanto, gozaba con los placeres tan intensamente como sufría con los desencuentros. Cuando han sufrido mucho estas mujeres, cuyos afectos constituyen verdaderas pasiones, se desarrolla notablemente en ellas el hábito á la resignación, el cual se facilitó en Luz ayudado por el consuelo que la maternidad le ofrecía. Explícate pues así, que no era el odio, ni el desprecio, ni el olvido lo que poco antes creyera sentir hacia su amante, sino la resignación, si bien mezclada con algo de despecho. Mas éste sentimiento tiene siempre un lugar á su lado para la esperanza; y cuando ésta se convierte en realidad, lejos de ser un estorbo para ella, le cede su puesto y le canta gloria. Ocurría le á Luz lo que al emigrante que, hostilizado por la miseria de su país acoge con cariño, como á nueva patria, la tierra que le da el pan, sin que por esto olvide, por adverso que le haya sido, el lugar donde vió la luz y gozó sus alegrías infantiles: ella, acosada por análogos sufrimien-

tos, había renunciado á Gastón al sufrir su abandono, dedicando su vida al hijo que llevaba en sus entrañas; más, en el fondo, su corazón guardaba un recuerdo indeleble, el de sus primeras alegrías.

Así, la resignación cedió su puesto y cantó gloria á la felicidad; y cual el toque evangélico profetizado para el juicio final en la sagrada escritura, resucitó sus ilusiones é iluminó su inteligencia.

Con la fantasmagórica rapidez propia de las visiones mentales, desanduvo la primera etapa de su interrumpido idilio, vivió con mágica exactitud las evocaciones que de ella hacía Gastón en sus memorias, y á la vez de sentir la caricia de su bigote empingorotado sobre la piel, oyó como en otros tiempos, su voz velada y dulce que le decía muy cerca: "Amémonos mucho, Nena, que para amar hemos sido creados. El que no ama no merece vivir, pues reniega de la causa de la cual es efecto."

Luego pensó en los sentimientos tan distintos á los supuestos por ella, que habían sacudido el cora-

zón del pintor; recordó las injustas invectivas que horas atrás dirigiera á los artistas, tildándolos de mezquinos, ambiciosos y falsos; y comprendió que no eran como su cólera los había pintado, sino seres superiores, enamorados de la vida que, dotados de una rara grandeza de alma, se hallan más cerca del creador que los demás mortales, comprenden mejor su obra y, como Él, pueden elevar y embellecer cuanto les rodea. "Aquel egoísmo, aquel fátuo orgullo, se dijo, que el vulgo les achaca, no demuestra más que los menguados alcances de éste."

Insensiblemente, la falta de Gastón se borró de su memoria, obedeciendo á ese impulso que nos obliga á ver atenuado un delito y aun á buscarle excusas, por el solo hecho de haber sido perdonado.

De pronto, unos vagidos frenéticos salieron de la cuna, interrumpiendo sus lucubraciones. Era la niña.

Con la alegría de quien recuerda una dicha más, olvidada momentáneamente, la cogió en brazos y le

dió el pecho, mientras le decía llena de ternura:

—“Mama, angel mío, mama. Tú también amarás como yo, pues de lo contrario renegarías de tu causa, del amor de tus padres, cuya delicia es el mejor premio que la Naturaleza concede á los que comprenden y cumplen sus leyes. Mañana, en tu nombre, recibirá Gastón el indulto que nos reunirá de nuevo en un idilio eterno.”

Una vez satisfecha la criatura, Luz la acostó á su lado, en el lecho de los amorcillos que no habían dejado de sonreír; y besándola, arrullándola y haciéndola confidente de sus nuevas ilusiones, se durmió.

Igual que cuando con su Gastón, el placer la rendía, ahora, con la vuelta del verano y sus noches despejadas, el lejano canto de los gallos y el eco de las olas adormidas, llegaban sonoros á la alcoba, salmodiando una canción de besos é ilusiones.

IX

Es precioso, delicadísimo, tu raso de las lilas.

—Así lo juzgué yo, y por eso lo hice. Sin embargo, algunos en París se reían y hasta me reprochaban al verme ocupado en pintarlo. “Lástima de alocado, decían; pierde el tiempo en hacer juguetes sobre raso, pudiendo emplearlo en algo de mayor aliento.” Yo callaba: para ellos era un desequilibrado, para mí un ser más natural, más franco que ellos, quizás un poco débil, pero por lo mismo más humano. Si no tuviésemos debilidades, los artistas, ¿tendríamos ilusiones, dolores, goces, fuentes de inspiración, en fin?

Hablando así, Luz y Gastón bajaban las gradas que, por la parte trasera del *chalet* de la calle Izaza, conducían al jardín.

Vestía ella una bata de muselina blanca con calados en las mangas

que dejaban entrever sus brazos mórbidos.

Frente á ellos, á unos cincuenta metros de distancia, el mar enviaba á la playa sus olas blancas, cuyo hipo llegaba tenue y oloroso al jardín, inundándolo de dulce poesía. El sol, rojo, cual si la noche con su soplo frío hubiese debilitado el blanco candente de su esfera, caía obscurecido en el ocaso, dejando una huella encendida sobre los celajes que, besados por el violeta oscuro del crepúsculo, bordaban de enormes flores el fondo metálico del cielo.

Bajo esta orgía augusta del color, bajo este manto de ilusiones, la pareja seguía por el camino central del jardín.

—¿Vamos á la glorieta?

—Mejor sentémonos en aquel banco, junto á la madre selva. Está más despejado y la vista abarcará mejor esta decoración ideal,—repu so el pintor.

Y cambiaron de rumbo.

—¿Qué me decías?—preguntó Luz, cogiéndose del brazo de Gastón con aire feliz.

—Te decía que entonces me di cuenta de que el principio fundamental de mi sufrimiento, consistía en no haber comprendido el estrecho maridaje en que mi arte y mi amor se habían unido. Cuando ese poder invencible se vió traspuesto en mí, se rebeló y me hizo ver, á fuerza de torturas, que con gloria sola no es posible la vida, que lo que el arte es al alma, lo es él al corazón, al cual le son precisos esos dolores y esos goces que la pasión concierta rítmicamente.

Mientras estas palabras, seguidas de otras más cariñosas, salían de la boca de Gastón como haces floridos y perfumados, Luz se estrechaba, amorosa, contra su brazo, recibiendo en el rostro los resplandores de la tarde que cubrían su carne blanca de lampos rubios y sombras violadas; y seguía muda, con el alma embriagada por interiores delectaciones.

Así llegaron á un escaño cercano á la muralla que separaba el jardín del *conventillo* vecino. La madre-selva cubría todo el muro y confundía su aliento tierno con el del

mar. Entre el follaje se distinguía la puerta por donde Gastón entrara un año atrás á la primera entrevista.

—¿Te acuerdas?

—Podemos llamarla *la puerta de la dicha*.

Asustados por el ruído que hicieron al sentarse, un grillo cesó de trinar y un lagarto que se adormecía á los tibios rayos del sol, sobre una piedra, trepó el muro, huyendo.

La conversación seguía. Era Luz la que ahora hablaba en son de pacífico reproche:

—Fuiste cruel, sí; pero te perdóné. Me sentí tan dichosa después de leer tus memorias.... Fué entonces cuando me convencí de que no dejaría jamás de amarte. También sufrí, y mucho, al día siguiente, haciéndome cargo de tus angustias. Somos así las mujeres, muy tontas, nos dañan las penas de otros y la piedad germina pronto en nuestro corazón. En cambio, ustedes son crueles hasta para demostrar que aman. Mira que la confesión de tu farsa...

—Perdóname, Nena; lo comprendo,—repuso Gastón.—Mi razón vacilaba. No podía escribirte en una forma persuasiva. Por eso te envié las páginas de mi diario que encerraban la confesión desnuda de mi engaño. Era brutal tanta franqueza, lo reconozco; pero había de contribuir á que me creyeras, y ese era mi más ardiente deseo. ¿No sucedió así? ¿No fué benéfico, aún para tí, ese dolor?

—Sí, Gastón, dices bien.

—Bueno. Perdóname entonces, y olvidemos lo sufrido, mejor dicho, apreciémoslo por el provecho que nos ha reportado. Alguien ha escrito esta sábia reflexión: “Ningún dinero está mejor empleado que aquel que nos hemos dejado robar, pues nos ha servido para comprar la prudencia.”

—Es una gran verdad. Ya no nos separará nada, ¿no es cierto?

—¡Nada, bien mío!

—Ahora, deseo hacerte una propuesta. He entrado ya en posesión efectiva de la herencia de mi marido y quisiera hacer un viaje á Europa. Tú estudiarás y yo pasearé

contigo todos esos lugares de que hablas en tus memorias. ¿Quieres?

Gastón no respondió. Titubeaba; si le repugnaba proporcionarse este beneficio á costa de Luz, en cambio, le ofrecía la solución de un anhelo que sentía renacer con su amor satisfecho. La contrariedad acrecentadora de todos los deseos, así como lo había hecho delirar por Luz, le despertaba, nuevamente, vivas ansias de progresar en su carrera.

Hubo un silencio. Los grandes ojos castaños del joven, anegados por el ensueño, permanecían fijos en el jardín, donde las campanillas azules, las margaritas y las rosas, que habían florecido de nuevo, parecían regocijarse, como testigos mudos y sentimentales, de la emoción feliz de aquellos corazones.

Luz, adivinando la lucha interior del pintor, agregó, resuelta y cariñosa:

—Contéstame, Gastón. Debemos hablar de esto. ¿Iremos? Yo necesito salir de aquí. Sabes las habladurías que nuestras relaciones han ocasionado en la sociedad y.....

—Todas terminarán con nuestro matrimonio,—le interrumpió él.

—Corriente. No hablarán de mí; pero ¿y de ti? Siempre la gente cree poder fallar las acciones de los demás, y aunque esto sea en mi contra.....

—No sigas, Nena. Ya sé lo que dirán: “¿Cómo hay hombres que se enamoren hasta el extremo de perder todo concepto del honor?” Y me compadecerán. Los conozco mejor que tú. Pero no te inquietes por eso. Yo sé cuánto más vale una unión como la nuestra, hecha por un amor sublime y á toda prueba, que uno de esos contratos sociales, que vulgarmente se llaman matrimonios honrosos. Bien sé yo que mi honor será mejor guardado por ti que el de uno de esos honorables, casados con vírgenes *nobles* de pergaminos ó de dinero, pero huera y tan frágiles como el viciado concepto que del honor tienen. Además, poco deben preocuparte quienes te abandonaron en la hora de la desgracia.

—Bien. Pero ¿me prometes ir? Tú necesitas más que yo este viaje

para tu carrera y para gozar algo de la vida. Á no ser que te hayas divertido en París y me lo niegues...

Al llegar á este punto, le atacó una ligera duda, y algo celosa, agregó, precipitadamente, más sin enojo:

—Dime, confíesame: ¿Hay algo fingido en lo que me has contado de tu vida en París? Cuidadito, pícaro... ¿Cómo es que, estando tan fuera de juicio, has aprovechado tanto en materia de arte?

—Oh, Nena; créeme, te he sido sincero.

—Explicame, entonces...

—La verdad es que poca cuenta me doy ahora de todo aquello. Guardo recuerdos muy vagos. Aun lo aprendido en pintura vuelve á mí por extraño camino. Paréceme que siempre lo he sabido, que allá sólo aprendí á usarlo... No sé... no podría explicártelo. Fué aquella una existencia anormal, llena de alucinaciones retrospectivas y de impresiones extrañas que han dejado en mi memoria imágenes inciertas. Aun estando allá, lo del día anterior se esfumaba en mi mente

como algo muy lejano; sólo cuando pensaba en tí los meses trascurridos se borraban y mis recuerdos aparecían claros como hechos de horas atrás... En fin, es difícil explicarlo ahora. Me siento como después de una grave enfermedad en la que mis sentidos hubiesen sido trastornados. ¿No has oído decir nunca á un convaleciente que, pasado un tiempo, es imposible emitir un juicio cabal de los sufrimientos de la enfermedad?

—Sí, te entiendo; yo siento algo así.

—Además, mi adelanto no es tan grande como tú crees. En mi nuevo cuadro, tropiezo aún con dificultades que...

—Que es necesario vencer. ¿Ves cómo tienes que ir? Sé razonable. Me explico tus vacilaciones. Te disgusta viajar á expensas de tu mujer. Eso estaría bien entre otra clase de personas; pero entre nosotros..... Tú sabes la idea que tengo yo en cuanto á los acreedores á la fortuna. Por otra parte, estoy segura de que muy pronto tus obras empezarán á producirte utilidad, y

entonces me pagarás los gastos, ya que no deseas que nuestros bienes, como nuestras almas, se unan. Por último, hay otros motivos que nos obligan á irnos, ¿comprendes?

Como un relámpago, cruzó por la mente de Gastón el nombre de Rotalde, y apresuróse á responder, como por cortar la conversación:

—Bien, Nena, iremos. Pero, por ahora no nos aflijamos por el porvenir. Sigamos el consejo de Schopenhauer que dice: “Es muy cuerdo gozar lo más posible del presente, el solo momento de que se tiene seguridad, puesto que la vida toda no es más que un gran pedazo de presente y, lo mismo que él, pasajera.” ¿Me amas?

—¡Cada día más!—respondió Luz, sentándose sobre sus rodillas y besándolo con entusiasmo.

En aquel momento, se oyó el llanto de la niña...

—Vamos, Gastón,—dijo Luz, levantándose.—Es hora de que mame. Pobrecita. Ya estábamos olvidándonos de ella. ¡Qué locos somos!

La noche había extendido sus alas de misterio sobre los últimos

matices del horizonte; entre las plantas, los grillos multiplicaban sus trinos como centenares de cascabeles de plata; y mientras de todas partes parecía salir una bendición para aquellas criaturas obedientes á la ley fundamental de la vida, ellas subían las gradas de la casa, muy juntas, bajo la luna que las adornaba con sus besos blancos.





LO QUE ELLOS CREEN Y LO
QUE ELLAS SON.



—¡Eh!... ¡Moderación!.....
¡Silencio un momento!
¡¡Silencioooo!!
—gritaba Oscar, tratando

de apaciguar la algarabía que se había formado en la mesa.

—¡Qué!... ¡Buenos pillos son ustedes!—exclamaba una voz femenina.

—¡Así es! ¡Muy bien dicho! ¡Que me lo pregunten á mí!—agregaba otra, revoltosa y con acento persuasivo.

Y las risas, los puñetazos sobre la mesa, los aplausos, los silbidos y las carcajadas seguían sin que los esfuerzos de Oscar lograsen tranquilizar los exaltados ánimos.

Era á la una de la mañana en

Cavancha, durante una cena galante, con la que un grupo de jóvenes alegres proporcionaba un rato de solaz y de tregua á la agobiadora tarea comercial de los días iqui-queños.

El lugar no podía ser más á propósito para el caso: un vasto cenador rodeado de ventanas y circundado por una multitud de enredaderas y arbustitos enfermizos que levantaban, con ese esfuerzo triste de los débiles, sus ramas mustias y semiquemadas por el aliento frío y salobre del mar, el cual, en forma de brisa, entonaba entre las hojas la canción húmeda y armoniosa de las noches de los puertos. En el centro, la mesa formaba un gran núcleo luminoso y tibio que emanaba esa superabundancia de satisfacción y de alegría que hace á la juventud verlo todo dichoso y amable.

Oscar, que al fin había logrado imponer silencio, decía en ese instante:

—Según mi modo de pensar, compañeros, el hombre debe amar mucho á la mujer puesto que ella es el

consuelo por excelencia de nuestros trabajos y sufrimientos; pero creo que más debe amarse á sí mismo, porque cuando vosotras, adorables compañeras, os veis demasiado queridas, ya no os contentáis con el amor correspondido ni con los halagos del humilde siervo, sino que creéis necesario para vuestra completa dicha, hacer ostentación del dominio que ejercéis sobre él...

—¡Bravo, Oscar, bravo! interrumpió Rodríguez.—Y como consecuencia natural é irremediable viene el cruel ridículo por que nos hacen pasar. Has hablado, pues, como un... como un taumaturgo.

Entonces, Leontina, una morena fogosa de enormes ojos sensuales sombreados por el carbón y de busto mórbido é incentivo, se mezcló en la disputa, exclamando ufana:

—Desgraciadamente para ustedes, *niños*, todo eso no pasa de mera teoría.

Remató su frase con un gesto de orgulloso imperio y, después de apurar hasta las heces el contenido de su copa, se volvió hacia el jóven literato Galcés, estampándole con

sus labios todavía húmedos de Champagne, un beso sonoro y efusivo como para pedirle apoyo en la discusión.

Éste tomó la palabra pausadamente, mientras rellenaba las copas con el líquido bullanguero de una botella de "Cordon Rouge".

—Yo propongo, compañeros,—dijo,—que bebamos esta copa por nuestras preciosas invitadas y por que dejemos á un lado, por ahora, las normas de conducta. Tomemos la vida como hasta hoy. Convéncete, Oscar, de que nada conseguirás con tus discursos, pues nadie experimenta en cabeza ajena. Todos habéis leído mis cuentos, los habéis encontrado muy bonitos y habéis exclamado convencidos "Es la verdad;" pero ninguno de ellos os ha hecho corregir vuestros errores, y os aseguro que, mientras no sufráis el dolor de sus consecuencias, no los remediaréis.

—Eso equivale á decir que en las batallas se forman los buenos soldados, lo cual es muy cierto,—añadió López, un teniente de caballería, disponiéndose á beber.

Sí... salud... salud... bebamos, —balbuceó cimbreado Lidia, á quien el vino había trastornado más de lo necesario.

Luego, todos bebieron, y embriagados por aquella fermentación de impudicia que se manifestaba con caricias recíprocas entre sorbo y sorbo de café, abandonaron aquel tema inadecuado para el caso y dividieron la charla en diferentes grupos.

El oficial de caballería se divertía ahora en hacer cosquillas y travesuras á Rosa, quien se vengaba de él clavándole los dedos con las puntas del tenedor. Lidia no se inmiscuía en los diálogos de los otros, y sola, en medio de una beodez rayana en la asquerosidad, mascullaba frases incoherentes, voces de un galimatías extraño, que salían de sus labios babosos y trémulos, entre eructos gaseosos de champagne. Sus grandes ojos abismados y turbios pestañeaban lentamente y seguían los movimientos de los demás con miradas de idiota que terminaban con proyectos desfallecientes de sonrisas.

Zoila, una morena de ojos verdes, prendía al poeta Román, una rosa en la solapa, al par que le daba quejas por la indiferencia con que la trataba.

Al oír esto, Garcés, el literato, que se había sentado al lado del poeta, le dijo:

—Hombre: eres incomprendible. ¿No has soñado tanto con poseer á Zoila? ¿Porqué ahora la desdeñas? Tú serás siempre un descontento: soñarás siempre con lo que no tienes.

Román le respondió, acercando más su silla á la de Garcés:

—Tanta razón te encuentro que voy á recitarte una composición que hice esta noche antes de venir aquí. Escúcha.— Y bajando la voz para que Zoila no le oyese, habló:

De rosas con suaves colores de piel
de mozas lozanas, yo tuve un jardín.
Sus pétalos frescos trasunto eran fiel
de senos do al blanco lamía el carmín.

Paseando á su vera, sentía un rumor...
que besos callados creía escuchar.

¡Oh ruido de felpas, oh aroma de amor,
con cuántos placeres me hicisteis soñar!

Soñé en ese tiempo con una mujer que, igual en frescura, perfume y matiz, me diera sus senos, dejándome ser lascivo y romántico: amante feliz.

La tuve, y por ella mis rosas dejé.
¿Y entonces?... ¡Soñando á la inversa viví!
Recuerdo, ilusión: por vosotros, pensé,
cantando ha vivido el poeta hasta aquí.

—Te retrata de cuerpo entero, esa composición,—exclamó Garcés, mirando al poeta con cariño.

Éste sonrió triste y dulcemente, y como para variar, agregó:

—¿Has notado la rima aguda?

Bastó esta pregunta para que entablaran un diálogo literario. Y siguieron.....

Héctor Durán, en la cabecera de la mesa, con las cejas arqueadas, cual si tuviera que forzar sus hastiados ojos á permanecer abiertos, y haciendo girar el puro entre los dientes, preguntaba á Carmela, su vecina:

—¿Quién es esa mujer que está al otro extremo de la mesa?

Ésta se había mantenido excluída de las disputas bullangueras del resto de los comensales, y con co-

quetería y una viveza alegre y pueril de pajarillo, se burlaba de las protestas del enamorado Rodríguez. Era, indiscutiblemente, la más linda de las cortesanas allí reunidas. Sus cejitas no eran arqueadas, pero se quebraban tan graciosamente hacia abajo que daban un hechizo encantador á unos ojos color de acero empavonado, á la vez enigmáticos y habladores, cuyo brillo traslucía un temperamento refinado y voluptuoso; la nariz era poco fina, pero graciosa; la boquita risotera; y la tez mate con vagos reflejos azulados, á causa de la proyección luminosa que le hacía una cabellera sedaña muy negra, marco de ébano digno de encerrar aquella belleza rara, evocadora de los daguerrotipos antiguos. Y esta cabecita hechicera descansaba, mejor dicho, bailaba rítmicamente sobre un cuello largo y blanquísimo que iba ensanchándose al llegar á unos hombros caídos y redonditos, lo suficientemente frágiles y delicados para no pecar de flaqueza.

Vestía una blusa de seda gris perla con irisaciones verdosas, sur-

cada por entredoses de encaje, ligera y vaporosa, bajo la cual titubeaban dos grandes senos erguidos que resaltaban más por la delgadez del talle, y que subían de punto la sensualidad de Rodríguez, quien la contemplaba con ojos golosos, desnudándola con la vista, cual si quisiera seguir á través de la ropa, las lasitudes y contracciones de sus finos musculitos.

—Hablemos en serio, Clarisa, que me exasperas,—le dijo éste de pronto.—Dime ¿me quieres?

—Me gustas,—replicó ella con su acostumbrada coquetería;—me gustas más que los otros.

—Gracias, rica, gracias. Me hacen mucho bien tus palabras porque, créeme, temía..... temo aún á Héctor.

—¿Quién es Héctor?

—Héctor Durán, ¿No lo conoces? Ese que está en la otra punta de la mesa con Carmela.

—No lo conozco. Y no veo por qué puedas temerle. No me corteja, yo no lo considero sino como á un desconocido y, además, no veo en él

nada de extraordinario que me incline á preferirlo á tí.

Y, observando al joven, prosiguió:

—Es buenmozo, realmente; pero no me interesa. No temas, tontín. Ni siquiera había reparado en él.

—Júrame que es cierto lo que me dices.

—Pero, ¿porqué?

—Porque es temible, hijita. Yo le quiero mucho como amigo; pero entre mujeres le tiemblo. Inmediatamente todas le prestan más atención que á los demás.

—¿Sí?

—Sí, no sé porqué; pero así es. ¿No ves? Todas ahora se dirigen á él y él es el preferido... Parece que no supieran.....

Continuó un rato así, soltando frases ambiguas, solapadas, llenas de reticencias encaminadas á hacer creer que Héctor tenía un corazón desleal, descariñado, incapaz de amar á nadie, en fin, indigno de que las mujeres lo apeteciesen; y prosiguió:

—Por eso me alegra tanto el oírte decir que no te interesa. Porque yo,

Clarisa, te quiero más de lo que te figuras. Tú me das aliento para el trabajo. Cuando recibo dinero, sólo pienso en que con él podré satisfacer tus caprichos, en que te compraré el sombrero que te oí celebrar, en que iremos á cenar juntos... Te adoro como á mi único bien... Por eso tengo celos de todo, hasta de tus vestidos que te acarician á toda hora.

Ella no escuchaba ya las palabras de Rodríguez. Atraída por ese no sé qué avasallador que sienten las cortesanas por los hombres muy amados, examinaba á Héctor con detención, encontrándolo, ya, más delicado, más interesante, más distinguido. Ese abandono de sí mismo, ese desinterés con que trataba á las mujeres, sin dejar de ser galante, le agradó. Entonces, aquella mujer harta de zalamerías pensó que ese hombre preferido por todas, debía tener algo superior á la cáfila de vulgares empalagosos, de resignados, de débiles, de caprichosos estúpidos y de indulgentes tontos que, en grosero y cargante enjambre, la rodeaba á todas horas, y

concluyó por trocar en repulsión, la indiferencia que hasta entonces había sentido por ellos.

Como la sobremesa se había prolongado en demasía, todos, sintiendo deseos de refrescarse del bochorno producido por el alcohol, pronto se fueron dispersando. Unos cogían ahora flores de las macetas; otros conversaban delante de las ventanas.

El poeta llamó á Clarisa, y mientras ésta le escuchaba, Oscar, que se había acercado á Rodríguez, le preguntaba, sonriendo maliciosamente:

—¿Muy interesante era el coloquio?

—No dejaba de serlo. Le hablaba de Héctor..... Tú sabes que es peligroso..... Pero con lo que le he dicho creo que no logrará interesarla.

—¡Bueno lo habrás puesto!

—¿Y qué hacer? Cada uno está á la suya.

—Es claro. Después de todo, has hecho bien en prevenirte porque á Héctor hay que tenerle miedo.

Y siguieron charlando satisfechos,

sin sospechar siquiera que, á pocos pasos de ellos, Clarisa cambiaba estas palabras con Carmela:

—Oye: preséntame á ese jóven que cenaba contigo.

—¿Te ha gustado? Ven... Pero ¿y Rodríguez?

—¡Bah! Él solo tiene la culpa.





CELOS BIENHECHORES

ERNESTO había concluído de afeitarse.

Pensativo, palpábase la barba, buscando los sitios que pudiesen haber quedado hirsutos.

De pronto, tiró la navaja sobre la mesa y se dijo, frunciendo el ceño en resuelta energía: "Sí, esto terminará hoy. La eterna ecuanimidad de Elisa me aburre, me hastía....." Y pasó al lavatorio á enjuagarse la cara con la tranquilidad casi temerosa que nos produce la resolución firme que inicia un cambio en nuestra existencia.

En la habitación todo estaba desparramado y fuera de su sitio, como consecuencia natural de ese atolondramiento de los muchachos que viven lejos de la familia, quienes, para buscar un objeto colocado siempre en diferentes partes, revuelven cuanto tienen. Colgando de una

tachuela, en la ventana del balcón, pendía el espejo que momentos antes le sirviera para afeitarse. Al lado estaba la mesa. ¡Oh! ¡La mesa!..... Aquello era un dédalo lamentable: en la esquina próxima á la ventana, formaban un grupito aparte las herramientas para la barba; el resto lo ocupaban libros, escobillas para calzado, un plato con sobras de gallina fiambre, una botella de vino vacía, dos vasos, un tintero, papel, una peineta de carey y un puñado de horquillas olvidadas sin duda por alguna amiga bohemia y, en fin, mil utensilios, formando otros mil caprichosos antagonismos en loca revolución, entre los que se destacaba la lámpara, alumbrando la estancia con la mezquina luz de la parafina. Todo allí acusaba la mano febril que lo manejaba, y á no ser por la anciana que, con paciencia admirable, devolvía el orden y el aseo cotidianamente á la pieza, el modesto menaje hubiera perecido mucho há por el mal trato.

En mangas de camisa, con los tirantes colgando por detrás del pan-

talón abrochado á medias y la camisa abullonada con ese descuido del que no ha terminado su *toilette*, Ernesto abría un cofrecito tallado de sándalo.

Era el arca sagrada que guardaba las cartas de Elisa.

“Se las llevaré,” decía. “Así verá que mi decisión es inquebrantable.”

Y fué sacando esquelitas perfumadas, un mitoncito de seda blanco, el primer recuerdo, recogido una noche á la salida del teatro; luego un ramillete.....otro.....muchos ramilletes, de rosas todos, su flor predilecta; y todo cuanto sacaba trascendía á rosas, pues ella lo rociaba con la misma esencia.

¡Ah! ¡El perfume!.....No hay evocador más poderoso de remembranzas que el perfume. Más que la música y los lugares frecuentados en compañía de la mujer amada, él penetra hasta el fondo de nuestro ser, removiéndolo el rescoldo de las pasiones yertas.

Debido á él, Ernesto se detuvo un instante. Ningún corazón, por cruel que sea, deja de sentir una impresión de melancolía, un vago ger-

men de nostalgia al ver próximo á desaparecer un lazo que le fué querido.

Así, Ernesto respiraba los efluvios que despedía aquel manojito de recuerdos, y con ellos, moléculas de su Muñeca, palpitantes de vida unas, balsámicas y puras otras. Recordó las dulces horas pasadas á su lado, cuando apenas hacía un mes de su conquista, cuando duraba aún el entusiasmo de su nuevo amor, cuando, sentado junto á ella, respirando el vaho de sus cabellos, sentía un vahido de vorágine que lo arrastraba, y, mareado, loco, arrodillábase á sus piés y cubría de besos sus manos blancas y exangües como tiernos lirios. Más, después, los días en que por su temperamento morboso y voluble empezó á sentir el aterrador hastío, volvieron á su imaginación, y los sentimientos nostálgicos desaparecieron.

“No; ya no le importaba la falta de su cariño.....Además, otra se encargaría de entretenerlo mientras desaparecía lo que él llamaba *escrúpulos tontos*”.

Dotado de una belleza enfermiza y débil como su carácter, pero muy encantadora para las mujeres, había gozado de innumerables seducciones y amoríos que tornáronlo veleidoso hasta el extremo de bendecir su volubilidad y considerarla como su mejor condición, pensando con el filósofo que no odiar ni amar constituye la mitad del saber humano.

De tal suerte, un amorcillo trivial é insignificante le consolaba del vacío que otro le dejaba, y su frivolidad fué de este modo aumentando insensiblemente. Un día abandonó antes de su fin, una conquista, de sólo verla venir sin luchar, con la sumisión fatal que su físico le producía. Sólo le entusiasmaban las mujeres que se le resistían heroicamente, contagiándole algo de su firmeza y despertando en él las energías dormidas.

Una de estas, quizás la más fuerte, fué Elisa, y por lo mismo la que más le había interesado. Empero, al cabo de un par de meses, su amor fué debilitándose, y hoy ya casi se extinguía. De nuevo, pues, las an-

sias desesperadas de luchar, de vencer obstáculos, de anhelar lo que no tenía, se apoderaban de aquel infeliz que no sabía lo que deseaba y que pasaba ciego al lado de la verdadera dicha.

“Todo terminará hoy,” volvió á decirse. Ató las cartas con una cinta y un suspiro nervioso, mezcla de indecisión y curiosidad se escapó de su pecho. “¿Qué diría ella al recibir la noticia?”, pensó en seguida. “Con seguridad que iba á llorar. Ya la veía entristecerse, entregarse á dolorosas lamentaciones, decirle que los que desconocen el dolor son insensibles á él.... ¡Qué fastidio!.... Si al menos cometiese alguna falta, si descubriese alguna leve infidelidad.... ¡Bah! La cuestión era empezar, y después.... después los acontecimientos se encargarían del fin.”

Al poco rato estaba ya vestido. Era la una y media: la hora de ir. Apagó la luz y salió.

Sentíase libre. Volvería á su círculo bohemio; recorrería las calles en las horas avanzadas de la noche, y entre las casas de cena, *los pasatiempos non sanctos* y su casa,

mataría deliciosamente las interminables noches, en compañía de traviatas, de horizontales perfumadas de ojos tiznados y cabellos teñidos de rubio metálico, gozando del amor por horas con sus desenfrenadas borrascas de lujuria. Volverían á desfilár por su casita, dejando otra vez peinetas y horquillas olvidadas sobre su mesa, Sara, Ana, Laura, Rosa, aturdiéndolo con sus carcajadas alegres y sonoras como el *gluc-gluc* de la botella de champaña y con sus besos bulliciosos como el burbujeo de la espuma del gran inspirador de la alegría. Su vida anterior pasó por su memoria, reconquistándolo con sus oropeles y su atrayente vocinglería de fiestas y de voluptuosidad. La sangre corría ya por sus venás con más fuego y se agolpaba á sus mejillas, arrebolándolas é incendiando sus ojos con lujurioso brillo; su boca se entreabría y sus labios gruesos, ardientes y secos palpitaban con estremecimientos lascivos. Sentía sed de besos voraces, ganas de morder: la carne, en sus mil aspectos incenti-

vos y bestiales, obsesionaba sus pensamientos. "¡Eso era la vida!, que se le presentaba como un día de verano, resplandeciente y sin crepúsculo, con sus objetos bañados de sol, emanando calor, regocijo y fuerza." Y terminó diciéndose: "¡Aceptemos lo que nos halaga y riamos de lo demás!"

Como visiones brillantes, desfilaron entonces ante su vista, en confusa fantasmagoría, sus orgías pasadas. Se acordó de Violeta, de la loca que buscaba hombres muy vividos, que la seducían con sus intrincadas aventuras. Era el prototipo de las heteras aturcidas, que se enamoran de los hombres por la reputación de seductores que tienen. ¡Cuántas veces él le había relatado irrealizadas, pero bien urdidas aventuras, llenas de atrevimientos temerarios, de mujeres que se levantaban del lecho en que el marido dormía para ir á entregársele sobre un sofá, en medio de una voluptuosidad delirante, como la de las cortesanas sagradas en el didascalión de Afrodita, logrando, así, hacerse su amante predilecto!

Mas, como todos los sueños, cuando llegan al máximun de su locura, éste también hubo de derrumbarse. Y despertó, sintiendo estrujadas entre sus dedos, hasta ponerse compactas como un pelmazo, las cartas de su Muñeca.

Entonces, una voz que él no oía, pero que le gritaba desde lo más hondo "Te equivocas, te equivocas", tornóle á pensar en ella, en la querida sentimental que lo recibía en su alcobita casi mística, melancólica, llena de adornos tenuemente coloreados que palidecían más y más á la diáfana y mortecina luz de su lamparita celeste, y en el ambiente misterioso que allí lo embriagaba en un sopor balsámico, muy dulce, muy dulce.....

"Muy dulce era todo eso, sí; pero muy monótono también, y la monotonía era su mayor martirio. Era, pues, indispensable. Ya estaba resuelto: rompería sus relaciones. Así, más tarde, el sentimiento de supremo bienestar de esos amores no desaparecería en el arcano archivo de sus recuerdos, nublado por el tedio mortal del aburrimiento."

Sin darse cuenta, había llegado muy cerca de la casa de Elisa. Ya la fachada se distinguía bien..... “Pero, qué raro..... la puerta estaba cerrada..... ¿Se le habría ocurrido al vejete de don Ruperto quedarse en casa de su querida?..... Esto no era posible: su esposa y sus hijas le impedían pasar la noche fuera de su casa. Sin embargo, hasta la una podía disculparse con el club; pero pasada esa hora.....”

Esta idea lo mortificaba sobremanera, no obstante considerar justo que don Ruperto, el amante oficial, el que la mantenía, se quedase en su casa la noche que le pluguiese.

Todo esto pensaba el infeliz muchacho á diez pasos de la puerta de Elisa, y cuando hubo llegado á este punto de sus meditaciones, vió aparecer, por la esquina próxima, á su querida acompañada de un joven.

No cabía duda, era un joven; bien se diferenciaba del obeso don Ruperto para poderle confundir.

Ocultóse en la portada de la casa

vecina y observó..... Abrían la puerta... Entraban luego los dos... “Mejor, se dijo: ya tengo el motivo para el rompimiento.” Mas los celos empezaron por darle pellizcos y fueron creciendo hasta morderlo rabiosamente.

“Entraría. Conocida como le era la distribución de la casa, podría esconderse y observar lo que pasaba.”

Presa de febril excitación, lo hizo. La puerta estaba abierta. Penetró en el vestíbulo. Allí, entre la bastonera tallada y la maceta con su frondosa palmera, quedó muy bien. Los veía..... Estaban en el salón. Elisa, sentada en un diván, con el abrigo descolgado sobre la espalda y sujeto sólo por los colgantes de gasa en los ángulos de los codos, escuchaba á Enrique,—á Enrique, el sobrino de don Ruperto, que estaba, vuelto de espaldas, en una butaca frente á ella.—Muñeca le oía con seriedad é indiferencia; pero en su semblante se reflejaba ese halago del amor propio, esa vanidad que las mujeres no pueden evitar cuando se las habla de sus encan-

tos por hostil que sea su estado de ánimo.

No alcanzaba á oír las palabras del joven, mas de fijo eran de amor. El rostro de Elisa bien lo expresaba. A ratos, seria, respondía con negativas manifiestas en sus ademanes y en la expresión de reproche de sus gestos. Probablemente, increpaba la conducta de aquel sobrino que traicionaba á su tío. Empero, Ernesto leía en sus ojos el efecto lisonjero de las galanterías, y esto agotaba su paciencia. Hubiérase avalanzado sobre el galán, si su situación de amante clandestino no le hubiera aconsejado la prudencia. “¡Qué martirio! ¿De qué hablarían? ¿Terminaría por seducirla?..... Bien podía suceder... Enrique era apuesto, elegante.....”

Una congoja íntima de humillación, de celos atroces, de una turbación nunca sentida se apoderó de aquel corazón enfermo que se creía infranqueable á las grandes pasiones.

En su escondite, Ernesto temblaba ante la posibilidad de que el

infel sobrino le arrebatara el cariño de Elisa. Veíalo con esa alucinación hiperbólica con que reviste el miedo al ser temido. Su frente alta, su cabellera abundosa y rizada, su bigote insolente y su cuello vigoroso, antojábansele irresistibles. Le veía como un tipo adorable de belleza masculina, lleno de juventud, de robustez, pletórico de vida y de salud, cual si fuera descendiente de Higia, mientras que su belleza delicada que tantas mujeres había rendido, le parecía decrepita y paupérrima.

Temía de todo. “Su frialdad para con ella en los últimos tiempos ¿podría haber disminuído su amor é influír ahora en beneficio de Enrique? ¿No podría haberse aburrido ella también?... ¿También?”—Esta palabra le chocó.—“¡Cómo! ¿Estaba él realmente aburrido de ella?... ¡Ah!... Ya no sabía ni qué sentimientos abrigaba...”

Todas estas ideas bullían dentro de su cerebro en una masa confusa que subía de punto su violenta excitación hasta hacerle soltar apagados é incontenibles “¡Ahs!” de

desesperación y de vehemencia por encontrarse al fin frente á ella y á solas para que le explicase lo que sucedía.

Y de nuevo se encontró con el lío de las cartas apachurrado entre sus dedos febriles. Lo estiró. Las flores secas crugían dentro estropeadas por los apretones. Al pensar en que, hacía un momento, había mirado todo aquello como un puñado de nimiedades despreciables, sintióse cruelmente humillado, y con vergüenza de sí mismo, mirando á otra parte, lo metió en su bolsillo.

Su vista tropezó entonces con la bastonera tallada, en la que un busto del dios Momo, con su sonrisa sarcástica, parecía burlarse de su miopía de entendimiento, cual si quisiera decirle que había necesitado que otro apreciase el tesoro de que era poseedor para aquilatar sus infabables encantos, y un sudor frío humedeció su cuerpo, crispando su piel en extraño orgasmo. Por último, como si no bastase con esto para castigar sus ligerezas, en el salón, Enrique colocaba un cua-

dero en el piano. Era el album de los poéticos músicos alemanes. Elisa se negaba; él suplicaba, exigía... Luego, ella cedió, mirando antes por la ventana á la calle, sin duda para ver si Ernesto estaba esperando.

“Teme que yo llegue de un momento á otro y le reproche esta demora,” pensó Ernesto. Y á pesar de que Elisa daba gusto á Enrique, el reanimó la idea de que pensaba en él.

Ahora, Muñeca se sentaba al piano.... Ya empezaba á tocar.

Los primeros compases del “Adios” de Beethoven, de aquella despedida triste y gemebunda tan admirablemente interpretada por el maestro bonense, surgían del piano como quejas brumosas que recordaban los grises inviernos alemanes, laxando los nervios de Ernesto, al llegar á sus oídos, y estremeciéndolo con su rítmica amargura. Su imaginación sensible hacía presa de la misma angustia de la melodía, como si fuese él quien se despidiera, conmoviéndolo tanto que las lágrimas preñaron sus ojos. Y lloró.... lloró todo el tiempo que

su Muñeca tocaba.....

Los últimos acordes sonaron, y Ernesto figurábase alejándose de la casa, transido de pena.

“Y pensar que poco antes estuvo cansado de lo que él llamaba *lamentable monotonía*; que había sublimizado la fuerza de la carne y la grosería del vicio, menospreciando la poesía de un alma encantadora y verdaderamente artística y original..... ¡No era posible, no; no la abandonaría!”

Elisa pasaba ya el sombrero y el bastón á Enrique, y lo despedía, inquieta y presurosa.

Al fin se fué éste, y el afligido Ernesto pudo pasar al salón al encuentro de su Muñeca nuevamente idolatrada.

—¿Qué significa esto, señorita; dónde estuvo usted?—le preguntó, entre cariñoso y reprovivo.

—¡Ay, hijo! Bien á pesar mío, por cierto; pero no pude esquivarme. Verás. Era el cumpleaños de Rupert, y con este motivo se le metió entre ceja y ceja que habíamos de

cenar juntos. Fuimos á Cavancha, donde nos esperaba su sobrino disponiendo la cena. Comimos á prisa.—Yo apurándolos, como tú comprenderás, para no hacerte esperar.—Después me vine con Enrique porque, como era tarde, Ruperto se fué directamente á su casa.

Luego, aquella muchacha delicada y medrosa, acariciando á su amante los cabellos con una mano y atusándole el bigote con la otra, continuó con mimos y mohines de chicuela:

—¿Mucho te aburrías, *papacito mío*? Ven, ven con tu Muñeca á la azotea un rato. La noche está deliciosa y bien necesito de tus caricias después de tanta farsa.

—Sí, vamos,—asintió Ernesto, enternecido.—À una fruta exquisita como tú debe aspirársele primero el aroma para saborearla después con más fruición.

—¡Caramba! ¡Qué galante vienes hoy!—respondió ella, en tono feliz y admirativo.

Y lenta, rítmicamente, dejándose coger por el talle, fué á sentarse

con Ernesto en un sofacito de junco de la azotea.

Allí, recostada en su brazo, la cabeza echada atrás y los ojos entornados, presentábasele á Ernesto más adorable que nunca. La luna cubría su rostro de una palidez celeste y agrandaba sus ojos con una sombra azul osbeuro que le daba un aire insólito de beldad mística.

Ernesto se acercó más á ella, contagiado por aquel goce sublime, tanto que las gasas de su cuello y los ricillos que el viento batía le rozaban la piel como suaves caricias.

Las casas vecinas destacábanse en la sombra como grandes manchones negros; algunas de ellas, iluminadas en su interior, exteriorizaban el ambiente sibarítico en que vivían sus moradores. En el cielo, las estrellas, apenas perceptibles por la claridad de la noche, parecían decirle que ellas sólo brillaban con todo su esplendor en los momentos lúgubres de obscuridad; las nubes, cual inmensos borrones

compactos, obligábanlo con su contraste á admirar la pureza de aquel cielo diáfano. El mar, rugiendo allá lejos, le inducía á apreciar el religioso silencio de la noche; y las olas, con sus terribles estampidos, le decían que, para comprender la dulzura de la bonanza, era necesario experimentar sus furiosos choques. En fin, todo aquella noche contribuía á presentarle desnuda su felicidad. La Naturaleza le abría los ojos, presentándole sus grandiosos contrastes y gritándole, con la voz profunda de sus elementos, que la dicha de que disfrutaba no se le presentaría muchas veces en la vida.

Y él pensaba: “¿Será cierto que el placer real del amor está en el sufrimiento?... Por lo menos, el dolor nos obliga sábiamente á reconocer las delicias de él. Es como un marco obscuro que realza su radiante colorido.” É increpábase mentalmente, por haber sido tanciego.

—Elisa, Muñeca,—le dijo entonces muy quedo.—¿Me amas siempre?

—¡Con toda el ama!

—¿No quieres que conversemos de nuestro amor, de este amor sin límites que siento crecer momento por momento en mi pecho?

—¡Oh! Me haces muy feliz, Ernesto; pero mejor estamos así: las grandes alegrías se demuestran con frenético y bullicioso regocijo; más el inefable embeleso del alma se manifiesta mejor con el silencio que es su elocuencia.

Y lo concluyó de fascinar con una mirada tan deliciosamente enamorada que un escalofrío apenas sensible recorrió su cuerpo. Sus grandes pupilas oscuras, que los rayos lunares constelaban de irisaciones azulejas, seguían fijas en él, como diciéndole: “No hablemos. Hay momentos en los cuales el ruido de las palabras y el esfuerzo imaginativo disminuyen la quietud infinita que anhelamos para entonar con el espíritu un salmo sagrado al amor.”

Entonces, Ernesto, llorando de ventura, se fué acercando más aún, muy suavemente, y poseído de una sensación casi divina que difundía

en él un bienestar lánguido, hundió el rostro en la cabellera de su Muñeca y parecióle recibir de ella una interminable caricia, prólogo de un perpétuo idilio, aurora de una nueva vida superior á cuantas pudiera haber soñado.





ÍNDICE



	<u>PÁGINAS</u>
Algo de interés.....	3
Amistad de Solteras.....	19
Tirana Ley.....	31
Lo que ellos creen y lo que ellas son.....	189
Celos Bienhechores.....	203

ERRATA IMPORTANTE

En la página N.º 17, octava línea, dice:
que no debe, en vez de: QUE DEBE.